

Project Gutenberg's La Novela de un Joven Pobre, by
Octavio Feuillet

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.net

Title: La Novela de un Joven Pobre

Author: Octavio Feuillet

Release Date: October 7, 2007 [EBook #22909]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NOVELA
DE UN JOVEN POBRE ***

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

OCTAVIO FEUILLET

LA NOVELA DE UN JOVEN POBRE

BUENOS AIRES

1909

Le roman d'un jeune pauvre, cuya versión castiza ofrecemos en este volumen á los lectores de la Biblioteca, apareció en París en 1857.

Tenía el autor entonces treinta y seis años; estaba en toda la plenitud de su actividad mental y en todo el hervor de su juventud, y de allí tal vez el cariño con que ha trazado la figura de Máximo Odier, ese perfecto gentilhombre, cautivador en su brillante pobreza.

Octavio Feuillet, al escribir este libro, debió de poner en él mucho de sí mismo, de sus personales y elevados sentimientos --reconocidos por todos sus críticos contemporáneos--y por eso, sin duda, le ha resultado la mejor de sus obras, en donde más resaltan sus esenciales cualidades de novelista, creador de escenas y caracteres de ideal nobleza.

Y no tan sólo es hermosa La novela de un joven pobre por su asunto y la alteza de los sentimientos que en ella actúan, sino que también sobresale y seduce por las excelencias primorosas del estilo, en que era el autor un magistral artífice.

Espíritu delicado y exquisito, Feuillet hacía su prosa dúctil, ágil, experta. Conocía como pocos el arte de elevarse con

prudencia, y de
transportar al lector sin ocasionarle vértigos. Med
ía, como con un
termómetro, el grado de lirismo que conviene á la m
ayoría del público, y
así jamás daba notas que pudieran discordar en la g
eneral armonía de sus
producciones. En esto estriba el principal encanto
de ellas, que tienen,
como distintivo, un perpetuo y uniforme buen gusto.

La novela de un joven pobre es acabado modelo de
lo que dejamos dicho.
Por eso será siempre un libro nuevo, un libro joven
, con la juventud
eterna que en el arte tiene todo lo que significa b
elleza, gracia,
fuerza ó elegancia.

LA NOVELA DE UN JOVEN POBRE

¡Sursum corda!

París, 20 de abril de 185...

He aquí la segunda noche que paso en este miserable
cuarto, contemplando
melancólicamente mi apagado hogar, escuchando, con
estupidez, los
rumores monótonos de la calle, y sintiéndome en med
io de esta gran
ciudad, más solo, más abandonado y más próximo á la
desesperación que el
náufrago que lucha en medio del océano sobre su rot
o pino. ¡Basta de
cobardía! Quiero encarar frente á frente mi destino
para quitarle sus

trazas de espectro; quiero también abrir mi corazón
 , donde desborda el
pesar, al único confidente cuya piedad no puede ofe
nderme, á ese pálido
y único amigo que me contempla... á mi espejo. Quie
ro, pues, escribir
mis pensamientos y mi vida, no con una exactitud co
tidiana y pueril,
pero sin omisión seria, y sobre todo sin mentira. A
preciaré mucho este
diario: él será como un eco fraternal que engañe mi
soledad y me
servirá, al mismo tiempo, como una segunda concienc
ia, advirtiéndome no
deje pasar en mi vida ninguna acción que mi propia
mano no pueda
escribir con firmeza.

Busco ahora en el pasado, con triste avidez, todos
los hechos, todos los
incidentes que hace largo tiempo me hubieran instru
ído si el respeto
filial, la costumbre y la indiferencia de un feliz
ocioso, no hubieran
cerrado mis ojos á toda luz. Me he explicado la mel
ancolía constante y
profunda de mi madre; me explico también su disgust
o por la sociedad, y
aquel vestido simple y uniforme objeto ya de las bu
rlas, ya de los
enajos de mi padre:--Pareces una sirvienta--le decí
a.

Yo no podía dejar de ver que nuestra vida de famili
a era algunas veces
alterada por querellas de carácter más serio, pero
jamás fuí testigo
inmediato de ellas. Los acentos irritados é imperio
sos de mi padre, los
rumores de una voz que parecía suplicar y algunos s
ollozos ahogados, era
todo lo que podía oír. Atribuía estas borrascas á t

entativas violentas é
infructuosas por hacer volver mi madre á la vida elegante y bulliciosa
de que había gustado en otro tiempo, tanto como puede hacerlo una mujer
buena; pero en la cual no seguía ya á mi padre sino con una repugnancia
cada día más obstinada. Después de estas crisis era raro que mi padre no
se apresurara á comprar algún bello dije, que mi madre hallaba bajo su
servilleta, al sentarse á la mesa, y que jamás usaba. Un día, á la mitad
del invierno, recibió de París una gran caja de flores preciosas: se las
agradeció con efusión á mi padre, pero cuando hubo salido del cuarto, la
vi alzar ligeramente los hombros, y dirigir al cielo una mirada de
incurable desesperación.

Durante mi infancia y primera juventud había tenido á mi padre mucho
respeto, pero muy poco cariño. En efecto, en el curso de este período no
conocía sino el lado sombrío de su carácter, el único que se reveló en
su vida doméstica, para la que no había nacido. Más tarde, cuando mi
edad me permitió acompañarle en el mundo, me sorprendí alegremente al
encontrar en él un hombre que ni aun había sospechado. Parecía que en el
recinto de nuestro viejo castillo de familia, se hallaba bajo el peso de
algún encanto fatal: apenas se encontraba fuera, veía despejarse su
frente y dilatarse su pecho: se rejuvenecía.

--¡Vamos, Máximo!--exclamaba--¡galopemos un poco!

Y devorábamos el espacio alegremente. Tenía entonces

s momentos de alegría
juvenil, entusiasmos, ideas caprichosas, efusiones
de sentimientos que
encantaban mi joven corazón, y de los que habría qu
erido llevar alguna
parte, á mi pobre madre olvidada en su triste rincó
n. Entonces comencé á
amar á mi padre, y mi ternura hacia él se acrecentó
hasta una verdadera
admiración, cuando pude verle en todas las solemnid
ades de la vida
mundana, cazas, carreras, bailes y comidas, manifes
tar las cualidades
simpáticas de su brillante naturaleza. Diestro jine
te, conversador
deslumbrante, excelente jugador, corazón intrépido
y mano abierta, yo le
miraba como un tipo acabado de la gracia viril y de
la nobleza
caballeresca. Él mismo se apellidaba sonriendo, con
una especie de
amargura: _el último gentleman_.

Tal era mi padre en la sociedad, pero apenas vuelto
á casa, mi madre y
yo no teníamos bajo nuestros ojos, más que un viejo
intranquilo,
melancólico y violento.

Los furores de mi padre para con una criatura tan d
ulce y tan delicada
como mi madre, me habrían sublevado seguramente, si
no hubieran sido
seguidos de esa reacción de ternura y ese redoblami
ento de atenciones de
que antes he hablado. Justificado á mis ojos por es
tos testimonios de
arrepentimiento, no me parecía sino un hombre natur
almente bueno y
sensible, pero arrojado á veces fuera de sí mismo p
or una resistencia
tenaz y sistemática á todos sus gustos y predilecci

ones. Creía á mi madre atacada de una especie de enfermedad nerviosa . Mi padre me lo daba á entender así, aunque observando siempre, sobre este asunto, una reserva que yo juzgaba muy legítima.

Los sentimientos de mi madre para su esposo me parecían de una naturaleza indefinible. Las miradas que dirigía sobre él, se inflamaban al parecer algunas veces con una extraña expresión de severidad; pero esto no era más que un relámpago; un instante después sus bellos ojos húmedos y su fisonomía inalterable no manifestaban sino una tierna abnegación y una sumisión apasionada.

Mi madre había sido casada á los quince años, y tocaba yo á los veintidós cuando vino al mundo mi hermana, mi pobre Elena. Poco tiempo después de su nacimiento, saliendo mi padre una mañana con la frente arrugada del cuarto en que mi madre se consumía, me hizo señal para que le siguiera al jardín; después de haber dado dos ó tres vueltas en silencio.

--Tu madre, Máximo--me dijo,--se pone cada vez más caprichosa.

--Sufre tanto, ¡padre mío!

--Sí, sin duda; pero tiene un capricho muy singular ; desea que estudies derecho.

--¡Yo, derecho! ¿cómo quiere mi madre que á mi edad , con mi nacimiento y

en mi situación vaya á arrastrarme en los bancos de una escuela? Eso sería ridículo.

--Esa es mi opinión--dijo secamente mi padre,--pero tu madre está enferma, y todo está dicho.

Yo era en aquel tiempo un fatuo, muy envanecido de mi nombre, de mi juvenil importancia y de mis pobres triunfos de salón; pero tenía el corazón sano, adoraba á mi madre, con la que había vivido durante veinte años en la más estrecha intimidad que pueda unir dos almas en este mundo; me apresuré á asegurarle mi obediencia: ella me dió las gracias inclinando la cabeza con una triste sonrisa y me hizo besar á mi hermana dormida sobre sus rodillas.

Vivíamos á media legua de Grenoble; pude, pues, seguir mi curso de derecho, sin dejar la casa paterna. Mi madre se hacía dar cuenta, día por día, del progreso de mis estudios, con un interés tan perseverante, tan apasionado, que llegué á preguntarme, si no habría en el fondo de esta preocupación extraordinaria algo más que un capricho de enferma: si por acaso la repugnancia y el desdén de mi padre hacia la parte positiva y fastidiosa de la vida, no habrían introducido en nuestra fortuna algún secreto desorden, que el conocimiento del derecho y el hábito de los negocios deberían, según las esperanzas de mi madre, permitir á su hijo reparar. No pude, sin embargo, detenerme en esta

idea; verdad es que recordaba haber oído á mi padre quejarse amargamente de los desastres que nuestra fortuna había sufrido durante la época revolucionaria; pero desde tiempo atrás estas quejas habían cesado, y por otra parte, yo siempre las había hallado demasiado injustas, pareciéndome nuestra situación de fortuna de las más satisfactorias. Habitábamos, cerca de Grenoble, el castillo hereditario de nuestra familia, que era citado en el país por su aspecto señorial. Solíamos mi padre y yo cazar durante un día entero sin salir de nuestras tierras ó de nuestros bosques. Nuestras caballerizas eran grandiosas, y estaban siempre llenas de caballos de precio, que eran la pasión y el orgullo de mi padre. Poseíamos, además, en París, en el bulevar de los Capuchinos, una magnífica casa, donde encontrábamos un comfortable apeadero. En fin, en el lujo habitual de nuestra casa nada dejaba traslucir la sombra de la escasez ó de la proximidad á ella. Nuestra mesa era siempre servida con una delicadeza particular y refinada, á la que mi padre daba mucha importancia.

Entretanto, la salud de mi madre declinaba por una pendiente apenas sensible, pero continua. Llegó un tiempo en que su carácter angelical se alteró. Su boca, que jamás había pronunciado, en mi presencia al menos, sino dulces palabras, se hizo amarga y punzante; cada uno de mis pasos, fuera del castillo, fué objeto de un comentario irónico. Mi padre que no

era mejor tratado que yo, soportaba estos ataques con una paciencia que me parecía meritoria de su parte; pero tomó la costumbre de vivir más que nunca fuera de casa, sintiendo según me decía, la necesidad de distraerse, de aturdirse sin cesar. Me comprometía siempre á acompañarle, y hallaba placer en mi cariño, en el ardor impaciente de mi edad, y para decirlo todo, en una fácil obediencia y en la cobardía de mi corazón.

Un día del mes de Septiembre de 185... debían tener lugar á alguna distancia del castillo unas carreras, en las que mi padre había comprometido muchos caballos. Él y yo habíamos partido de madrugada y almorzado en el sitio de las carreras. Hacia mediodía galopaba yo sobre la orilla del Hipódromo, para seguir más de cerca las peripecias de la lucha, cuando de pronto fuí alcanzado por uno de nuestros criados, que me buscaba, según dijo, hacía más de media hora; agregando que mi padre había vuelto ya al castillo, á donde mi madre le había hecho llamar, y que me suplicaba le siguiera sin demora.

--Pero en nombre del cielo, ¿qué es lo que hay?

--Creo que la señora se ha empeorado--me respondió, --y partí como un loco. Al llegar vi á mi hermana jugando sobre el césped del gran patio, silencioso y desierto. Corrió hacia mí al apearme del caballo, y me dijo, abrazándome con un aire misterioso y casi alegre:--El cura ha

venido.--Sin embargo, yo no apercibía en la casa ni
ninguna animación
extraordinaria, ningún signo de desorden ó de alarm
a. Subí la escalera
precipitadamente y atravesaba el retrete que comuni
caba con el cuarto de
mi madre, cuando la puerta se abrió lentamente: mi
padre apareció en
ella.

Me detuve delante de él; estaba muy pálido y sus la
bios
temblaban.--Máximo--me dijo sin mirarme,--tu madre
te llama.--Quise
interrogarlo, pero me hizo una señal con la mano y
se aproximó
rápidamente á una ventana como para mirar hacia afu
era. Entré, mi madre
estaba medio acostada en su butaca, fuera de la cua
l pendía uno de sus
brazos como inerte. Sobre su fisonomía, blanca como
la cera, volví á
hallar repentinamente la exquisita dulzura y la gra
cia delicada, que el
sufrimiento había desterrado poco antes; el ángel d
el eterno reposo
extendía visiblemente sus alas sobre aquella frente
apaciguada. Caí de
rodillas: ella entreabrió los ojos, levantó penosam
ente su cabeza
desfalleciente y me dirigió una larga mirada. Luego
con una voz que no
era más que un soplo interrumpido, me dijo lentamen
te estas
palabras:--¡Pobre niño! Estoy consumida, ya lo ves;
no llores; me has
abandonado un poco en este último tiempo; ¡pero est
aba yo tan áspera!...
Nos volveremos á ver, Máximo, y nos explicaremos, h
ijo mío... ¡No puedo
más!... Recuerda á tu padre lo que me ha prometido.
¡Tú, en el combate

de la vida, sé fuerte y perdona á los débiles!...--
Pareció extenuada, se
interrumpió un momento; en seguida, levantando un d
edo con esfuerzo, y
mirándome fijamente:--¡Tu hermana!--dijo. Sus pupil
as azuladas se
cerraron; luego volvió á abrirlas de golpe, extendi
endo los brazos con
un gesto rígido y siniestro. Yo lancé un grito; mi
padre se presentó y
estrechó largo tiempo contra su pecho, en medio de
sollozos
desgarradores, el pobre cuerpo de una mártir.

Algunas semanas después, satisfaciendo la formal ex
igencia de mi padre,
que me dijo no hacía sino obedecer los últimos dese
os de la que
llorábamos, dejé la Francia y comencé a través del
mundo esa vida
nómada, que he llevado casi hasta este día. Durante
una ausencia de un
año, mi corazón cada vez más amante, á medida que l
a inquieta fogosidad
de la juventud se amortiguaba, me acosó más de una
vez para que volviera
á los lugares de la fuente de mi vida, entre la tum
ba de mi madre y la
cuna de mi tierna hermana; pero mi padre había fija
do la duración
precisa de mi viaje, y no me había educado de modo
que pudiese
desobedecer ligeramente sus órdenes. Su corresponde
ncia, afectuosa, pero
breve, no anunciaba impaciencia alguna con respecto
á mi vuelta: fué por
esto que me sorprendí más, cuando al desembarcar en
Marsella hace dos
meses, hallé muchas cartas de mi padre en las cuale
s me llamaba con una
prisa febril.

En una noche sombría del mes de Febrero, volví á ver las murallas macizas de nuestra antigua morada, destacándose sobre una capa de escarcha que cubría la campiña.

Un cierzo destemplado y frío soplaba por intervalos ; los copos de nieve caían como las hojas secas de los árboles de la avenida y se posaban sobre el suelo húmedo, con un ruido débil y triste.

Al entrar en el patio, vi una sombra, que me pareció ser la de mi padre, dibujarse en una de las ventanas del gran salón que estaba en el piso bajo, y que no se abría jamás en los últimos tiempos de la vida de mi madre. Me precipité en él; al apercibirme, mi padre lanzó una sorda exclamación: luego me abrió los brazos, y sentí su corazón palpar violentamente contra el mío.

--Estás helado, pobre hijo mío--me dijo,--caliéntate, caliéntate. Esta pieza es fría; yo la prefiero sin embargo, porque al menos aquí se respira.

--¿Y la salud de usted, padre mío?

--Así, así, ya lo ves.--Y dejándome cerca de la chimenea, continuó á través de este inmenso salón, que estaba apenas iluminado por dos ó tres bujías, el paseo que al parecer había yo interrumpido. Esta extraña acogida me había consternado. Miraba á mi padre con estupor.--¿Has visto mis caballos?--me dijo de pronto y sin detenerse.

--¡Padre mío!

--¡Ah, es verdad!... tú acabas de llegar...--Después de un corto silencio:

--Máximo--agregó,--tengo que hablarte.

--Le escucho á usted, padre mío.

Pareció no oirme, se paseó algún tiempo y repitió muchas veces por intervalos:--Tengo que hablarte, hijo.--Por último lanzó un profundo suspiro, se pasó la mano por la frente y sentándose bruscamente, me señaló una silla en frente de él. Entonces, como si hubiera deseado hablarme, sin hallarse con el valor suficiente, sus ojos se detuvieron sobre los míos, y leí en ellos una expresión tal de angustia, de humildad y de súplica, que de parte de un hombre tan orgulloso como él, me conmovió profundamente. Cualesquiera que fueran las culpas, que tanto le costaba confesar, sentía en el fondo de mi alma que le eran muy liberalmente perdonadas. Repentinamente esa mirada que no me abandonaba, tomó una fijeza extraordinaria, vaga y terrible; su mano se crispó sobre mi brazo; se levantó de su sillón y volviendo á caer en el instante, se resbaló pesadamente sobre el pavimento: ya no existía. Nuestro corazón no razona, ni calcula: esa es su gloria. Hacía un momento que todo lo había adivinado; un solo minuto había bastado para revelarme de repente, sin una palabra de explicación, por un rayo de luz irresistible, la

fatal verdad que mil hechos repetidos cada día durante veinte años, no había podido hacerme sospechar. Había comprendido que la ruina estaba allí, en aquella casa y sobre mi cabeza. ¡Y... bien! No sé, si dejándome mi padre colmado de todos sus beneficios, me hubiera costado más y más amargas lágrimas. A mi pesar, á mi profundo dolor, se unía una piedad que, ascendiendo del hijo al padre, tenía algo de singularmente punzante.

Veía siempre aquella mirada, suplicante, humilde, extraviada: me desesperaba por no haber podido decir una palabra de consuelo á aquel desgraciado corazón antes de acabarse su existencia, y gritaba como un loco al que ya no me oía--¡yo te perdono!--¡yo te perdono!

¡Oh! ¡qué instante, Dios mío!

Según lo que he podido conjeturar, mi madre al morir había hecho prometer á mi padre, que vendería la mayor parte de sus bienes para pagar enteramente la deuda enorme que había contraído, gastando todos los años una tercera parte más de sus rentas, y reducirse en seguida á vivir estrictamente con lo que le quedase. Mi padre había tratado de cumplir este compromiso: había vendido sus bosques y sus tierras; pero, viéndose entonces dueño de un capital considerable, no había dedicado sino una pequeña parte á la amortización de su deuda, y había emprendido el restablecimiento de su fortuna confiando el rest

o á los detestables
azares de la bolsa. Así acabó de perderse.

No he podido aún sondar el fondo del abismo en que
estamos sumergidos.
Una semana después de la muerte de mi padre, caí gr
avemente enfermo, y
sólo con mucho trabajo, después de dos meses de suf
rimiento, he podido
dejar nuestro castillo patrimonial, el día en que u
n extraño tomaba
posesión de él. Afortunadamente, un antiguo amigo d
e mi padre que habita
en París, y que en otro tiempo era el encargado de
los negocios de
nuestra familia en calidad de notario, ha venido á
ayudarme en estas
tristes circunstancias: me ha prometido emprender é
l mismo, un trabajo
de liquidación que presentaba á mi inexperiencia di
ficultades
insuperables. Le he abandonado absolutamente el cui
dado de arreglar los
negocios de la sucesión y presumo que su tarea esta
rá terminada hoy.
Apenas llegué ayer, fuí á su casa; estaba en el cam
po, de donde no
vendrá hasta mañana. Estos dos días han sido cruele
s: la incertidumbre
es verdaderamente el peor de todos los males, porqu
e es el único que
suspende necesariamente todos los resortes del alma
, y enerva el valor.
Mucho me hubiera sorprendido hace diez años el que
me hubiesen
profetizado, que ese viejo notario, cuyo lenguaje f
ormalista y seca
política, nos divertía tanto, á mi padre y á mí, ha
bía de ser un día el
oráculo de quien esperara el decreto supremo de mi
destino... Hago lo
posible para ponerme en guardia contra esperanzas e

xageradas; he
calculado aproximativamente que, pagadas todas nues
tras deudas, nos
quedará un capital de ciento veinte á ciento cincue
nta mil francos. Es
difícil que una fortuna que ascendía á cinco millon
es, no nos deje al
menos este sobrante. Mi intención es tomar para mí
diez mil francos y
marchar á buscar fortuna en los Estados Unidos, aba
ndonando el resto á
mi hermana.

¡Basta de escribir por esta noche! ¡Triste ocupació
n es traer á la
memoria tales recuerdos! Siento, sin embargo, que m
e han proporcionado
un poco de calma. El trabajo es sin duda una ley sa
grada, pues me basta
hacer la más ligera aplicación de él, para sentir u
n no sé qué de
contento y de serenidad. El hombre no ama al trabaj
o y sin embargo no
puede desconocer sus inefables beneficios; cada día
los experimenta, los
goza, y al día siguiente vuelve á emprenderlo con l
a misma repugnancia.
Me parece que hay en esto una contradicción singula
r y misteriosa, como
si sintiésemos á la vez en el trabajo, el castigo y
el carácter divino y
paternal del juez.

Jueves.

Esta mañana al despertar, se me entregó una carta d
el viejo Laubepin. En
ella me invitaba á comer, excusándose de esta gran

libertad, y no
haciéndome comunicación alguna relativa á mis inter
eses. Esta reserva me
pareció de muy mal augurio.

Esperando la hora fijada saqué á mi hermana del con
vento y la he paseado
por París. La niña no presume ni remotamente nuestr
a ruina. Ha tenido en
el curso del día, diversos caprichos, bastante cost
osos. Ha hecho larga
provisión de guantes, papel rosado, confites para s
us amigas, esencias
finas, jabones extraordinarios, pinceles pequeños,
cosas todas muy
útiles sin duda, pero que lo son mucho menos que un
a comida. ¡Quiera
Dios, lo ignore siempre!

A las seis estaba en la calle Cassette, casa del se
ñor Laubepin. No sé
qué edad puede tener nuestro viejo amigo; pero por
muy lejos que se
remonten mis recuerdos en lo pasado, lo hallo tal c
omo lo he vuelto á
ver: alto, seco, un poco agobiado, cabellos blancos
, en desorden, ojos
penetrantes, escondidos bajo mechones de cejas negr
as, y una fisonomía
robusta y fina á la vez. También he vuelto á ver su
frac negro de corte
antiguo, la corbata blanca profesional, y el diaman
te hereditario en la
pechera; en una palabra, con todos los signos exter
iores de un espíritu
grave, metódico y amigo de las tradiciones. El anci
ano me esperaba
delante de la puerta de su pequeño salón: después d
e una profunda
inclinación, tomó ligeramente mi mano entre sus dos
dedos y me condujo
frente á una señora anciana, de apariencia bastante

sencilla, que se
mantenía de pie delante de la chimenea:

--¡El señor marqués de Champcey d'Hauterive!--dijo
entonces el señor
Laubepin con su voz fuerte, tartajosa y enfática: l
uego de pronto, en un
tono más humilde y volviéndose hacia mí:--La señora
Laubepin--dijo.

Nos sentamos, y hubo un momento de embarazoso silen
cio. Esperaba un
esclarecimiento inmediato de mi situación definitiv
a; viendo que era
diferido, presumí que no sería de una naturaleza ag
radable, y esta
presunción me era confirmada por las miradas de dis
creta compasión con
que me honraba furtivamente la señora Laubepin. Por
su parte, el señor
Laubepin me observaba con una atención singular, qu
e no me parecía
exenta de malicia. Recordé entonces que mi padre ha
bía pretendido
siempre, descubrir en el corazón del ceremonioso Ta
belion y bajo sus
afectados respetos, un resto de antiguo germen _bou
rgeois_ plebeyo y aun
jacobino. Me pareció que ese germen fermentaba un p
oco en aquel momento
y que las secretas antipatías del viejo hallaban al
guna satisfacción en
el espectáculo de un noble en tortura. Tomé al inst
ante la palabra,
tratando de mostrar, á pesar de la postración real
en que me hallaba,
una plena libertad de espíritu.

--¡Cómo! Señor Laubepin, conqué ha dejado usted la
plaza de _Petits
Pères_, esa querida plaza de _Petits Pères_. ¿Ha po
dido usted decidirse

á ello? ¡No lo habría creído jamás!...

--Verdaderamente, señor marqués--respondió el señor Laubepin,--es una infidelidad que no corresponde á mi edad; pero cediendo el estudio, he debido ceder también la casa, atendiendo á que un escudo no puede mudarse como una muestra.

--Sin embargo ¿se ocupa usted aún de negocios?

--Amigable y oficiosamente, sí, señor marqués. Algunas familias honorables y considerables cuya confianza he tenido la dicha de obtener, durante una práctica de cuarenta y cinco años, reclaman aún, especialmente en circunstancias delicadas, los consejos de mi experiencia, y creo poder agregar que rara vez se arrepienten de haberlos seguido.

Cuando el señor Laubepin acababa de rendirse á sí mismo este honorífico testimonio, una vieja criada vino á anunciarnos que la comida estaba servida. Tuve entonces el placer de conducir al comedor á la señora de Laubepin. Durante la comida la conversación se arrastró en los más insignificantes asuntos. El señor Laubepin no cesaba de clavar en mí su mirada penetrante y equívoca, en tanto que su esposa tomaba, al ofrecerme cada plato, el tono doloroso y lastimero que se afecta cerca del lecho de un enfermo. En fin, nos levantamos y el viejo notario me introdujo en su gabinete, donde al momento se nos sirvió el café.

Haciéndome sentar entonces y poniéndose de espaldas á la chimenea, dijo:--Señor marqués de Champcey d'Hauterive, me preparaba ayer á escribirle, cuando supe su llegada á París, la que me permite informarle á usted _in voce_ del resultado de mi celo y de mis operaciones.

--Presiento, señor, que ese resultado no es muy favorable.

--No le ocultaré, señor marqués, que debe usted armarse de todo su valor para conocerlo; pero está en mis hábitos proceder con método. El año de 1820, la señorita Luisa Elena Dougalt Delatouche D'Erouville fué pedida en matrimonio por Carlos Cristian Odier, marqués de Champcey d'Hauterive; investido por una especie de tradición secular de la dirección de los negocios de la familia Dougalt Delatouche, y admitido con una respetuosa familiaridad de largo tiempo atrás, cerca de la joven heredera de aquella casa, debí emplear todos los argumentos de la razón para combatir las inclinaciones de su corazón y retraerla de aquella funesta alianza, y digo funesta alianza, no porque la fortuna del señor de Champcey fuese, á pesar de algunas hipotecas que la gravaban á la sazón, menos que la de la señorita Delatouche. Yo conocía, empero, el carácter y temperamento, en cierto modo hereditario, del señor de Champcey: bajo las exterioridades seductoras y caballerescas que lo distinguían, como á todos los de su familia, percib

ía claramente la
irreflexión obstinada, la incurable ligereza, el fu
ror de los placeres,
y por último, el implacable egoísmo...

--Caballero--le interrumpí bruscamente,--la memoria
de mi padre es
sagrada para mí, y creo que debe serlo á cuantos ha
blen de él en mi
presencia.

--Señor--replicó el anciano, con una emoción repentin
a y
violenta,--respeto ese sentimiento, pero al hablar
de su padre, me es
muy difícil olvidar que hablo del hombre ;que mató
á su madre de usted,
una joven heroica, una santa, un ángel!

Me había levantado muy agitado. El señor Laubepin,
que había dado
algunos pasos por el gabinete, me tomó del brazo.

--Perdón, joven--me dijo,--pero yo amaba á su madre
de usted, la he
llorado; perdóneme...

--Después, volviéndose á colocar delante de la chim
enea:--Voy á
continuar--añadió con el tono solemne que le es hab
itual.--Tuve el honor
y la pena de redactar el contrato matrimonial de su
señora madre. A
pesar de mi insistencia, nada se hablaba del régime
n dotal, y costóme
grandes esfuerzos introducir en el acta, una cláusula
la protectora que
declaraba inalienable, sin el consentimiento legalm
ente expreso de su
señora madre, un tercio de su haber inmueble. ¡Vana
precaución!, señor
marqués, y podríamos decir, precaución cruel de una

amistad mal
inspirada, porque esta cláusula fatal no hizo sino
preparar
insoportables tormentos á aquélla, cuya salvaguardi
a debía ser. Yo
comprendo esas luchas, esas querellas, esas violenc
ias, cuyo eco debió
herir los oídos de usted más de una vez, y en las c
uales se arrancaba,
pedazo á pedazo, á su desdichada madre, ¡la última
herencia y el pan de
sus hijos!

--¡Señor, por piedad!

--Me someto, señor marqués... me limitaré á lo pres
ente. Apenas honrado
con la confianza de usted, mi primer deber era acons
sejarle que no
aceptase sino bajo beneficio de inventario, la embr
ollada sucesión que
le había correspondido.

--Esta medida, señor, me ha parecido que ultrajaba
la memoria de mi
padre, y debí negarme.

El señor Laubepin me lanzó una de sus miradas inqui
sitoriales que le son
familiares; y repuso.

--Usted no ignora, señor, al parecer, que por no ha
ber usado de aquella
facultad legal, gravitan sobre usted los compromiso
s que afectan la
sucesión, aun cuando excedan á su valor. Por lo tan
to, tengo hoy el
penoso deber de decirle que éste es precisamente el
caso en que usted se
encuentra. Como se puede ver, en este legajo consta
perfectamente que
después de vender su finca, bajo condiciones inespe

radas, quedarán
todavía usted y su hermana adeudando á los acreedores de su señor padre,
la suma de cuarenta y cinco mil francos.

Quedé verdaderamente aterrado con esta noticia, que
excedía á mis más
avanzados cálculos. Durante un minuto presté una atención embrutecida al
ruido monótono del péndulo en que fijé mis ojos sin miradas.

--Ahora--continuó el señor Laubepin, después de un corto silencio,--ha
llegado el momento de decirle, señor marqués, que su señora madre, en
previsión de las eventualidades que por desgracia se realizan hoy, me
confió en depósito algunas alhajas cuyo valor se ha estimado en unos
cincuenta mil francos. Para impedir que esta corta cantidad, _su único
recurso en adelante_, pase á manos de los acreedores de la
testamentaría, podemos usar, yo lo creo así, del subterfugio legal que
voy á tener el honor de exponerle.

--Es enteramente inútil, señor; me considero muy dichoso en poder, con
el auxilio de esa cantidad que no esperaba, saldar íntegramente las
deudas de mi padre, y le ruego le dé esa inversión.

El señor Laubepin se inclinó ligeramente.

--Sea--dijo,--pero me es imposible dejar de observar, señor marqués, que
una vez hecho este pago con el depósito que está en mi poder, no les
quedará por toda fortuna, á la señorita Elena y á u

sted, más que cuatro
ó cinco mil libras, las cuales, al interés actual,
les darán una renta
de 225 francos. Sentado esto, séame permitido, señ
r marqués,
preguntarle confidencial, amigable y respetuosament
e, si ha arbitrado
usted algún medio de asegurar su existencia y la de
su hermana y pupila,
y cuáles son sus proyectos.

--Yo no tengo ninguno, señor, se lo confieso; todos
los que había podido
formar, son inconciliables con el estado á que me v
eo reducido. Si yo
fuera solo en el mundo, me haría soldado; pero teng
o á mi hermana; no
puedo tolerar la idea de ver á la pobre niña sometida
al trabajo y
reducida á las privaciones. Ella vive dichosa en su
convento; es
bastante joven para permanecer allí algunos años, y
o aceptaría de todo
corazón cualquier ocupación que me permitiera, redu
ciéndome á la mayor
estrechez, ganar cada año el precio de la pensión d
e mi hermana y
reunirle un dote para el porvenir.

El señor Laubepin me miró con fijeza.--Para alcanza
r tan honorable
objeto--contestóme--no debe usted pensar, señor mar
qués, en entrar, á
su edad, en la trillada carrera de la administració
n pública, y de las
funciones oficiales. Le convendría un empleo que le
asegurase, desde
luego, cinco ó seis mil francos anuales de renta. D
ebo decirle que en el
estado de nuestra organización social no basta esti
rar la mano para
alcanzar este _desideratum_ pero afortunadamente te

ngo que comunicarle
algunas proposiciones que le conciernen y cuya naturaleza puede
modificar desde ahora, y sin gran esfuerzo, su situación.

--El señor Laubepin fijó en mí sus ojos con una atención más penetrante
que nunca y continuó.

--En primer lugar, señor marqués, seré para usted el órgano de
comunicación de un especulador hábil, rico é influyente; este personaje
ha concebido la idea de una empresa de consideración, cuya naturaleza le
explicaré en seguida y que fracasará si no le presta su concurso
particular la clase aristocrática de este país. Él cree que si un nombre
antiguo é ilustre como el de usted, figurase en la lista de los miembros
fundadores de la empresa, llegaría á ganarse simpatías en las clases del
público especial á quien el prospecto se dirige. En vista de esta
ventaja, le ofrece á usted, desde luego, lo que se llama comúnmente una
prima, es decir, diez acciones á título gratuito, cuyo valor estimado
desde este momento en diez mil francos, es verosímil que se triplicará
con el éxito de la operación. Además...

--Basta, señor; semejantes ignominias no valen el trabajo que se toma al
formularlas.

Vi brillar repentinamente los ojos del anciano bajo sus espesas cejas
como si una chispa se hubiera desprendido de ellos.
Una débil sonrisa

desplegó las rígidas arrugas de su rostro.

--Si la proposición no le agrada señor Marqués--dijo tartajeando,--á mí tampoco me gusta; á pesar de todo, he creído de mi deber indicársela. He aquí otra que tal vez le agradará más, y que de cierto es más aceptable. Entre mis más antiguos clientes cuento, señor, á un honrado comerciante retirado, poco ha, de los negocios, que vive holgadamente en compañía de una hija única, á la que adora como es natural, y que goza de una _aurea mediocritas_ que avalúo en veinticinco mil libras de renta. La casualidad quiso, ahora tres días, que la hija de mi cliente tuviese noticias de la situación de usted: yo he creído ver, y aun he podido asegurarme para decirlo todo, que la niña, que por otra parte es bonita y está adornada de cualidades estimables, no vacilaría un instante en aceptar con la mano de usted, el título de Marquesa de Champcey. El padre consiente y yo no espero sino una palabra de usted, señor Marqués, para decirle el nombre y domicilio de esta familia. .. interesante.

--Esto me determina completamente; mañana mismo dejaré un título que en mi situación es irrisorio, y que parece además exponerme á las más miserables empresas de la intriga. El apellido originario de mi familia es Odiot; este solo es el que llevaré en lo sucesivo. Sin embargo, reconociendo toda la vivacidad del interés que ha podido inducirle á usted á ser el intérprete de tan singulares proposi

ciones, le ruego
omite todas las que puedan tener un carácter análogo.
o.

--En ese caso, señor Marqués--respondió el señor La
ubepin,--nada tengo
que decirle.

Al mismo tiempo, atacado de un acceso súbito de jov
ialidad, frotóse, las
manos, produciendo un ruido como de pergaminos que
se restregan. Luego
agregó riéndose.--Es usted un hombre difícil de com
placer, señor Máximo.
¡Ah, ah! muy difícil. Es asombroso que no haya nota
do antes la palpable
similitud que la Naturaleza se ha complacido en est
ablecer entre la
fisonomía suya y la de su señora madre... Particula
rmente los ojos y la
sonrisa... pero no nos extraviemos, y puesto que no
quiere usted deber
la subsistencia sino á un honorable trabajo, perdón
eme que le pregunte
cuáles son sus aptitudes y sus talentos.

--Mi educación, señor, ha sido naturalmente la de u
n hombre destinado á
la riqueza y á la ociosidad. Sin embargo, he estudi
ado derecho, y tengo
el título de abogado.

--¡Abogado! ¡Ah, diablo!... ¡usted abogado! Pero el
título no basta: en
la carrera del foro, es menester, más que en ningun
a otra, pagarse un
poco de su persona... y esto... veamos, ¿se cree us
ted elocuente, señor
Marqués?

--Tan poco, señor, que me creo enteramente incapaz
de improvisar dos

frases en público.

--¡Hum! no es eso precisamente á lo que puede llamarse vocación para orador; será preciso dirigirse á otro lado, pero la materia exige más amplias reflexiones. Por otra parte, veo que está usted fatigado. Tome los papeles que le suplico examine á su satisfacción.

--Tengo el gusto de saludarle.

--Permítame que le alumbre. Perdón... ¿debo esperar nuevas órdenes antes de consagrar al pago de los acreedores el precio de los dijes y joyas que tengo en mi poder?

--No, ciertamente. Espero, además, que de lo que resta, se cobre usted la justa remuneración de sus buenos oficios.

Llegábamos á la meseta de la escalera: el señor Laubepin, cuyo cuerpo se encorva un poco cuando camina, se enderezó bruscamente.

--En lo que concierne á los acreedores, señor Marqués--me dijo--lo obedeceré con respeto. Por lo que á mí concierne, he sido el amigo de su señora madre, y suplico humilde y encarecidamente á su hijo, que me trate como á un amigo.

Tendí al anciano mi mano, que apretó con fuerza y nos separamos.

Vuelto al pequeño cuarto, que ocupó bajo el techo de esta casa, que ya no me pertenece, he querido probarme á mí mismo que

la certidumbre de mi
completa ruina no me sumergía en un abatimiento indig-
no de un hombre. Me
he puesto á escribir la relación de este día decisivo
de mi vida,
esmerándome en conservar la fraseología exacta del
viejo notario, y ese
lenguaje, mezcla de dureza y de cortesía, de desconfianza
y
sensibilidad, que mientras que tenía el alma traspasada
de dolor, me ha
hecho sonreír más de una vez.

He aquí, pues, la pobreza; no ya la pobreza oculta,
orgullosa y poética
que mi imaginación soportaba valientemente á través
de los grandes
bosques, de los desiertos y de las llanuras, sino la
misericordia positiva,
la necesidad, la dependencia, la humillación, y algo
peor todavía: la
amarga pobreza del rico caído, la pobreza de frac negro
que oculta sus
manos desnudas á los amigos que pasan.

--Vamos, hermano, valor.

Lunes, 27 de abril.

He esperado en vano durante cinco días, noticias del
señor Laubepin,
confieso que contaba seriamente con el interés que
había parecido
manifestarme. Su experiencia, sus conocimientos prácticos,
sus muchas
relaciones le proporcionaban los medios de serme útil.
Estaba pronto á
ejecutar bajo su dirección todas las diligencias ne-

cesarias; pero
abandonado á mí mismo, no sabía absolutamente hacia
qué lado dirigir mis
pasos. Le creía uno de esos hombres que prometen po
co y hacen mucho.
Temo haberme engañado. Esta mañana me determiné á i
r á su casa con el
objeto de devolverle los documentos que me había co
nfiado y cuya triste
exactitud he podido comprobar. Me dijeron que el bu
en señor había salido
á gozar de las dulzuras del campo, en no sé qué cas
tillo en el fondo de
la Bretaña. Estará aún ausente por dos ó tres días.
Esto me ha
consternado. No sentía solamente el pesar de encont
rarme con la
indiferencia y el abandono, donde había creído hall
ar la oficiosidad de
una verdadera amistad, sentía aún más, la amargura
de volverme como
había venido, con la bolsa vacía. Contaba con pedir
al señor Laubepin
algún dinero á cuenta, sobre los tres ó cuatro mil
francos que deben
quedarnos después del pago íntegro de nuestras deud
as, pues por más que
me haga el anacoreta desde mi llegada á París, la s
uma insignificante
que había podido reservar para mí viaje, está agota
da completamente, y
tan agotada que después de haber hecho esta mañana
un verdadero almuerzo
de pastor, _castanoe molles et pressi copia lactis_
, he tenido que
recurrir para comer, á una especie de pillería, cuy
o melancólico
recuerdo quiero consignar aquí.

Cuanto menos se ha almorzado, más se desea comer. E
s este un axioma cuya
fuerza he sentido hoy en toda su extensión antes qu

e el sol hubiese
terminado su carrera. Entre los paseantes que la pu
reza del cielo había
traído á las Tullerías, hacia el mediodía, y que co
ntemplaban las
primeras sonrisas de la primavera jugar sobre l
a faz de mármol de
los silvanos, se notaba un hombre joven, de un port
e irreprochable, que
parecía estudiar con extraordinaria solicitud el de
spertar de la
Naturaleza. No contento en devorar con la mirada la
nueva verdura, se le
veía de vez en cuando arrancar furtivamente de sus
tallos algunos nuevos
y apetitosos brotes, hojas no desarrolladas aún, y
llevarlas á sus
labios, con una curiosidad de botánico.

He podido asegurarme que este recurso alimenticio q
ue me había sido
indicado por la historia de los náufragos, tiene un
valor muy mediocre.
Sin embargo, he enriquecido mi experiencia con algu
nas nociones útiles:
así sé, para en adelante, que el follaje del castañ
o es tan amargo á la
boca como al corazón; el rosal no es malo, el tilo
es aceitoso y
bastante agradable y la lila picante y malsana segú
n creo.

Meditando sobre estos descubrimientos me dirigí hac
ia el convento de
Elena. Al poner el pie en el locutorio, que encontr
é lleno como una
colmena, me sentí más aturdido que nunca por las tu
multuosas
confidencias de las jóvenes abejas. Elena llegó con
los cabellos en
desorden, las mejillas inflamadas, los ojos colorad
os y chispeantes;

traía en la mano un pedazo de pan del largo de su brazo. Me abrazó con un aire preocupado:

--Y bien, hijita, ¿qué es lo que tienes? Tú has llorado.

--No, Máximo, no tengo nada.

--¿Qué es lo que hay? Veamos...

Bajando la voz, me dijo:--¡oh, soy muy desgraciada, mi querido Máximo!

--¿Es verdad? Vaya, cuéntame eso, comiendo tu pan.

--¡Oh! soy demasiado desgraciada para comer mi pan. Como tú sabes perfectamente, Lucía Campbell es mi mejor amiga, pues bien; hemos reñido mortalmente.

--¡Oh, Dios mío!... pero permanece tranquila, chiquilla; ya se arreglarán ustedes...

--¡Ah! Máximo, eso es imposible. Mira, han pasado cosas demasiado graves. Al principio no fué nada; pero como sabes, una se altera y pierde la cabeza. Figúrate que jugábamos al volante, y Lucía se equivocó al contar sus puntos; yo tenía seiscientos ochenta y ella seiscientos quince solamente, y ha pretendido tener seiscientos setenta y cinco. Me confesarás que esto era demasiado fuerte. Yo sostuve mi cifra y por supuesto, ella la suya. Y bien, señorita, le dije, consultemos á estas señoritas; yo me someto á su fallo. No, señorita, me contestó, estoy

segura de mi cuenta y es usted una mala jugadora. Y usted una mentirosa, le respondí. Está bien, la desprecio demasiado para contestarle, me dijo. La hermana Sainte Félix, llegó afortunadamente en ese momento, pues yo creo que iba á pegarle... He ahí lo que ha pasado. Ya ves, es imposible arreglarnos después de esto. ¡Imposible! eso sería una cobardía. Entretanto, no puedo decirte cuánto sufro, creo que no hay sobre la tierra una persona más desgraciada que yo.

--Ciertamente, hija mía, es difícil imaginarse una desgracia más grande que la tuya. Pero si he de decirte mi modo de pensar, tú te la has atraído en cierto modo, porque en esta querella tu boca ha pronunciado la primer ofensa. Veamos, ¿está en el locutorio tu Lucía?

--Sí, mírala allá en el rincón.--Y me mostró con un movimiento de cabeza una niña pequeña muy rubia, que tenía como ella los ojos colorados, las mejillas inflamadas, y que parecía hacer en aquellos momentos, á una anciana muy atenta, el relato del drama que la hermana Sainte Félix había afortunadamente interrumpido. Al hablar con un fuego digno del asunto, la señorita Campbell lanzaba de tiempo en tiempo una mirada furtiva sobre Elena y sobre mí.

--Mi querida niña--dije á mi hermana--¿tienes confianza en mí?

--Sí, Máximo, tengo mucha confianza en ti.

--En ese caso, mira lo que vas á hacer; te acercas muy despacio, hasta colocarte detrás de la silla de Lucía; le tomas la cabeza traidoramente, le estampas un beso en las mejillas, así, con fuerza, y luego verás lo que ella hace á su turno.

Elena titubeó algunos segundos, luego partió á largos pasos, y cayó como un rayo sobre la señorita Campbell, á quien, sin embargo, causó la más agradable sorpresa; las dos niñas infortunadas, reunidas en fin para siempre, confundieron sus lágrimas en un tierno grupo, en tanto que la vieja y respetable señora Campbell se sonaba, produciendo el ruido de una gaita.

Elena volvió á donde yo estaba, radiante de alegría .

--Y bien, querida, espero que ahora comerás tu pan.

--No, Máximo; he estado demasiado conmovida como ves, y, además, es menester decirte que hoy ha entrado una nueva discípula, que nos ha regalado merengues y algunos otros dulces; de modo que no tengo hambre. Me siento al mismo tiempo muy embarazada, porque he olvidado volver el pan á la canasta, como debe hacerse, cuando no se tiene hambre, y tengo miedo de ser castigada; pero al pasar por el patio voy á tratar de arrojarlo por el respiradero del sótano, sin que nadie me vea.

--Cómo, hermana mía--respondí, sonrojándome ligeramente--¿vas á perder ese gran pedazo de pan?

--Sé que no es bien hecho, porque hay muchos pobres que se considerarían felices en poseerlo, ¿no es verdad, Máximo?

--Los hay ciertamente, mi querida niña.

--Pero ¿qué quieres que haga? Los pobres no entran aquí.

--Veamos, Elena, confíame ese pan y se lo daré en tu nombre al primer pobre que encuentre ¿quieres?

--¿Cómo no he de querer, pues?

La hora de retirarse llegó; rompí el pan en dos pedazos que hice desaparecer vergonzosamente en los bolsillos de mi paletot.

--Querido Máximo--continuó la niña,--hasta muy luego, ¿no es verdad? Tú me dirás si has encontrado algún pobre, si le has dado mi pan y si lo ha hallado bueno.

--Sí, Elena, he hallado un pobre y le he dado tu pan, que ha llevado como una presa á su bohardilla solitaria, y lo ha hallado bueno; pero era un pobre sin valor, porque ha llorado mucho al devorar la limosna de tus pequeñas y queridas manos. Te contaré esto, Elena, porque es bueno que sepas que hay en la tierra sufrimientos más serios que tus sufrimientos de niña; todo te lo diré, excepto el n

ombre del pobre.

Martes, 28 de abril.

Esta mañana á las nueve, llamaba yo á la puerta del señor Laubepin, esperando vagamente que alguna casualidad hubiese acelerado su regreso, pero me dijeron que no le esperaban hasta la mañana siguiente; ocurrióme de pronto acudir á la señora Laubepin y participarle el apuro á que me reducía la ausencia de su marido. Mientras vacilaba entre el pudor y la necesidad, la vieja sirvienta, aterrada, al parecer, por la mirada hambrienta que fijé sobre ella, cortó la cuestión, cerrando bruscamente la puerta. Entonces, tomé mi partido, resolviéndome á ayunar hasta el día siguiente.--Al fin, dije para mí, un día de abstinencia no me ha de causar la muerte; si en esta circunstancia soy culpable de un exceso de orgullo, yo solo sufriré sus consecuencias, por consiguiente esto me atañe exclusivamente. Después me dirigí hacia la Sorbona, donde asistí sucesivamente á varios cursos; tratando de llenar á fuerza de goces espirituales, el vacío que sentía en lo material; mas llegó la hora en que este recurso me faltó y también empezó á parecerme insuficiente. Experimentaba, sobre todo, una fuerte irritación nerviosa, que esperaba calmar paseando.

El día estaba frío y nublado.

Cuando pasaba por el puente de los Santos Padres me detuve un instante casi sin querer, púseme de codos sobre el parapeto, y contemplé las turbias aguas del río precipitándose bajo los arcos. No sé qué malditos pensamientos asaltaron entonces mi debilitado y fatigado espíritu: me imaginé de repente con los colores más insoportables, el porvenir de lucha continua, de dependencia y humillación al que entraba lúgubrementemente por la puerta del hambre; sentí un disgusto profundo, absoluto, y como una imposibilidad de vivir. Al mismo tiempo una ola de cólera salvaje y brutal me subió al cerebro; sentí como un deslumbramiento y echándome sobre la balaustrada, vi toda la superficie del río cubierta de chispas.

No diré, siguiendo el uso: Dios no lo quiso. No me gustan las fórmulas triviales. Me atrevo á decir: yo no lo quise, Dios nos ha hecho libres, y si yo hubiera podido dudar de esta verdad hasta entonces, aquel momento supremo en que el alma y el cuerpo, el valor y la cobardía, el bien y el mal se entregaban en mí tan patentemente á un combate mortal, aquel momento, repito, habría disipado para siempre mis dudas.

Vuelto en mí, no experimenté, frente á frente de aquellas terribles ondas, sino la tentación muy inocente y bastante necia de apagar en ellas la sed que me devoraba: después reflexioné que encontraría en mi

habitación un agua mucho más limpia: tomé rápidamente el camino de mi casa, forjándome una imagen deliciosa de los placeres que en ella me esperaban. En mi triste situación me admiraba, no podía darme cuenta de cómo no había pensado antes en este expediente vencedor.

En el bulevar me encontré repentinamente con Gastón de Vaux á quien no había visto hacía dos años. Detúvose después de un movimiento de duda, me apretó cordialmente la mano, me dijo dos palabras sobre mis viajes y me dejó en seguida. Después, volviendo sobre sus pasos:

--Amigo mío--me dijo,--es preciso que me permitas asociarte á una buena fortuna que he tenido en estos días. He puesto la mano sobre un tesoro; he recibido un cargamento de cigarros que me cuestan dos francos cada uno, pero no tienen precio. Toma uno; después me dirás qué tales son. Hasta la vista, querido.

Subí penosamente mis seis pisos y tomé, temblando de emoción, mi bienhechora garrafa, cuyo contenido bebí poco á poco; después encendí el cigarro de mi amigo, y miréme al espejo dirigiéndome una sonrisa animadora.

En seguida volví á salir, convencido de que el movimiento físico y las distracciones de la calle me eran saludables. Al abrir mi puerta me sorprendí desagradablemente al ver en el estrecho corredor á la mujer

del conserje de la casa, que pareció demudarse por mi brusca aparición. Esta mujer había estado en otro tiempo al servicio de mi madre, quien le tomó cariño y le dió al casarla la posición lucrativa que hoy tiene. Había creído observar desde días antes, que me espiaba, y al sorprenderla esta vez casi en flagrante delito, le pregunté:

--¿Qué quiere usted?

--Nada, señor Máximo, estaba preparando el gas--respondió muy turbada.

Me encogí de hombros y salí.

El día declinaba. Pude pasearme en los lugares más frecuentados sin temer enojosos encuentros. Mi paseo duró dos ó tres horas, horas crueles. Hay algo de particularmente punzante al sentirse atacado, en medio de toda la brillantez y abundancia de la vida civilizada, por el azote de la vida salvaje: el hambre.

Esto raya en locura; es un tigre que salta al cuello en pleno bulevar.

Yo hacía nuevas reflexiones. ¿El hambre no es una palabra vana? ¿Es verdad, pues, que existe una enfermedad llamada así; es verdad que hay criaturas humanas que sufren de ordinario y casi diariamente, lo que yo sufro por casualidad la primera vez en mi vida? ¿Y cuántos de estos seres tendrán por añadidura algunos otros sufrimientos que á mí no me abruman? La única persona que me interesa en el mun

do, está al abrigo de
los males que yo sufro, la veo dichosa, sonrosada y
risueña. Pero los
que no sufren solos, los que oyen el grito desgarrador de sus entrañas
repetido por labios amados y suplicantes, los que son
esperados en una
fría buhardilla por sus mujeres macilentas, y sus hijos
taciturnos.
¡Pobres gentes!... ¡Oh, santa caridad!

Estos pensamientos me quitaban el valor de quejarme
y me han
proporcionado el de sostener la prueba hasta el fin.
Podía en efecto
abreviarla. Hay aquí dos ó tres restaurants en que
me conocen y donde,
cuando era rico, he entrado sin escrúpulo, aunque hubiese
olvidado mi
bolsa. Ahora podía hacer lo mismo. Tampoco me era difícil
encontrar en
París, quien me prestara cien sueldos; pero estos expedientes
que
huelen a miseria y truhanería, me repugnaron decididamente.

Para los pobres, esta pendiente es resbaladiza y no
quiero aún poner en
ella el pie.

Para mí sería lo mismo perder la probidad que perder
la delicadeza, que
es la distinción de esta virtud vulgar. Así es que
he observado
repetidas veces, con qué terrible facilidad se desflora
y degrada este
sentimiento exquisito de la honradez en las almas mejor
dotadas, no
solamente al soplo de la miseria, sino al simple contacto
de la escasez,
y debo velar sobre mí con severidad, para rechazar
en adelante como

sospechosas las capitulaciones de conciencia que parecen más inocentes.

En la adversidad, es menester no habituar el alma á la dejadez;
demasiada inclinación tiene á plegarse.

La fatiga y el frío me hicieron volver como á las nueve.

La puerta de la casa estaba abierta: subía la escalera con paso de fantasma, cuando oí en el cuarto del conserje, el murmullo de una agitada conversación, que al parecer versaba sobre mí, pues en ese momento el tirano de la casa pronunciaba mi nombre en tono despreciativo.

--Hazme el gusto, señora Vauberger--decía,--de dejarme tranquilo con tu Máximo; ¿lo he arruinado yo acaso? ¿Y bien, á qué vienen esas cantinelas? Si se mata, lo enterrarán... y se acabó.

--Te digo, Vauberger--replicó la mujer,--que si lo hubieras visto vaciar su garrafa, se te hubiera partido el corazón... Y mira, si yo creyera que piensas lo que dices, cuando exclamas con la negligencia de un cómico «si se mata lo enterrarán...» Pero no lo puedo creer, porque en el fondo eres un hombre, aunque no te gusta ser perturbado en tus hábitos... Piensa, pues, Vauberger... ¡no tener fuego ni pan!... Un muchacho que ha sido alimentado con tan buenos manjares y criado entre pieles como un príncipe. ¿No es esto una vergüenza,

una indignidad, y no
es un bribón el gobierno que permite semejantes cosas?

--Pero eso nada tiene que ver con el gobierno--respondió Vauberger, con bastante razón...--Y además, tú te engañas, te lo aseguro... no es como lo crees, no le puede faltar pan, ¡eso es imposible!

--Pues bien, Vauberger, voy á decírtelo todo, lo he seguido, lo he espiado, y luego lo he hecho espiar por Eduardo: ¡y bien! estoy segura que no ha almorzado esta mañana, y como he registrado todos sus bolsillos y cajones y no le queda en ellos un céntimo, estoy muy cierta que no habrá aún comido, pues es demasiado orgulloso para mendigar...

--¡Tanto peor para él! Cuando uno es pobre, es necesario no ser orgulloso--dijo el honorable conserje, que me pareció expresar en esta circunstancia, los sentimientos de un portero.

Tenía bástanle con este diálogo, y lo terminé bruscamente abriendo la puerta del cuarto y pidiendo una luz á Vauberger, que creo no se hubiera consternado más si le hubiera pedido su cabeza. A pesar del deseo que tenía de mostrar firmeza á estas gentes, me fué imposible no tropezar una ó dos veces en la escalera: la cabeza me vacilaba. Al entrar en mi cuarto, ordinariamente helado, tuve la sorpresa de hallar en él, una temperatura tibia, sostenida suavemente por un fuego claro y alegre. No

tuve el rigorismo de apagarlo; bendije los buenos corazones que hay en el mundo, me extendí luego en un viejo sofá de terciopelo de Utrecht, á quien los reveses de la fortuna han hecho pasar como á mí, del piso bajo á la buhardilla, y traté de dormir.

Me hallaba hacía media hora, sumergido en una especie de entorpecimiento, cuya somnolencia uniforme me presentaba la ilusión de suntuosos festines y campestres fiestas, cuando el ruido de la puerta que se abría, me despertó sobresaltado. Creí soñar aún, viendo entrar á la señora Vauberger con una gran bandeja sobre la que humeaban dos ó tres odoríferos platos. Habíala ya depuesto sobre el pavimento y comenzado á extender su mantel sobre la mesa, antes que hubiese sacudido enteramente mi letargo. Por fin me levanté bruscamente.

--¿Qué es esto?--dije.--¿Qué es lo que hace usted?

La señora Vauberger fingió una viva sorpresa.

--¿No había pedido comida, el señor?

--No.

--Eduardo me dijo que...

--Eduardo se ha engañado. Será el inquilino de al lado.

--Pero si no hay inquilino al lado... No comprendo.
..

--En fin, no es para mí... ¿Qué significa esto? Me

fastidia usted;
llévese eso.

La pobre mujer se puso á plegar tristemente su mantel, dirigiéndome las miradas desconsoladas de un perro á quien se ha castigado.

--¿El señor ha comido probablemente?--volvió á decir con voz tímida.

--Probablemente.

--Es una desgracia, porque la comida está pronta, va á perderse y el pobre muchacho será reprendido por su padre. Si el señor no hubiera comido por casualidad, me haría un servicio...

Di un golpe violento con el pie.

--Márchese, le he dicho.

Cuando salía me acerqué á ella.

--Mi buena Luisa--le dije,--la comprendo y le doy las gracias: pero esta noche sufro bastante y no tengo hambre.

--¡Ah! señor Máximo--exclamó llorando--si supiera usted lo que me mortifica... pues bien, me pagará después mi comida, si quiere, me pondrá el dinero en la mano, cuando lo tenga... pero puede usted estar seguro, que aun cuando me diese cien mil francos, no me proporcionaría usted tanto placer, como si lo viera aceptar mi pobre comida. Me haría usted una soberbia limosna. Usted que tiene talento, señor, debe comprender bien todo esto. Entretanto...

--¡Bueno! mi querida Luisa... qué quiere usted... no puedo darle cien mil francos... pero tomaré su comida... Me dejará solo, ¿no es así?

--Sí, señor Máximo. ¡Ah! gracias, señor. Le doy muchas gracias. ¡Tiene usted buen corazón!

--Y buen apetito, también, Luisa. Deme su mano... no es para poner en ella dinero, esté tranquila... Ahora... hasta la vista.

La excelente mujer salió sollozando.

Acababa de escribir estas líneas después de haber hecho los honores á la comida de Luisa, cuando oí en la escalera el ruido de un paso pesado y grave: al mismo tiempo creí distinguir la voz de mi humilde providencia, expresándose en el tono de una confidencia tumultuosa y agitada. Pocos instantes después llamaron á mi puerta, y mientras Luisa se perdía en la sombra, vi aparecer el solemne perfil del viejo notario. El señor Laubepin arrojó una rápida mirada sobre la bandeja donde yo había reunido los restos de la comida; luego avanzando hacia mí y abriéndome los brazos en señal de confusión y de reproche á la vez:

--Señor Marqués--dijo,--en nombre del Cielo, ¿cómo no me ha...?

Interrumpiéndose, se paseó á largos pasos á través del cuarto y deteniéndose de pronto.

--Joven--continuó,--esto no está bien hecho; ha herido á un amigo y hecho sonrojar á un viejo.

Estaba muy conmovido. Yo lo miré también con emoción no sabiendo qué responderle, cuando me atrajo bruscamente contra su pecho, y me oprimió hasta sofocarme, murmurándome al oído:

--¡Pobre niño!

Hubo un momento de silencio. Nos sentamos.

--Máximo--dijo entonces el señor Laubepin--¿está usted siempre en las disposiciones en que lo dejé? ¿Tendrá usted valor para aceptar el trabajo más humilde, el empleo más modesto, con tal que sea honorable, y que asegurando su existencia personal, aleje de su hermana, en lo presente y en lo porvenir, los dolores y peligros de la pobreza?

--Ciertamente, señor, ese es mi deber y estoy pronto á cumplirlo.

--En ese caso, amigo mío, escúcheme. Acabo de llegar de la Bretaña; existe en esta antigua provincia una opulenta familia llamada Laroque, la cual me honra con su entera confianza hace muchos años. Esta familia es representada hoy por un anciano y dos mujeres, á quienes su edad y carácter hacen igualmente inhábiles para los negocios. Los Laroque poseen una fortuna territorial considerable, cuya administración estaba confiada en estos últimos tiempos, á un intendente

que yo me tomaba la
libertad de mirar como un bribón. Al día siguiente
de nuestra
entrevista, Máximo, recibí la noticia de la muerte
de este individuo:
me puse en camino inmediatamente para el castillo d
e Laroque y he pedido
para usted el empleo vacante. He hecho valer su tít
ulo de abogado y más
particularmente sus cualidades morales. Conformándo
me con su deseo, no
he hablado nada sobre su nacimiento: no es usted, n
i será conocido en la
casa, sino bajo el nombre de Máximo Odiot. Habitará
usted un pabellón
separado, donde se le servirá la comida, cuando no
le sea agradable
figurar en la mesa de la familia. Sus honorarios es
tán fijados en seis
mil francos por año. ¿Le conviene?

--Me conviene grandemente y todas las precauciones
y delicadezas de su
amistad me conmueven vivamente; pero, para decirle
la verdad, temo ser
un hombre de negocios muy poco entendido, algo novi
cio.

--Pierda cuidado sobre ese punto, amigo mío. Mis es
crúpulos se han
anticipado á los suyos y no he ocultado nada á los
interesados.
Señora--dije á mi excelente amiga la señora de Laro
que,--tiene usted
necesidad de un intendente, de un gerente para su f
ortuna: yo le ofrezco
uno. Está lejos de tener la habilidad de su predece
sor; no está versado
absolutamente en los misterios de los arrendamiento
s y contratos de
tierras: no conoce la primera palabra de los negoci
os que va usted á

dignarse confiarle; no tiene conocimientos especiales, ni práctica, ni experiencia, ni nada de lo que se necesita; pero tiene algo, que faltaba á su predecesor, que cincuenta años de práctica no habían podido darle, y que diez mil años más no le habrían dado tampoco; tiene probidad, señora. Lo he visto en el fuego y respondo de él. Tómelo, y tendrá usted mi reconocimiento y el suyo. La señora de Laroque se rió mucho de mi manera de recomendar á las gentes, pero finalmente parece que era buena, puesto que tuvo éxito.

El digno anciano se ofreció entonces á darme algunas nociones elementales y generales sobre la especie de administración de que iba á ser encargado y agregar á propósito de los intereses de la familia Laroque, algunas noticias que se ha tomado el trabajo de recoger y redactar para mí.

--¿Y cuándo debo partir, mi querido señor?

--A decir verdad, mi querido niño (ya no se trataba del señor Marqués), cuanto más pronto, será mejor; porque aquellas gentes no son capaces de hacer por sí mismas una carta de pago. Mi excelente amiga la señora de Laroque en particular, mujer recomendable por diversos títulos, es en punto á negocios, de una incuria, una ineptitud y negligencia, que sobrepasa lo imaginable. ¡Es una criolla!

--¡Ah! es una criolla--repetí con vivacidad.

--Sí, joven, una vieja criolla--respondió secamente el señor Laubepin.--Su marido era bretón; pero estos detalles vendrán á su tiempo... Hasta mañana, Máximo, ¡valor!... ¡Ah! olvidaba... El jueves por la mañana antes de mi partida hice una cosa que no le será desagradable. Tenía usted entre sus acreedores algunos bribones, cuyas relaciones con su padre habían sido contaminadas de usura: armado de los rayos legales, he reducido sus créditos á la mitad, y obtenido el saldo total, quedándole á usted en definitiva un capital de veinte mil francos. Agregando á esta reserva las economías que podrá usted hacer cada año, sobre sus honorarios, tendremos en diez años, una linda dote para Elena... Venga á almorzar mañana con el maestro Laubepin y acabaremos de arreglar todo esto... ¡Buenas noches, Máximo, buenas noches, mi querido hijo!

--¡Que Dios le bendiga, señor!

Castillo de Laroque (d'Arz), mayo, 1.º

Ayer dejé á París.

Mi última entrevista con el señor Laubepin fué penosa: he consagrado á este anciano los sentimientos de un hijo. En seguida, fué preciso decir adiós á Elena. Para hacerla comprender la necesidad en que me hallo de

aceptar un empleo, fué indispensable dejarle entrev
er una parte de la
verdad. Hablé de dificultades pasajeras de fortuna.

La pobre niña
comprendió, según creo, más de lo que yo le decía:
sus grandes ojos
asombrados se llenaron de lágrimas y me saltó al cu
ello.

Partí.

El ferrocarril me condujo á Rennes, donde pasé la n
oche. Esta mañana
monté en una diligencia que debía dejarme, cinco ó
seis horas después,
en la pequeña ciudad de Morbihan, situada á poca di
stancia del castillo
de Laroque.

Anduve una diez leguas más allá de Rennes sin llega
r á darme cuenta de
la reputación pintoresca de que goza en el mundo, l
a vieja Armórica. Un
país llano, verde y monótono. Eternos manzanos en e
ternas praderas,
zanjas y lomas pobladas de arboledas, limitando la
vista por ambos
lados del camino; cuando más algunos pequeños recod
os de gracia
campestre, todo me hacía pensar desde la víspera qu
e la poética Bretaña
no era sino una hermana pretenciosa de la Baja Norm
andía. Cansado ya de
decepciones y de manzanos, había dejado hacía una h
ora de prestar la
menor atención al paisaje, y dormitaba tristemente,
cuando de pronto me
pareció apercibir que nuestro pesado carruaje se in
clinaba hacia
adelante más de lo natural; al mismo tiempo, el and
ar de los caballos
aflojaba sensiblemente y un ruido de hierros viejos

, acompañado de un
rozamiento particular, me anunciaba, que el último
de los conductores
acababa de aplicar la última arrastradera á la rueda
de la última
diligencia. Una señora vieja que estaba cerca de mí
, me tomó el brazo
con esa viva simpatía que hace nacer la comunidad d
el peligro.

Saqué la cabeza por la portezuela: descendíamos ent
re dos pendientes
elevadas, una cuesta enteramente empinada, concepci
ón de un ingeniero
demasiado partidario de la línea recta, y medio des
lizándonos, medio
rodando, no tardamos en llegar á un estrecho valle
de aspecto siniestro,
en cuyo fondo un miserable arroyo corría penosament
e y sin ruido, entre
espesos cañaverales; sobre sus orillas derrumbadas
se veían algunos
troncos cubiertos de musgo. El camino atravesaba es
te río por un puente
de un solo arco; luego remontaba la pendiente opues
ta trazando un surco
blanco á través de un arenal inmenso, árido y absol
utamente desnudo,
cuya cima cortaba el cielo sensiblemente á nuestro
frente. Cerca del
puente, en el borde del camino se levantaba un casu
cho solitario, cuyo
aire de profundo abandono, oprimía el corazón.

Un hombre joven y robusto, partía leña delante de l
a puerta: un cordón
negro retenía por detrás sus largos cabellos de un
rubio pálido. Levantó
la cabeza y me sorprendió el carácter extraño de su
s facciones y la
mirada tranquila de sus ojos azules: me saludó en u
na lengua

desconocida, con un acento breve, dulce y salvaje.
En la ventana de la
cabaña estaba una mujer hilando: su peinado y el corte de sus vestidos
reproducían con una exactitud teatral, la imagen de
esas heladas
castellanas de piedra que vemos acostadas encima de
los sepulcros.

Aquellas gentes no eran de aspecto vulgar: tenían en el más alto grado
esa apariencia fácil, graciosa y grave, que llamamos aire distinguido.
Su fisonomía participa de la expresión triste y pensativa, que muchas
veces he notado con emoción, en los pueblos que han perdido su
nacionalidad.

Habíame apeado para subir la cuesta.

El arenal que se confundía con el camino, se extendía á mi alrededor
hasta perderse de vista; por todas partes pobres alagunas; que se
arrastraban sobre una tierra negra; aquí y allá, de peñaderos, grutas,
senderos abandonados y algunos peñascos asomando apenas sobre el suelo,
pero ni un solo árbol.

Cuando llegué á la meseta, vi á mi derecha la línea sombría del arenal,
cortar en lontananza una faja de horizonte más lejana aún, ligeramente
ondeada, azul como la mar, inundada de sol, y que parecía abrir en medio
de aquel paraje desolado la repentina perspectiva de alguna región
radiante y pintoresca: era en fin la Bretaña.

Alquilé un calesín en la pequeña ciudad de... para

salvar las dos leguas
que me faltaban aún para terminar mi viaje.

Durante la travesía, que no fué de las más rápidas, recuerdo confusamente haber visto pasar ante mis ojos, bosques, claros, lagos y oasis de frescura, ocultos entre los valles; pero al aproximarme al castillo de Laroque, me sentí asaltado por mil pensamientos penosos que dejaban poco lugar á las preocupaciones del turista. Unos instantes más, é iba á entrar en una familia desconocida, bajo una especie de domesticidad mal disfrazada, con un título que me aseguraba apenas los miramientos y el respeto de los criados; esto era nuevo para mí. En el momento mismo, en que el señor Laubepin me propuso este empleo, todos mis instintos, todos mis hábitos se sublevaron violentamente contra el carácter de dependencia particular, inherente á tales funciones. Había creído, sin embargo, que era imposible rechazar el empleo sin esquivar, al parecer, las solícitas diligencias del anciano en mi favor. Además no podía esperar, sino después de muchos años, obtener en funciones más independientes, las ventajas que se me ofrecían desde luego, y que me permitirían trabajar en seguida en el porvenir de mi hermana. Conseguí, pues, vencer mis repugnancias, pero habían sido tan vivas, que se despertaban con más fuerza en presencia de la inminente realidad. Tuve necesidad de releer en el código que todo hombre lleva dentro de sí mismo, los capítulos del deber y del sacrificio; al

mismo tiempo me repetía que no hay situación por humilde que sea, en la cual no pueda sostenerse y aun acrisolarse la dignidad personal. Después me tracé un plan de conducta para con los miembros de la familia Laroque, prometiéndome atestiguarles un celo concienzudo por sus intereses, y una justa deferencia hacia sus personas, igualmente distantes del servilismo y de la altivez. Pero no podía disimular me que esta última parte de mi tarea, la más delicada sin duda, debía simplificarse ó complicarse singularmente, por la naturaleza especial de la índole y de los caracteres con quienes iba á estar en contacto. Además el señor Laubepin, aunque reconociendo todo lo que mi solicitud tenía de legítimo respecto al artículo personal, se había mostrado obstinadamente parco de informes y detalles á este respecto. No obstante, al partir me había entregado una nota confidencial recomendándome la que umara luego que me hubiera servido de ella.

Saqué esta nota de mi cartera y me puse á estudiar sus términos que reproduzco aquí exactamente.

Castillo de Laroque d'Arz

ESTADO DE LAS PERSONAS QUE HABITAN DICHO CASTILLO

1.º Señor Laroque (Luis Augusto), octogenario, jefe actual de la milicia, fuente principal de la riqueza, antiguo marino, célebre bajo el primer imperio, en calidad de corsario autorizado;

parece que se
enriqueció en el mar por empresas legales de diversa
naturaleza: vivió
muchos años en las colonias. Oriundo de la Bretaña
volvió á ella hará
como treinta años, en compañía del difunto Pedro An
tonio Laroque, su
hijo único, esposo de la

2.º Señora Laroque (Clara Josefina), nuera del ya n
ombrado; criolla de
origen, edad cuarenta años; carácter indolente, esp
íritu caprichoso,
algo maniática, buen fondo.

3.º La señorita Laroque (Luisa Margarita), nieta, h
ija y presunta
heredera de los anteriores, edad veinte años, criol
la y bretona, algo
quimérica, ¡bella alma!

4.º Señora Aubry, viuda del señor Aubry, cambista,
fallecido en Bélgica,
prima en segundo grado, recogida en la casa, índole
agria.

5.º La señorita Helouin (Gabriela Carolina), veinti
séis años,
exinstitutriz, hoy doncella, talento cultivado, car
ácter dudoso.

--Quemad.

A pesar de la reserva que caracterizaba este docume
nto, no me ha sido
inútil; conocí que se iban disipando con el horror
de lo desconocido,
parte de mis aprensiones. Por otro lado, si había c
omo lo pretendía el
señor Laubepin, dos almas cándidas en el castillo d
e Laroque, era
seguramente más de lo que había derecho á esperar,

sobre una proporción
de cinco habitantes. Después de dos horas de marcha
, el cochero se
detuvo delante de una puerta de reja, flanqueada po
r dos pabellones que
sirven de alojamiento al conserje. Dejé allí la par
te pesada del
equipaje y me encaminé hacia el castillo, llevando
en una mano mi saco
de noche, y decapitando con la caña que llevaba en
la otra, las
margaritas que brotaban en el cespéd. Después de ha
ber marchado algunos
centenares de pasos entre dos filas de enormes cast
años, me hallé en un
vasto jardín de disposición circular, que más lejos
parecía
transformarse en parque; á derecha é izquierda prof
undas perspectivas
abiertas entre espesuras compactas y ya verdeando,
brazos de agua
deslizándose bajo los árboles, y blancas barcas gua
rdadas bajo techos
rústicos. Frente á mí, se eleva el castillo, constr
ucción considerable
del gusto elegante y semiitaliano de los primeros a
ños de Luis XIII.
Está precedido por un terraplén que forma, al pie d
e una gradería, y
bajo las altas ventanas de la fachada, una especie
de jardín particular,
al que se sube por muchos escalones anchos y bajos.
El aspecto alegre y
fastuoso de esta morada me causó una verdadera cont
rariedad que no
disminuyó, cuando, al aproximarme al terraplén, oí
un ruido de voces
jóvenes y alegres que se destacaba sobre los rumore
s más lejanos de un
piano. Entraba decididamente en una casa de recreo,
muy diferente del
viejo y severo torreón que me había figurado. Sin e

mbargo, ya no era
tiempo de reflexiones: subí ligeramente las gradas
y me hallé de pronto
con una escena que, en cualquiera otra circunstanci
a, hubiera juzgado
bastante agradable. Sobre uno de los cuadros de cés
ped del jardín, una
media docena de jóvenes, enlazadas de dos en dos, r
eían con estrépito,
bailando alegremente al sol, mientras que un piano
hábilmente tocado,
les enviaba, á través de una ventana abierta, los c
ompases de un
impetuoso vals. Apenas tuve tiempo de entrever las
fisonomías animadas
de las bailarinas; los cabellos sueltos, los anchos
sombreros flotando
sobre sus espaldas: mi brusca aparición fué saludad
a por un grito
general, seguido súbitamente de un silencio profund
o; la danza cesó, y
toda la banda, formada en batalla, esperó gravement
e la pasada del
extranjero, que se detuvo algo confundido. Aunque m
i pensamiento no se
preocupa desde hace algún tiempo de las pretensio
s mundanas, confieso
que en aquel momento habría tirado de buena gana, m
i saco de noche. Fué
menester determinarme, y cuando avanzaba, con el so
mbrero en la mano
hacia la doble escalera que da acceso al vestíbulo
del castillo, el
piano se interrumpió de pronto.

Vi presentarse luego en la ventana abierta un enorm
e perro de Terranova,
que puso sobre la barra de apoyo su hocico leonino
entre sus dos
velludas patas: un instante después apareció una jo
ven de elevada
estatura y seria fisonomía, cuyo rostro, un poco br

onceado, estaba
rodeado de una masa espesa de cabellos negros y lus-
trosos. Sus ojos, que
me parecieron de dimensiones extraordinarias, inter-
rogaron con una
curiosidad indolente la escena que tenía lugar en e-
l terrado.

--Y bien ¿qué es lo que hay?--dijo con una voz tran-
quila.--Le dirigí
entonces una profunda inclinación, y maldiciendo un-
a vez más mi saco de
noche, que divertía visiblemente á aquellas niñas,
me apresuré á subir
las gradas de la escalera.

Un criado de cabellos grises vestido de negro, que
hallé en el
vestíbulo, tomó mi nombre: fuí introducido algunos
minutos después en un
vasto salón colgado de amarillo, donde reconocí des-
de luego á la joven
que acababa de ver en la ventana, y que seguramente
era de una extrema
belleza. Cerca de la chimenea, que era un verdadero
horno, una señora de
mediana edad y cuyas facciones acusaban fuertemente
el tipo criollo, se
hallaba sepultada en un gran sofá lleno de plumazon-
es, cojines y
almohadillas de todos tamaños. Un trípode de forma
antigua, encima del
cual había un brasero encendido, estaba colocado á
su alcance, y
aproximaba á él por intervalos sus manos pálidas y
flacas. Al lado de la
señora Laroque estaba sentada una señora que tejía:
en su semblante
triste y poco gracioso, no pude desconocer á la pri-
ma en segundo grado,
viuda del agente de cambio, fallecido en Bélgica.

La primera mirada que arrojó sobre mí la señora Laroque parecióme llena de una sorpresa que rayaba en estupor. Me hizo repetir mi nombre.

--Perdóneme... señor...

--Odiot, señora...

--¿Máximo Odiot, el intendente que el señor Laubepin...?

--Sí, señora.

--¿Está usted bien seguro?

--¡Cómo no, señora! perfectamente--respondí sin poder contener una sonrisa.

Arrojó una rápida mirada sobre la viuda del agente de cambio, y luego sobre la niña de severa frente, como para decirles: --¿Comprenden ustedes esto?--Agitóse ligeramente entre sus almohadones y continuó:

--En fin, tenga la bondad de sentarse, señor Odiot. Le agradezco infinito, señor, el que quiera consagrarnos su talento. Le aseguro que necesitamos mucho de su ayuda, porque, no puede negarse, tenemos la desgracia de ser muy ricos... Reparando que á estas palabras, la prima en segundo grado, encogía los hombros:

--Sí, mi querida señora Aubry;--prosiguió la señora de Laroque--sostengo lo que he dicho. Dios ha querido probarme al hacerm e rica. Yo había nacido positivamente para la pobreza, para las priv

aciones, para la
abnegación y el sacrificio, pero he sido contrariada.
a. Por ejemplo, á mí
no me habría disgustado un marido enfermo. ¡Pues bien!
el señor Laroque
era un hombre de excelente salud. Vea usted ahí, cómo
mi destino ha sido
y será siempre contrariado desde el principio hasta
el fin...

--No diga usted eso--dijo secamente la señora Aubry.
--Muy bien le iría
con la pobreza á usted, que no se escasea ninguna
dulzura, ningún
refinamiento.

--Permítame, querida señora--respondió la señora de
Laroque;--yo no
aprecio en modo alguno los sacrificios estériles. El
que yo me condenara
á las privaciones más duras ¿á qué ó á quién aprovecharía?
Porque yo me
helara desde la mañana hasta la noche, ¿sería usted
más dichosa?

La señora Aubry dió á entender con un gesto expresivo
que no sería más
dichosa por eso, pero que consideraba el lenguaje de
la señora de
Laroque como prodigiosamente afectado y ridículo.

--En fin--continuó ésta,--dicha ó desgracia; poco importa.
Somos, pues,
muy ricos, señor Odiot, y por poco caso que haga yo
de esta fortuna, mi
deber es conservarla para mi hija, aunque la pobre
niña no se cuide de
ella más que yo. ¿No es así, Margarita?

A esta pregunta, una débil sonrisa entreabrió los labios
desdeñosos de
la señorita Margarita, y el arco prolongado de sus

cejas se extendió
ligeramente, después de lo cual, aquella fisonomía
grave y soberbia
volvió de nuevo á su reposo.

--Señor--continuó la señora de Laroque,--se le va á
mostrar la
habitación que le hemos destinado, ajustándonos al
formal deseo del
señor Laubepin; pero antes permítame que le conduzca
á la habitación de
mi suegro, que tendrá placer en conocerle. ¿Quiere
usted llamar, prima?
Espero, señor Odiot, que nos hará usted el placer de
comer hoy con
nosotros. Adiós, señor, hasta muy luego.

Fuí confiado á los cuidados de un criado, que me su-
plicó esperara en la
pieza contigua á aquélla de que salía, mientras tomaba
órdenes del señor
Laroque. Se había dejado la puerta del salón entreabi-
erta y me fué
inevitable oír estas palabras pronunciadas por el se-
ñor Laroque con el
tono de bondad, aunque un poco irónico que le es ha-
bitual:

--¡Vaya, vaya! no se puede comprender á Laubepin, que
me anuncia un
muchacho de cierta edad, muy sencillito, muy juicioso
, ¡y que me envía un
señor como éste!

La señorita Margarita murmuró algunas palabras, que
no pude oír, con
vivo pesar mío, lo confieso, y á las que su madre re-
spondió:

--No te digo lo contrario, hija; pero no por eso es
menos ridículo de
parte del señor Laubepin. ¿Cómo quieres que un seño

r como éste vaya á
correr con zuecos? Mira, Margarita, si le acompañar
as á la habitación de
tu abuelo...

La señorita Margarita entró casi en el momento á la
pieza en me hallaba.
Cuando me vió en ella, pareció poco satisfecha.

--Perdón, señorita; pero el criado me dijo lo esper
ara aquí.

--Tenga la bondad de seguirme, señor.

La seguí. Me hizo subir una escalera, atravesar muc
hos corredores, y me
introdujo por fin en una especie de galería donde m
e dejó.

Púseme entonces á examinar algunos cuadros suspendi
dos en el muro. Estas
pinturas eran en su mayor parte muy mediocres, cons
agradas á la gloria
del antiguo corsario del imperio. Había muchos comb
ates de mar, un poco
ahumados, en los que era evidente sin embargo, que
el pequeño brik
L'Aimable, capitán Laroque, veintiséis cañones, c
ausaba á John Bull
los más sensibles disgustos. Luego venían algunos r
etratos de pie, del
capitán Laroque, que naturalmente atrajeron mi espe
cial atención.
Representaban todos, salvo ligeras variaciones, un
hombre de talla
gigantesca, llevando una especie de uniforme republ
icano, con grandes
solapas, cabellos á lo Kleber, y arrojando hacia ad
elante una mirada
enérgica, ardiente y sombría; en resumen, una espec
ie de hombre, que no
tenía nada de agradable. Cuando estudiaba esta gran

figura, que realzaba
maravillosamente la idea que se tiene en general de
un corsario, y aun
de un pirata, la señorita Margarita me suplicó que
entrara. Halléme
entonces frente á un viejo flaco y decrepito, cuyos
ojos conservaban
apenas una chispa vital, y que para acogerme, tocó
con mano temblorosa
el bonete de seda negra que cubría su cráneo lucien
te como el marfil.

--Abuelo--dijo la señorita Margarita levantando la
voz;--es el señor
Odiot.

El pobre viejo corsario se levantó un poco de su si
llón, mirándome con
una expresión apagada é indecisa. Me senté á un sig
no de la señorita
Margarita, que repitió:--El señor Odiot, el nuevo i
ntendente, abuelo.

--¡Ah! buen día, señor--murmuró el anciano.

Siguió una pausa del más obligado silencio. El capi
tán Laroque, con el
cuerpo encorvado y la cabeza pendiente, continuaba
fijando sobre mí su
incierta mirada. En fin, pareciendo hallar de pront
o un asunto de
conversación de un interés capital, me dijo con voz
sorda y profunda:

--El señor de Beauchêne ha muerto.

No hallé respuesta alguna á esta comunicación inesp
erada: ignoraba
absolutamente quién pudiese ser el señor de Beauchê
ne, y no tomándose la
señorita Margarita la molestia de decírmelo, me lim
ité á atestiguar, por

una débil exclamación de pésame, la parte que tomaba en este desgraciado suceso. Pero aparentemente esto no era bastante para lo que deseaba el viejo capitán, porque agregó un momento después con el mismo tono lúgubre:--¡el señor de Beauchêne ha muerto!

Mi asombro se acrecentó ante esta instancia. Veía el pie de la señorita Margarita golpear el pavimento con impaciencia: me desesperé y tomando al azar la primera frase que me vino al pensamiento :

--¿Y de qué ha muerto?--dije.

No había terminado aún esta pregunta, cuando una mirada colérica de la señorita Margarita me advertía que me hacía sospechoso de no sé qué irreverencia burlona. Aun cuando no me sintiese realmente culpable sino de una necia torpeza, me apresuré a dar a la conversación un giro más agradable. Hablé de los cuadros de la galería, de las grandes emociones que debían recordar al capitán y del interés respetuoso que sentía al contemplar al héroe de aquellas gloriosas páginas. Entré también en detalles y cité, con cierto calor, dos ó tres combates en que el brik L'Aimable me había parecido realizar verdaderos prodigios.

En tanto que daba yo prueba de esta cortesía de buen gusto, la señorita Margarita, con mi mayor sorpresa, continuaba mirándome con un descontento y despecho manifiestos. Su abuelo entre tanto me prestaba

oído atento; veía levantarse poco á poco su cabeza.

Una extraña sonrisa
iluminaba su fisonomía descarnada y parecía borrarle
e las arrugas. De
pronto, tomando con sus dos manos los brazos de su
sillón, se enderezó
tan alto como era; una llama guerrera brotó de sus
profundas órbitas y
exclamó con una voz sonora que me hizo estremecer:

--¡Barra al viento, todo al viento! ¡Fuego á babor!
¡Atraca, atraca;
arrojad los ganchos! ¡Con vigor! ¡Ya lo tenemos! ¡F
uego allá arriba! ¡Un
buen escobajo! ¡Limpiad el puente! ¡A mí ahora! ¡ju
ntos! ¡Sus! ¡al
inglés, al sajón maldito! ¡hurra!

Arrojando este último grito, que agonizó en su garg
anta, el anciano,
inútilmente sostenido por las manos piadosas de su
nieta, cayó como
aniquilado en su sillón. A un signo imperioso de la
señorita Laroque,
salí. Hallé el camino como pude á través del dédalo
de corredores y de
escaleras, lamentándome vivamente de lo inoportuno
que había estado en
mi entrevista con el viejo capitán de L'Aimable.

El criado de cabellos grises que me recibió á la ll
egada, y que se llama
Alain, me esperaba en el vestíbulo para decirme de
parte de la señora
Laroque que no tenía tiempo de pasar á mi alojamien
to antes de comer, y
que me hallaba bien como estaba.

En el momento mismo en que entraba al salón, una so
ciedad de unas veinte
personas salía para el comedor con las ceremonias u
suales. Era la vez

primera desde mi cambio de condición que me hallaba mezclado en una reunión mundana. Habitudo en otro tiempo á las pequeñas distinciones que la etiqueta de los salones acuerda en general al nacimiento y á la fortuna, no recibí sin amargura los primeros testimonios de la negligencia y el desdén á que inevitablemente me condenaba mi nueva situación. Reprimiendo lo mejor que pude estas sublevaciones del falso orgullo, ofrecí mi brazo á una joven pequeña, pero bien formada y graciosa, que quedaba sola atrás de los convidados, y que era como lo supuse la señorita Helouin, la institutriz. Mi asiento en la mesa estaba señalado cerca del suyo. En tanto que cada uno se acomodaba, apareció la señorita Margarita, como Antígona, guiando la marcha lenta y pesada de su abuelo. Vino á sentarse á mi derecha con ese aire de tranquila majestad que le es propio, y el poderoso Terranova, que parece ser el guardián titular de esta princesa, se acostó de centinela tras de su silla. Creí deber expresar sin retardo á mi vecina, el pesar que sentía en haber evocado torpemente recuerdos que parecían agitar de una manera penosa el ánimo de su abuelo.

--Soy yo quien debe excusarse, señor--respondió,--por no haberle prevenido que jamás debe hablarse de los ingleses delante de mi padre... ¿Conocéis la Bretaña, señor?

Le contesté que no la había conocido hasta aquel día, pero que me

consideraba muy dichoso en conocerla, y para probar que era digno de ella, hablé en estilo lírico de las bellezas pintorescas que me habían llamado la atención durante el camino. En el instante en que creía que esta diestra lisonja me conciliaba en el más alto grado la benevolencia de la joven bretona, vi con asombro dibujarse en su frente los síntomas de la impaciencia y del fastidio. Decididamente era yo desgraciado con esta niña.

--¡Vamos! veo, señor--dijo con una singular expresión de ironía,--que ama usted lo bello, lo que habla á la imaginación y al alma, la naturaleza, la verdura, los matorrales, las piedras y las bellas artes. Se entenderá usted maravillosamente con la señorita Helouin, que adora igualmente todas esas cosas, las que para mí no tienen mérito alguno.

--Pero en nombre del cielo, ¿qué es lo que ama usted entonces?

A esta interrogación, que le dirigí en el tono de una amable jovialidad, la señorita Margarita se volvió á mí bruscamente, me lanzó una mirada altiva, y respondió secamente:

--Amo á mi perro. ¡Aquí, Mervyn!

Y sumergió afectuosamente su mano en la espesa piel del Terranova, que parado sobre las patas de atrás, alargaba ya su formidable cabeza, entre mi plato y el de la señorita Margarita. No pude menos de observar

con nuevo interés la fisonomía de esta mujer, y buscar en ella los signos exteriores de la poca sensibilidad de alma de que al parecer hace profesión. La señorita Laroque, que me pareció muy alta, sólo debe esta apariencia al carácter amplio y perfectamente armonioso de su belleza. Es en realidad de una estatura ordinaria; su rostro, de un óvalo algo redondeado, y su cuello, de una postura delicada y arrogante, están cubiertos ligeramente por un tinte propio de las hijas de Bretaña. Su cabellera que señala sobre su frente un espeso relieve, arroja á cada movimiento de su cabeza reflejos ondulosos y azulados; su delicada nariz parece copiada sobre el divino modelo de una madona romana, y esculpida en nácar viviente. Debajo de sus ojos grandes, profundos y pensativos, el color algo tostado de sus mejillas, es matizado por una especie de aureola más bronceada, que parece una traza proyectada por la sombra de las pestañas y como quemada por el rayo ardiente de la mirada. Difícilmente podría retratar la dulzura soberana de la sonrisa, que viene por intervalos, á animar esta bella fisonomía y á atemperar por no sé qué contracción graciosa el brillo de sus grandes ojos. Ciertamente, la diosa misma de la poesía, del sueño y de los mundos encantados, podía presentarse atrevidamente á los homenajes de los mortales bajo la forma de esta niña que sólo ama á su perro. La naturaleza, en sus producciones más escogidas, nos presenta á menudo estas crueles

mistificaciones.

Por otra parte, esto me importa muy poco. Comprendo perfectamente que estoy destinado á jugar en la imaginación de la señorita Margarita el papel que podría representar en ella un negro, objeto, como se sabe, muy poco seductor para las criollas. Por mi parte me jacto de ser tan orgulloso como la señorita Margarita; el más imposible de los amores para mí, sería aquel que me expusiera á la sospecha de intriga é interés. No pienso tampoco tener que armarme de una gran fuerza moral contra un peligro que no me parece verosímil, pues la belleza de la señorita Laroque es de aquellas que despiertan más la contemplación del artista que un sentimiento de naturaleza más humano y más tierno.

Entretanto, sobre el nombre de Mervyn, que la señorita Margarita había dado á su guardia de Corps, mi vecina de la izquierda, la señorita Helouin, se lanzó á toda vela en el cielo de Arturo, y quiso enseñarme que Mervyn era el nombre auténtico del célebre encantador que el vulgo llama Merlín. Desde los caballeros de la mesa redonda se remontó hasta los tiempos de César y vi desfilar ante mí, en procesión prolija, toda la jerarquía de los druidas, de los bardos y de los vates; después de lo cual caímos fatalmente de _menhir_ en _dolmen_ y de _galgul_ en _cromlech_[1].

[Nota 1: _Menhir_ (de las palabras bretonas, _main_

, piedra, _hirr_,
larga), es un obelisco bruto, algunas veces redondo
, generalmente
cuadrado, colocado verticalmente sobre el suelo. No
se halla jamás en él
una escultura, por grosera que sea, á no ser en el
menhir de Plonarez
(Finisterre), colocada sobre el punto más elevado d
e los
Leones.--_Camile Duteil_.

Dolmen: mesa enorme de piedra, que como el menhir,
son moradas como
altares donde se consumaban sangrientos sacrificios
.--_Bouill_
(Diccionario de Historia).

Galgul, es una planta especial.

Cromlech, sitio accidentado.]

Mientras que me extraviaba en las selvas célticas,
siguiendo los pasos
de la señorita Helouin, á la que no falta sino un p
oco de gordura para
ser una druidesa muy pasable, la viuda del agente d
e cambio, colocada
cerca de nosotros, hacía resonar los ecos de una qu
eja continua y
monótona como la de un ciego; se habían olvidado de
ponerle su
calentador, se le servía un potaje frío, se le pres
entaban huesos
descarnados; ved ahí cómo se la trataba. Por lo dem
ás, ella estaba
habituada.

--Es triste ser pobre, muy triste. ¡Desearía más bi
en morir! Sí,
doctor--decía, dirigiéndose á su vecino, que parecí
a escuchar sus
quejas con una afectación de interés un tanto iróni

co;--sí, doctor, no
es broma: querría más bien haber muerto. Sería una
carga menos para
todos. Además, piense, doctor. ¡Cuando se ha estado
en mi posición,
cuando uno ha comido en vajilla de plata con sus ar
mas... verse reducida
á la caridad y á ser el juguete de los criados! No
se sabe todo lo que
yo sufro en esta casa ni se sabrá jamás. Cuando uno
tiene orgullo, sufre
sin quejarse; es por esto que me callo, aunque no d
eje de pensarlo.

--Eso es, mi querida señora--dijo el doctor, que se
llama, según creo,
Desmarets;--no hablemos más de eso; beba refrescos,
que la calmarán.

--¡Nada, nada me calmará, doctor, sino la muerte!

--¡Pues bien, señora, cuando guste!--replicó resuel
tamente el doctor.

En una región más central, la atención de los convi
dados estaba
monopolizada por el palabreo insubstancial, cáustic
o y fanfarrón de un
personaje, á quien oí llamar el señor de Bevallan,
que goza, al parecer,
de los derechos de una particular intimidad. Es un
hombre bastante alto,
de una juventud madura, y cuya cabeza recuerda bast
ante fielmente el
tipo del rey Francisco I. Se le escucha como á un o
ráculo, y aun la
señorita Laroque le concede todo el interés y admir
ación que parece
capaz de concebir aún por las cosas de este mundo.

En cuanto á mí, como la mayor parte de las agudezas
que oía aplaudir, se

referían á anécdotas locales y á chismografía de aldeas, no he podido apreciar hasta aquí sino incompletamente el mérito de este león armórico.

Tuve, sin embargo, que congratularme de su urbanidad: me ofreció un cigarro después de comer y me llevó al retrete de fumar. Al mismo tiempo hacía los honores á tres ó cuatro jóvenes apenas salidos de la adolescencia, que lo miraban evidentemente como un modelo de bellas maneras y de exquisita pillería.

--¡Y bien, Bevallan!--dijo uno de los jóvenes--¿no renuncia usted, pues, á la sacerdotisa del sol?

--¡Jamás!--respondió el señor de Bevallan.--Esperar é diez meses, diez años, si es preciso; ¡pero ó la poseeré yo ó nadie!

--Es usted afortunado, viejo bribón; la institutriz le ayudará á tener paciencia.

--Debo cortarle la lengua ó las orejas, Arturo--dijo á media voz el señor de Bevallan avanzando hacia su interlocutor, y haciéndole una rápida seña para que notara mi presencia.

Se pasó entonces en revista, en una encantadora mezclanza, todos los caballos, todos los perros y todas las damas de la comarca. Entre paréntesis, sería de desear que las mujeres pudiesen asistir secretamente una vez en su vida á una de esas conve

rsaciones que tienen
lugar entre hombres en la primera efusión que sigue
á una abundante
comida; allí hallarían la medida exacta de la delicadeza de nuestras
costumbres y de la confianza que ella debe inspirar las. Por lo demás, yo
no me jacto de gazmoñería; pero la conversación de que era testigo,
tenía, según mi opinión, la grave falta de ultrapas ar los límites de la
broma más libre; todo lo tocaba al pasar, lo ultrajaba todo alegremente,
y tomaba, en fin, un carácter muy gratuito de universal profanación.
Luego mi educación, muy incompleta sin duda, me ha dejado en el corazón
un fondo de respeto, que me parece debe ser reservado en medio de las
más vivas expansiones del buen humor. Entretanto, tenemos hoy en Francia
á nuestra joven América, que no está contenta sino blasfema un poco
después de haber bebido; tenemos amables pichones de bandido, esperanzas
del porvenir, que no han tenido padre ni madre, que no tienen patria,
que tampoco tienen Dios, pero que parecen el producto bruto de alguna
máquina sin entrañas y sin alma, que los ha depositado fortuitamente
sobre este globo, para que le sirvan de mediocre ornamento.

En resumen, el señor de Bevallan, que no teme instituirse profesor
cínico de estos calaveras sin barba, no me ha gustado, ni pienso haberle
agradado tampoco. Protesté un poco de fatiga y me retiré.

A mi llamamiento, el viejo Alain tomó una linterna

y me guió á través
del parque hacia la habitación que me estaba destin
ada. Después de
algunos minutos de marcha, atravesamos un puente de
madera echado sobre
un río y nos hallamos delante de una puerta maciza
y ogival abierta en
una especie de torre y flanqueada por dos torrecill
as. Era esta la
entrada del antiguo castillo. Robles y abetos secul
ares forman,
alrededor de estos despojos feudales, un cerco mist
erioso que les da un
aire de profundo retiro. En estas ruinas es donde d
ebo habitar. Mi
departamento compuesto de tres piezas, elegantement
e tapizadas de azul,
se prolonga encima de la puerta de una torrecilla á
la otra. Esta
melancólica morada no deja de agradarme; ella convi
ene con mi fortuna.
Apenas me vi libre del viejo Alain, que es de genio
un poco noticiero,
me puse á escribir el relato de este importante día
, interrumpiéndome
por intervalos para escuchar el murmullo bastante d
ulce del pequeño río
que corre bajo mis ventanas, y el grito del tradici
onal mochuelo, que
celebra en sus vecinos bosques sus tristes amores.

1.º de julio.

Ya es tiempo de que trate de desenredar el hilo de
mi existencia
personal é íntima, perdido desde hace dos meses, en
medio de las activas
obligaciones de mi cargo.

Al día siguiente de mi llegada, después de haber estudiado en mi retiro, durante algunas horas, los papeles y registros del padre Hivart, como se llama aquí á mi predecesor, fuí á almorzar al castillo, donde no hallé más que una pequeña parte de los huéspedes de la víspera. La señora de Laroque, que ha vivido en París antes que la salud de su suegro la hubiese condenado á un eterno veraneo, conserva fielmente en su retiro el gusto por los intereses elevados, elegantes ó frívolos, de que el arroyo de la calle de Bac era el espejo, en tiempos del turbante de la señora Stäel. Parece, además, haber visitado la mayor parte de las grandes ciudades de Europa, y adquirido conocimientos literarios que pasan la medida común de la erudición parisiense.

Recibe muchos diarios y revistas, y se aplica á seguir, tanto como le es posible á la distancia en que se encuentra, el movimiento de esa civilización refinada, de que los teatros, los museos y los libros recién publicados son las flores y los frutos más ó menos efímeros. Durante el almuerzo se habló de una ópera nueva, y la señora de Laroque dirigió sobre este asunto, al señor de Bevallan, una pregunta á que no supo responder, aun cuando siempre tenga, si ha de creérsele, un pie y un ojo en el Bulevar de los Italianos. La señora de Laroque se dirigió entonces hacia mí, manifestando en su aire de distracción la poca esperanza que tenía de hallar á su encargado de neg

ocios muy al corriente de estas cosas; pero precisa y desgraciadamente, son las únicas que conozco. Había oído en Italia la ópera que acababa de darse en Francia por la primera vez. La reserva misma de mis respuestas, despertó la curiosidad de la señora de Laroque, que me oprimía á preguntas, y que se dignó muy luego comunicarme ella misma, sus impresiones, sus recuerdos y sus entusiasmos de viaje. No tardamos en recorrer como camaradas, los teatros y las galerías más célebres del continente, y nuestra conversación, cuando dejamos la mesa, era tan animada, que mi interlocutora para no romper su curso, tomó mi brazo, sin pensarlo. Fuimos á continuar en el salón nuestras simpáticas efusiones, olvidando la señora de Laroque, cada vez más, el tono de benévola protección, que hasta entonces me había acompañado en su conversación particular conmigo.

Me confesó, que el demonio del teatro la atormentaba en alto grado, y que meditaba hacer representar comedias en el castillo. Me pidió consejos sobre la organización de esta diversión. Y o le hablé entonces, con detalles, de las comedias caseras, que había tenido ocasión de ver en París y en San Petersburgo; luego no queriendo abusar de mi favor, me levanté bruscamente, declarando que pretendía inaugurar sin demora mis funciones, por la exploración de un gran cortijo situado á dos leguas escasas del castillo. A esta declaración, la señora

de Laroque pareció súbitamente consternada; me miró, se agitó entre sus almohadillas, aproximó sus manos al brasero, y me dijo á media voz:

--¡Ah! ¿qué importa eso? vaya, déjelo usted.

Y como yo insistiese:

--¡Pero, Dios mío!--agregó, con un gracioso ademán, --¡mire usted que los caminos están espantosos!... Espere al menos la buena estación.

--No, señora--le dije riendo,--no esperaré ni un minuto; ó soy intendente ó no lo soy.

--Señora--dijo el viejo Alain, que se hallaba allí, --se podría enganchar para el señor Odiot el carricoche del padre Hivart; no tiene elásticos, pero por lo mismo es más sólido.

La señora de Laroque confundió con una mirada fulminante al desgraciado Alain, que osaba proponer á un intendente de mi especie, que había asistido á un espectáculo en casa de la gran duquesa Elena, el carricoche del padre Hivart.

--¿La americana no pasaría por el camino?--preguntó .

--¿La americana, señora? No, á fe mía. No hay riesgo de que pase--dijo Alain,--y si pasa no será entera... y aun así, creo que no pasará.

Protesté que iría perfectamente á pie.

--No, no, es imposible, yo no lo quiero. Veamos...
tenemos una media
docena de caballos de silla que no hacen nada... pe
ro probablemente no
montará usted á caballo.

--Le pido perdón, señora; pero es verdaderamente in
útil, voy...

--Alain, haga ensillar un caballo para el señor...
Dí tú cuál,
Margarita.

--Dele á Proserpina--murmuró el señor de Bevallan,
riendo en mis barbas.

--¡No, á Proserpina no!--exclamó vivamente la señor
ita Margarita.

--¿Por qué no Proserpina, señorita?--le dije yo ent
onces.

--Porque lo arrojaría á tierra--me respondió rotund
amente la joven.

--¡Oh! ¿cómo es eso? Perdóneme; ¿quiere usted permi
tirme que le
pregunte, señorita, si monta usted ese animal?

--Sí, señor, pero con dificultad.

--¡Pues bien! puede ser que ella sea menor cuando l
o haya yo montado una
ó dos veces. Esto me decide. Haga usted ensillar á
Proserpina, Alain.

La señorita Margarita frunció sus negras cejas y se
sentó haciendo un
signo con la mano, como para rechazar toda responsa
bilidad, en la
catástrofe inminente que preveía.

--Si necesita usted espuelas, tengo un par á su servicio--agregó entonces el señor de Bevallan que decididamente pretendía que yo no volviese.

Sin notar, al parecer, la mirada de reproche que la señorita Margarita dirigió al obsequioso gentil hombre, acepté sus espuelas. Cinco minutos después, un ruido de pisadas desordenadas anunciaba la aproximación de Proserpina que traían trabajosamente al pie de la escalera del jardín reservado, y que era, entre paréntesis, una yegua muy bella mestiza, negra como el azabache. Bajé al punto la escalera. Algunos jóvenes, encabezados por Bevallan salieron al terrado, por humanidad según creo, y se abrieron al mismo tiempo las tres ventanas del salón para las mujeres y los ancianos. Habríame pasado de buena gana sin todo este aparato, pero en fin, me resigné, y por otra parte no tenía mucha inquietud sobre las consecuencias de la aventura, pues si bien soy un novel intendente, soy un antiguo jinete. Apenas caminaba, cuando mi padre me había ya plantado sobre un caballo, con gran desesperación de mi madre, y después, no desdeñó ningún cuidado, para hacerme su igual en este arte en que él sobresalía. Había llevado mi educación en este punto hasta el refinamiento, haciéndome vestir muchas veces viejas y pesadas armaduras de familia para que realizara con más facilidad los ejercicios de equitación que me enseñaba. Entretanto, Proserpi

na me dejó desenredar
las riendas y aun tocar su pescuezo sin dar la menor señal de
irritación, pero no bien sintió mi pie sobre el estribo, se tendió á un
lado bruscamente, tirando tres ó cuatro soberbias coces por encima de
las macetas de mármol que adornan la escalera, se paró en dos patas
haciéndose la graciosa y batiendo el aire con sus manos; luego reposó
estremeciéndose.

--Difícil para montar--me dijo un criado de caballeriza, guiñando el
ojo.

--Lo veo, muchacho, pero voy á sorprenderla, mira.-
-En el mismo instante
me senté en la silla sin tocar el estribo, y en tanto que Proserpina
reflexionaba en lo que sucedía, me afirmé sólidamente. Un instante
después desaparecíamos á galope corto por la avenida de los castaños,
seguidos por el ruido de algunos aplausos, que el señor de Bevallan tuvo
la buena inspiración de comenzar.

Este incidente, por insignificante que fuese, no dejó, como pude notar
esa misma noche, de realzar mi crédito en la opinión. Algunos otros
talentos del mismo valor, de que mi educación me ha provisto, han
acabado de asegurarme aquí toda la importancia que deseaba, y que debe
garantizar mi dignidad personal. Por lo demás, se ve muy bien que no
pretendo de ningún modo abusar de los agasajos y atenciones de que puedo
ser objeto para usurpar en el castillo un papel poco

o conforme á las modestas funciones que desempeño. Enciérrome en mi torre tan á menudo como puedo, sin faltar formalmente á las conveniencias: en una palabra, me mantengo estrictamente en mi lugar, á fin de que nadie tenga que volverme á él.

Algunos días después de mi llegada, asistí á una de esas comidas de ceremonia, que en esta estación son aquí casi cotidianas; oí que mi nombre fué pronunciado en tono interrogativo por el gordo subprefecto de la pequeña ciudad vecina, que estaba sentado á la derecha de la dama castellana. La señora de Laroque que padece de frecuentes distracciones, olvidó que yo no estaba lejos de ella, y de buena ó de mala gana, no perdí una sola palabra de su respuesta.

--¡Dios mío! no me hable usted de ello; hay en eso un misterio inconcebible... Nosotros pensamos que es algún príncipe disfrazado... Hay tantos que corren el mundo por humorada... Este posee todos los talentos imaginables: monta á caballo, toca el piano y dibuja, todo de una manera admirable... Entre nosotros, mi querido subprefecto, creo que es un pésimo intendente, pero indudablemente, es un hombre muy agradable.

El subprefecto que es también hombre agradable, ó que, al menos cree serlo, lo que viene á ser lo mismo para su satisfacción personal, dijo entonces graciosamente, acariciando con una mano go

rdinflona sus
espléndidas patillas, que había en el castillo much
os ojos bastante
bellos para explicar tantos misterios; que sospecha
ba mucho que el
intendente fuese un pretendiente, y que además el a
mor era padre
legítimo de la locura é intendente natural de las d
esgracias...
Cambiando de tono repentinamente:

--Sobre todo, señora--agregó,--si usted tiene la me
nor inquietud con
respecto á ese individuo, le haré interrogar mañana
mismo, por el cabo
de la gendarmería.

La señora de Laroque clamó contra este exceso de ce
lo galante, y la
conversación, en lo que á mí concernía, no fué más
lejos, pero me dejó
muy picado, no contra el subprefecto, que por el co
ntrario me gustaba
muchísimo, sino contra la señora de Laroque, que ha
ciendo á mis
cualidades privadas una excesiva justicia, no me ha
bía parecido
suficientemente penetrada de mi mérito oficial.

La casualidad quiso que tuviese al día siguiente qu
e renovar la
escritura de un arriendo considerable. Esta operaci
ón se negociaba con
un paisano viejo y muy astuto, á quien, sin embargo
, conseguí ofuscar
con algunos términos de jurisprudencia, diestrament
e combinados con las
reservas de una prudente diplomacia. Arregladas nue
stras convenciones,
el buen hombre colocó tranquilamente sobre mi escri
torio, tres paquetes
de piezas de oro. Si bien la significación de esta

entrega, que no se me debía, me era del todo incomprensible, me guardé de mostrar una sorpresa inconsiderada; pero desenvolviendo los paquetes, me aseguré por medio de algunas preguntas indirectas, que esta suma constituía las arras del arrendamiento, ó en otros términos la gabela que tienen por costumbre los arrendatarios ceder al propietario en cada renovación de contrato. Yo no había pensado en reclamar tal cosa, no habiendo hallado mención alguna de ella en los contratos anteriores, redactados por mi hábil predecesor, y que me servían de modelo. No saqué por el momento ninguna conclusión de esta circunstancia, pero cuando fui á entregar á la señora de Laroque este don de fausto advenimiento, su sorpresa me asombró.

--¿Qué significa esto?--me dijo.

Le expliqué la naturaleza de esta gratificación. Me la hizo repetir.

--¿Y es esta la costumbre?--agregó.

--Sí, señora, toda vez que se consiente en un nuevo contrato.

--Pero ha habido en treinta años, según creo, más de diez contratos renovados... ¿Cómo es que no hemos oído hablar jamás de semejante cosa?

--No sabré decírselo, señora.

La señora de Laroque cayó en un abismo de reflexiones, en cuyo fondo, es probable hallara la sombra venerable del padre Hiva

rt; después alzando
ligeramente los hombros, fijó su mirada en mí, luego sobre las piezas
de oro, una vez más sobre mí, y apareció perpleja.
En fin,
arrellanándose en su butaca y suspirando profundamente, me dijo con una
simplicidad de que le estoy agradecido:

--Está bien, señor: le doy mil gracias.

Este rasgo de grosera probidad, por el cual la señora de Laroque tuvo el
buen gusto de no complimentarme, no dejó por eso de
hacerle concebir una
gran idea de la capacidad y de las virtudes de su intendente. Pude
juzgarlo algunos días después. Su hija le leía la relación de un viaje
al polo en que se hablaba de un pájaro extraordinario, _quí ne vole
pas_.

--Mira--dijo--es como mi intendente.

Espero firmemente haberme adquirido, desde entonces
, por el cuidado
severo con que me ocupo de la tarea que he aceptado
, títulos á una
consideración de género menos negativo. El señor Labepin, cuando fuí
recientemente á París, para abrazar á mi hermana, me agradeció con una
viva sensibilidad el honor que hacía á los compromisos que por mí había
contraído.

--Valor, Máximo--me dijo--dotaremos á Elena. La pobre niña no carecerá
de nada, por decirlo así. Y en cuanto á usted, querido amigo, no tenga
pesares, créame: posee usted en sí mismo lo que más

se parece á la
felicidad en este mundo, y gracias al Cielo, creo q
ue siempre lo
poseerá: la paz de la conciencia y la varonil seren
idad de una alma
consagrada al deber.

Este anciano tiene razón, sin duda alguna. Estoy tr
anquilo y sin
embargo, no me siento dichoso. Hay en mi alma, que
no está aún sazónada
para los austeros goces del sacrificio, arranques i
mpetuosos de juventud
y desesperación. Mi vida consagrada y sacrificada s
in reserva á otra
vida más débil y querida, no me pertenece: no tiene
porvenir, está en un
claustro, encerrada para siempre. Mi corazón no deb
e latir, mi cabeza no
debe pensar sino por cuenta ajena. En fin, que Elen
a sea dichosa. La
vejez se aproxima: ¡que venga pronto! Yo la imploro
: su hielo ayudará mi
valor.

No podría quejarme, además, de una situación que en
suma ha engañado mis
más penosas aprensiones, y que aun ha ultrapasado m
is mejores
esperanzas. Mi trabajo, mis viajes frecuentes á los
vecinos
departamentos, mi afición á la soledad, me tienen á
menudo alejado del
castillo, cuyas reuniones bulliciosas huyo sobre to
do. Puede muy bien
que la amistosa acogida que hallo en él, sea debida
en gran parte á lo
poco que me prodigo. La señora de Laroque, sobre to
do, me profesa una
verdadera afección; me toma por confidente de sus e
xtravagantes y muy
sinceras manías de pobreza, de sacrificio y abnegac

ión poética que
forman, con sus multiplicadas precauciones de criol
la frívola, un
singular contraste. Tan pronto envidia á las bohemi
as cargadas de hijos,
que arrastran por las calles una miserable carreta,
y cuecen su comida
al abrigo de los cercados, como á las hermanas de l
a caridad, como á las
cantineras, cuyas heroicidades ambiciona.

En fin, no cesa de reprochar al finado señor Laroqu
e, hijo, su admirable
salud que jamás permitió á su mujer desplegar las c
ualidades de
enfermera, de que rebosa su corazón. Entretanto, ha
tenido, en estos
últimos días, la idea de agregar á su sillón una es
pecie de nicho en
forma de garita, para resguardarse de los vientos c
olados. La hallé,
mañanas pasadas, instalada triunfalmente en esta es
pecie de kiosco en el
que espera dulcemente el martirio.

Casi otro tanto puedo decir de los demás habitantes
del castillo. La
señorita Margarita, siempre sumergida como una esfi
nge nubia en algún
sueño desconocido, condesciende sin embargo, en rep
etir bondadosamente
las piezas de mi predilección. Tiene una voz de con
tralto admirable, de
la que se sirve con arte consumado; pero al mismo t
iempo con una dejadez
y una frialdad que podrían creerse calculadas. En e
fecto, suele suceder
que, por distracción, deja escapar de sus labios ac
entos apasionados;
pero al punto parece humillada, y como avergonzada
de este olvido de su
carácter ó de su papel, y se apresura á entrar de n

uevo en los límites
de una helada corrección.

Algunas partidas de _cientos_ que he tenido la fácil galantería de perder con el señor Laroque, me han conciliado los favores del pobre anciano, cuyas débiles miradas se clavan algunas veces sobre mí, con una atención verdaderamente singular. Podría decirse que algún sueño del pasado, alguna semejanza imaginaria, se despierta á medias en las nubes de aquella memoria fatigada, en cuyo seno flotan las imágenes confusas de todo un siglo. ¡Quería devolverme el dinero que me había ganado! Parece que la señora de Aubry, tertuliana habitual del viejo capitán, no tiene escrúpulo en aceptar regularmente estas restituciones, lo que no le impide ganar frecuentemente al antiguo corsario, con quien tiene en esas circunstancias abordajes tumultuosos.

Esta señora, tratada con mucho favor por el señor Laubepin, cuando la calificaba simplemente de espíritu agrio, no me inspira ninguna simpatía. Sin embargo, por respeto á la casa, me he obligado á ganar su afecto, y he llegado á conseguirlo prestando oído complaciente, unas veces á sus miserables lamentaciones sobre su condición presente, otras á las descripciones enfáticas de su fortuna pasada, de su plata labrada, de sus muebles, de sus encajes y de sus guantes.

Es preciso confesar que me hallo en muy buena escuela para aprender á desdeñar los bienes que he perdido. En efecto, todo

s aquí, por su
actitud y su lenguaje me predicán elocuentemente el
desprecio de las
riquezas; desde luego, la señora Aubry, que se pued
e comparar á esos
glotones sin vergüenza cuya irritante gula os quita
el apetito, y que os
hacen repugnantes los manjares que alaban; este anc
iano que _se_
extingue sobre sus millones tan tristemente como Jo
b sobre el estiércol;
esa mujer excelente, pero novelesca y estragada, qu
e sueña en medio de
su importuna prosperidad con el fruto prohibido de
la miseria, y en fin,
la orgullosa Margarita, que lleva como una corona d
e espinas la diadema
de belleza y de opulencia con que el Cielo ha oprim
ido su frente.

¡Extraña niña! Casi todas las mañanas, cuando el ti
empo está bueno, la
veo pasar por debajo de las ventanas de mi torre; m
e saluda con un grave
movimiento de cabeza, que hace ondular la pluma neg
ra de su fieltro y
luego se aleja lentamente por el sombrío sendero qu
e atraviesa las
ruinas del antiguo castillo. Ordinariamente, el vie
jo Alain la sigue á
alguna distancia; otras veces no lleva más compañer
o que el enorme y
fiel Mervyn, que alarga el paso al lado de su bella
ama, como un oso
pensativo. Con este tren se va á correr por todo el
país vecino
aventuras de caridad. Podría considerarse su protec
tora; no hay cabaña
alguna en seis leguas á la redonda, que no la conoz
ca y la venere como
la hada de la beneficencia. Los paisanos dicen simp
lemente, al hablar de

ella: ¡La señorita! como si hablaran de una de esas hijas de rey, que encantan sus leyendas, cuya belleza, poder y misterio les parece ver en ella.

Busco entretanto cómo explicarme la nube de sombría preocupación que cubre su frente sin cesar, la severidad altiva y desconfiada de su mirada, y la amarga sequedad de su lenguaje. Me pregunto, si son estos los rasgos naturales de un carácter extravagante y variable; ó los síntomas que algún secreto tormento, de remordimientos, de temor ó de amor, lo que roe su noble corazón. Por desinteresado o que uno sea en la cuestión, es imposible no sentir cierta curiosidad ante una persona tan extraordinaria. Ayer en la noche, mientras que el viejo Alain, de quien soy favorito, me servía mi solitaria comida, le dije:

--¡Qué lindo día ha hecho hoy, Alain! ¿Ha paseado usted?

--Sí, señor: esta mañana salí con la señorita.

--¡Ah!

--¿Pero el señor no nos ha visto pasar?

--Es probable. Los veo pasar muchas veces... Tiene usted una buena figura á caballo, Alain.

--El señor es demasiado galante. La señorita tiene mejor figura que yo.

--Efectivamente, es una joven muy bella.

--¡Oh! perfecta, señor, y lo mismo por fuera que por dentro, como la señora de Laroque su madre. Diré al señor una cosa.

El señor sabe que esta propiedad perteneció en otro tiempo al último Conde de Castennec, á quien tenía el honor de servir. Cuando la familia Laroque compró el castillo, confesaré que me apesadumbré y vacilé mucho para quedarme en la casa. Me había criado en el respeto á la nobleza, y me costaba mucho servir á gentes sin nacimiento. El señor habrá podido observar que siento un particular placer en prestarle mis servicios, y es que le hallo un aire muy marcado de nobleza. ¿Está usted seguro, señor, de no ser noble?

--Lo temo, mi pobre Alain.

--Por lo demás, esto es lo que quería decir al señor--respondió Alain inclinándose con gracia;--he aprendido al servicio de estas señoras, que la nobleza de los sentimientos vale tanto como la otra, y en particular la del señor Conde Castennec, que tenía la debilidad de pegar á sus criados. Es lástima que la señorita no pueda casarse con un noble de buen nombre. Entonces nada faltaría á sus perfecciones.

--Pero me parece, Alain, que eso sólo depende de su voluntad.

--Si el señor se refiere al señor de Bevallan, en efecto, sólo depende de su voluntad, pues que la ha pedido hace más de s

eis meses. La señora de Laroque no parecía muy opuesta al matrimonio, y en cuanto al señor de Bevallan después de los Laroque, es el más rico del país; pero la señorita, sin pronunciarse positivamente, ha querido tomar tiempo para reflexionar.

--Pero si ama al señor de Bevallan y si puede casarse cuando quiera, ¿por qué se la ve siempre triste y distraída?

--Es una verdad, señor, que de dos ó tres años á esta parte, la señorita ha cambiado completamente. En otro tiempo era alegre como un pájaro y ahora, podría decirse, que hay algo que la apesadumbra; pero no creo, salvo mis respetos, que sea su amor por ese señor lo que la abate.

--Usted tampoco parece muy tierno por el señor de Bevallan, mi buen Alain. Es de una excelente nobleza, sin embargo...

--Lo que no le impide ser un mal individuo, que pasa su tiempo en corromper á las jóvenes de la comarca. Y si el señor tiene ojos, puede ver que no tendría empacho en hacer de sultán en el castillo, mientras consigue algo mejor.

Hubo una pausa silenciosa, después de la cual Alain dijo:

--Qué desgracia es que el señor no tenga de renta siquiera un centenar de miles de francos.

--¿Y por qué, Alain?

--¿Por qué?...--dijo Alain moviendo la cabeza con aire pensativo.

25 de julio.

En el mes que acaba de pasar, he ganado una amiga y me he hecho, según creo, dos enemigas. Las enemigas son la señorita Margarita y la señorita Helouin. La amiga, es una señorita de ochenta y ocho años. Temo que no haya compensación en el cambio.

La señorita Helouin, con la que quiero arreglar mis cuentas desde luego, es una ingrata. Mis pretendidos agravios hacia ella, deberían más bien recomendarme á su estimación; pero parece ser una de esas mujeres, bastante generales en el mundo, que no cuentan la estimación en el número de los sentimientos, que gustan suspirar, ó que se les suspire. Desde los primeros tiempos de mi morada en el castillo, una especie de conformidad entre la situación de la maestra y la del intendente, la modestia común de nuestro estado en la casa, me indujeron á entablar con la señorita Helouin las relaciones de una benevolencia afectuosa. Siempre me he afanado en manifestar á estas pobres muchachas el interés á que su ingrata tarea, su situación precaria, humillante y sin porvenir, me parecían hacerlas acreedoras. La señorita Helouin es

además bonita, inteligente y llena de talento, y aunque prodigue un poco todo esto, por la vivacidad de sus salidas, su febril coquetería, y esa ligera pedantería que son las propensiones habituales del empleo, convengo en que había muy poco mérito en sostener el papel caballeresco que me había propuesto. Este papel tomó á mis ojos el carácter de una especie de deber, cuando reconocí, como muchas advertencias me lo habían hecho presentir, que un león devorador, bajo las facciones del Rey Francisco I, rondaba furtivamente á mi joven protegida. Esta duplicidad que hace honor á la audacia del señor de Bevallan, pasa, so color de amable familiaridad, con una política y un aplomo, que engañan fácilmente las miradas poco atentas ó demasiado candidas. La señora de Laroque, y en particular su hija, son completamente ajenas á las perversidades de este mundo, y viven demasiado apartadas de toda realidad para sentir la sombra de una suposición. En cuanto á mí, sumamente irritado contra este insaciable _tragador de corazones_, me hice un placer en contrariar sus proyectos: más de una vez distraje la atención, que trataba de monopolizar, y me esforcé, sobre todo en aminorar en el corazón de la señorita Helouin aquel amargo sentimiento de abandono y aislamiento, que da en general tanto precio á los consuelos que le son ofrecidos. ¿He ultrapasado alguna vez, en el curso de esta lucha indiscreta, la medida delicada de una protección

fraternal? No lo creo, y los términos mismos del corto diálogo, que ha modificado súbitamente la naturaleza de nuestras relaciones, parece hablaran en favor de mi reserva. Una noche de la última semana, tomábamos el fresco en la azotea; la señorita Helouin á quien en aquel día había precisamente tenido ocasión de prestar algunas atenciones particulares, tomó ligeramente mi brazo y al mismo tiempo que mordía con sus pequeños y blancos dientes un ramito de azahars:

--Es usted muy bueno, señor Máximo--me dijo con voz un poco conmovida...

--Trato de serlo al menos.

--Es usted un verdadero amigo.

--Sí.

--¿Pero un amigo cómo?

--Verdadero, como usted lo ha dicho.

--Un amigo... que me ama...

--Sin duda.

--¿Mucho?

--Seguramente.

--¿Apasionadamente?

--No.

A este monosílabo que articulé muy secamente y apoyé con una firme

mirada, la señorita Helouin arrojó vivamente su ramito de azahares y abandonó mi brazo. Desde esa hora nefasta me trata con un desdén que no he merecido, y creería decididamente, que la amistad de un sexo por el otro es un sentimiento ilusorio, si mi desgracia no hubiera tenido al otro día una especie de indemnización.

Había ido á pasar algunas horas de la noche en el castillo; dos ó tres familias que acababan de pasar allí una quincena, se habían marchado aquella mañana. No estaban en él sino los parroquianos habituales, el cura, el preceptor, el doctor Desmarest, y en fin el general de Saint-Cast y su mujer, que habitan, como el doctor, en la pequeña ciudad vecina. La señora de Saint-Cast, que parece haber llevado á su marido una bella fortuna, estaba entretenida, cuando entré, en una animada conversación con la señora de Aubry. Estas dos señoras, siguiendo su costumbre, se entendían perfectamente, celebrando cada una á su turno, como dos pastores de una égloga, los incomparables encantos de la riqueza, en un lenguaje en que la distinción de la forma disputaba á la elevación del pensamiento.

--Tiene usted mucha razón, señora--decía la señora de Aubry--no hay sino una cosa en el mundo, y esa es ser rica; cuando yo lo era, despreciaba de todo corazón á los pobres, así hallo ahora muy natural que se me desprecie, y no me quejo de ello.

--Nadie la desprecia por eso, señora--respondía la señora de Saint-Cast--seguramente que no, pero es muy cierto, que entre ser rico ó pobre hay una terrible diferencia. Vea ahí al general, que puede decirle algo de eso; él no tenía absolutamente otra cosa que su espada cuando se casó conmigo, y no es con una espada con lo que se pone manteca en la sopa, ¿no es verdad, señora?

--¡Oh! no, no, señora--exclamó la señora de Aubry a plaudiendo esta atrevida metáfora. El honor y la gloria son muy bellos en las novelas; pero yo prefiero con mucho un buen carruaje.

--Sí, ciertamente, y es lo que decía esta mañana al general, al venir hasta aquí: ¿es verdad, general?

--Hum--refunfuñó el general, que jugaba tristemente en un rincón, con el antiguo corsario.

--No tenía usted nada cuando nos casamos, general--continuó la señora de Saint-Cast--¿espero que no tratará de negarlo?

--Usted lo ha dicho ya--murmuró el general.

--Lo que no impide que sin mí, marcharía usted á pie, mi general, lo que no le sería muy agradable con sus heridas... porque con seis ó siete mil francos de retiro que tiene usted, no podría arrastrar carroza, amigo mío... Esta mañana le decía esto, señora, á propósito de nuestro nuevo carruaje que es lo más cómodo que puede imaginarse. Es lo cierto que lo

he pagado muy bien: me cuesta cuatro mil buenos francos de menos en mi bolsa.

--¡Ya lo creo, señora! Mi carruaje de gala no me costó menos de cinco mil francos, contando el cuero de tigre para los pies, que él solo me costó quinientos.

--Yo me he visto obligada á contenerme un poco, pues acabo de renovar mi mueblaje del salón; en alfombras y tapices he gastado como quince mil francos. Es demasiado lujo para un pobre rincón de provincia, me dirá usted, y es muy cierto... Pero toda la ciudad está muy humilde con nosotros, y á todos nos gusta ser respetados, ¿no es así, señora?

--Sin duda--replicó la señora de Aubry--á todos nos gusta ser respetados, y uno sólo es respetado en proporción del dinero que tiene. Por mi parte, me consuelo de que hoy no se me respeta, pensando que si fuera aún lo que he sido, vería á mis pies á todos los que me desprecian.

--¡Excepto á mí, voto á sanes!--exclamó el doctor Desmarest levantándose de pronto.--Aun cuando tuviera usted cien millones de renta, no me vería á sus pies; se lo aseguro bajo mi palabra de honor. Y me marchó á tomar el aire, pues el diablo me lleve, si puedo sufrir más.--Al mismo tiempo el bravo doctor salió del salón, llevando toda mi gratitud, pues me había hecho un verdadero servicio consolando mi cor

azón oprimido de
indignación y disgusto.

Aun cuando el señor Desmarest se halla establecido en la casa sobre el pie de un San Juan Boca-de-oro, á quien se sufre la mayor independencia en el lenguaje, el apóstrofe había sido demasiado vivo para no causar entre los asistentes un sentimiento de malestar que se traducía por un silencio embarazoso. La señora de Laroque lo rompió diestramente, preguntando á su hija si habían dado las ocho.

--No, madre--respondió Margarita,--pues la señorita de Porhoet no ha llegado aún.

Un minuto después, el timbre del péndulo se ponía en movimiento; la puerta se abrió, y la señorita Jocelynde de Porhoet-Gaél, llevada del brazo por el doctor Desmarest, entró en el salón con una precisión astronómica.

La señorita de Porhoet-Gaél, que ha visto pasar este año la octogésima octava primavera de su existencia y que tiene la apariencia de una caña conservada en seda, es el último vástago de una muy noble raza, cuyos abuelos se creen hallar entre los reyes fabulosos de la vieja Armórica. Sin embargo, esta casa no toma seriamente pie en la historia, hasta el siglo XII en la persona de Juthaal, hijo de Conan _le Tort_, descendiente de la rama segunda de Bretaña. Algunas gotas de sangre de los Porhoet, han corrido por las venas más ilustres

de Francia: en las
de los Rohan, de los Lusignan, de los Penthièvre, y
estos grandes
señores convenían en que no era la menos pura.

Me acuerdo que estudiando un día, en un acceso de vanidad juvenil, la historia de las alianzas de mi familia, me llamó la atención el singular nombre de Porhoet y que mi padre, muy erudito en estas materias, me lo alabó muchísimo. La señorita Porhoet, que es la única que queda hoy de su nombre, no ha querido casarse jamás á fin de conservar el mayor tiempo posible en el firmamento de la nobleza francesa, la constelación de estas mágicas sílabas: Porhoet-Gaél. La casualidad quiso que un día se hablase delante de ella, de los orígenes de la casa de Borbón.--Los Borbones--dijo la señorita de Porhoet, metiendo repetidas veces su aguja de tejer en su rubia peluca--los Borbones son de buena nobleza, pero--tomando repentinamente un aire modesto--hay mejores--añadió.

Por lo demás, es imposible no inclinarse ante esta vieja niña, tan augusta, que lleva con una dignidad sin igual la triple y pesada majestad del nacimiento, de la edad y de la desgracia. Un proceso deplorable, que se obstina en sostener fuera de Francia hace más de quince años, ha reducido progresivamente su fortuna, ya muy pequeña, y apenas le quedarán hoy un millar de francos de renta. Esta situación, desgraciada, no ha quitado nada á su orgullo, ni aumentado nada á su

carácter: es alegre, igual, cortés; vive, no se sabe cómo, en su casita con una sirvienta, y halla aún medios para hacer muchas limosnas. La señora de Laroque y su hija profesan á su noble y pobre vecina, una pasión que las honra: en su casa es objeto de un respeto atento que confunde á la señora de Aubry. He visto á menudo á la señorita Margarita abandonar el baile más animado, para ir á asistir al whist de la señorita de Porhoet; si el whist de la señorita de Porhoet (á cinco céntimos la ficha) llegara á faltar un solo día, el mundo se acabaría. Yo también soy uno de los jugadores preferidos de la vieja señorita, y la noche de que hablo, no tardamos, el cura, el doctor y yo, en instalarnos alrededor de la mesa del whist, en frente y á los lados de la descendiente de Conan le Tort.

Es menester saber, que á principios del último siglo, un tío abuelo de la señorita de Porhoet, que estaba agregado á la casa del duque de Anjou, pasó los Pirineos siguiendo al joven príncipe, que fué después Felipe V, y fundó en España una casa que aun reina hoy. Su descendencia directa parece haberse extinguido hace una quincena de años, y la señorita de Porhoet, que jamás había perdido de vista á sus parientes de allende los montes, se creyó al momento heredera de una fortuna que se dice ser considerable: sus derechos le fueron disputados muy justamente por una de las más antiguas casas de Castilla, aliada á la rama española

de los Porhoet. De aquí proviene ese proceso que la desgraciada octogenaria prosigue con grandes gastos, de jurisdicción en jurisdicción, con una persistencia que toca en manía, y aflige á sus amigos y divierte á los indiferentes. El doctor Desmarest, á pesar del respeto que profesa á la señorita de Porhoet, no deja de tomar partido en el número de los burlones; tanto más, cuanto que desaprueba formalmente el uso á que la pobre mujer consagra imaginariamente su quimérica herencia, á saber: la erección en la ciudad vecina, de una catedral del más bello y lujoso estilo, que transmitirá hasta el fin de los siglos futuros el nombre de la fundadora con el de una gran raza extinguida. Esta catedral, sueño creado sobre un sueño, es el juego inocente de esta vieja niña. Ha hecho ejecutar los planos de ella; pasa sus días, y algunas veces sus noches, meditando los esplendores, cambiándole las disposiciones anteriores y agregándole algunos ornamentos: habla de ella como de un monumento edificado y practicable.--Estaba en la nave de mi catedral: he notado anoche en el ala del Norte de mi catedral una cosa muy chocante; he modificado la librea del suizo, etc.

--Y bien, señorita--dijo el doctor, en tanto que barajaba las cartas,--¿ha trabajado usted en su catedral desde ayer?

--¡Cómo no, doctor! Y he tenido una idea muy feliz.

He reemplazado el muro macizo que separaba el coro de la sacristía, por un follaje de piedra de mucho trabajo, imitando el de la capilla de Clisson en la iglesia de Josselin. Es mucho más ligero.

--Sí, ciertamente; pero entretanto ¿qué noticias tiene usted de España?
¡Ah, diablo! ¿será verdad como creo haber leído esta mañana en la _Revista de Ambos Mundos_, que el joven duque de Villa Hermosa le propone á usted la terminación amistosa del pleito por medio de un casamiento?

La señorita de Porhoet sacudió con un gesto desdénso el penacho de cintas ajadas que flotaba sobre su cofia.

--Me negaré redondamente--dijo.

--Sí, sí, usted dice eso, señorita; pero ¿qué significa esa guitarra, que se oye hace ya varias noches bajo sus ventanas?

--¡Vaya!

--¿Vaya? ¿Y ese español de capa y botas amarillas, que se ve rondar por los alrededores y que suspira sin cesar?...

--Es usted un bromista--dijo la señorita de Porhoet, abriendo tranquilamente su caja de rapé.--Ya que quiere usted saberlo, le diré que mi encargado me ha escrito de Madrid hace dos días que, con un poco de paciencia, veremos sin duda alguna, el fin de nuestros males.

--¡Pardiez, ya lo creo! ¿Sabe usted de dónde sale su agente de negocios?
De la caverna de Gil Blas directamente. Le sacará á usted hasta el último escudo y se burlará de usted en seguida. ¡Ah, qué discreta sería si olvidase usted esa locura y viviera tranquila!... ¿Para qué le servirían esos millones, veamos? ¿No es usted dicho sa y considerada?... ¿qué más ambiciona? En cuanto á su catedral, no hablo de ella, porque es una majadería.

--Mi catedral no es una majadería, sino á los ojos de los majaderos, doctor Desmarest; por otra parte yo defendiendo mi derecho, combato por la justicia: esos bienes me pertenecen; se lo he oído decir á mi padre más de cien veces, y jamás pertenecerán, por mi voluntad, á personas tan extrañas en definitiva á mi familia, como usted, mi querido amigo, ó como el señor, agregó designándome con un signo de cabeza.

Cometí la torpeza de manifestarme tentado por estas palabras, y respondí al instante:

--En lo que á mí concierne, señorita, se engaña, porque mi familia ha tenido el honor de haberse aliado con la suya, y recíprocamente.

Al oír estas enormes palabras, la señorita de Porhoet, aproximó vivamente á su barba puntiaguda las cartas desenvueltas en forma de abanico, que tenía en la mano, y enderezando su del

gado talle, me miró á
la cara para asegurarse primero del estado de mi razón; luego recobró su
calma, por medio de un esfuerzo sobrehumano, y llevando á su afilada
nariz un poco de polvillo de España:

--Me probará usted eso, joven--me dijo.

Avergonzado de mi ridícula jactancia, y muy embarazado por las curiosas
miradas que sobre mí había atraído, me incliné torpemente sin responder.
Nuestro whist se acabó en un silencio profundo. Era n las diez, y me
preparaba á retirarme, cuando la señorita de Porhoe t me tocó el brazo.

--El señor intendente--dijo,--me hará el honor de a
compañarme hasta la
avenida.

La saludé y la seguí. Un instante después nos hallá
bamos en el parque.
La sirvienta, vestida á la moda del país, marchaba
delante, llevando una
linterna; luego iba la señorita de Porhoet, derecha
y silenciosa,
levantando con mano cuidadosa y decente los pocos p
liegues de su angosta
saya de seda; había rechazado secamente el ofrecimi
ento de mi brazo, y
seguía á su lado, con la cabeza baja, muy poco sati
sfecho de mi papel.
Al cabo de algunos minutos de esta fúnebre marcha:

--¡Y bien! señor--me dijo la vieja señorita: hable,
pues, lo espero: ha
dicho usted que mi familia ha sido aliada á la suya
, y como un punto de
alianza de esa especie es enteramente nuevo para mí
, le quedaría

sumamente agradecida, si me lo aclarase.

Yo había decidido por mi parte, que debía guardar á todo precio el secreto de mi incógnito.

--¡Dios mío! señorita--le dije,--me atrevo á esperar que excusará usted una broma escapada al correr de la conversación...

--¡Una broma!--exclamó la señorita de Porhoet.--La materia en efecto se presta mucho á la broma. ¿Y cómo llaman, señor, en este siglo las bromas que se dirigen valientemente á una mujer anciana y sin protección y que no se dirigirían seguramente á un hombre?

--Señorita, no me deja usted ninguna retirada posible; no me queda otro recurso que confiarme á su discreción. No sé si el nombre de los Champcey d'Hauterive le es conocido.

--Conozco perfectamente, señor, á los Champcey d'Hauterive, que son una buena y una excelente familia del Delfinado. ¿Qué conclusión saca usted de eso?

--Yo soy hoy el representante de esa familia.

--¿Usted?--dijo la señorita de Porhoet, haciendo alto súbitamente,--¿usted es un Champcey d'Hauterive?

--Desgraciadamente, sí, señorita.

--Eso cambia la especie--dijo;--déme, primo, su brazo, y cuénteme su historia.

Creí que en el estado en que las cosas se hallaban,
lo mejor era no
ocultarle nada. Terminaba el penoso relato de los i
nfortunios de mi
familia, cuando nos hallamos al frente de una casit
a sumamente estrecha
y baja, con un palomar de techo puntiagudo y arruin
ado, en uno de sus
ángulos.

--Entre, marqués--me dijo la hija de los reyes de G
aél, parada en el
umbral de su pobre palacio,--entre, se lo suplico.

Un instante después, era introducido en un pequeño
salón tristemente
embaldosado; sobre la pálida tapicería que cubría l
as paredes, se
oprimían una docena de retratos antiguos, blasonado
s con el armiño
ducal; arriba de la chimenea vi relumbrar un magníf
ico reloj de concha
incrustada de cobre, coronado por un grupo que figu
raba el carro del
sol. Algunos sillones de espaldar ovalado, y un ant
iguo canapé de
delgadas patas, completaban la decoración de esta p
ieza, en que todo
acusaba una rígida limpieza, y en que se respiraba
un olor concentrado á
lirio, rapé de España, y vagos aromas.

--Siéntese--me dijo la anciana señorita, tomando un
lugar en el
canapé;--siéntese, primo, pues aunque en realidad n
o seamos parientes,
ni podamos serlo, pues que Juana de Porhoet y Hugo
de Champcey
cometieron, sea dicho entre nosotros, la tontería d
e no tener un
vástago, me será agradable, si me lo permite usted,
tratarle de primo,

en la conversación particular, á fin de engañar por un instante el sentimiento doloroso de mi soledad en este mundo. A sí, pues, primo, vea á qué altura se halla; el pasado es rudo seguramente. Sin embargo, le sugeriré algunos pensamientos que me son habituales, y que me parece le proporcionarán muy serios consuelos. En primer lugar, mi querido marqués, me digo yo á menudo que en medio de tantos modregos y antiguos criados, que arrastran hoy carroza, hay en la pobreza un perfume superior de distinción y de buen gusto. Además, no estoy lejos de creer que Dios ha querido reducir á algunos de nosotros á una vida estrecha, para que este siglo grosero, material y hambriento de oro, tenga siempre bajo sus ojos, en nuestras personas, un género de mérito, de dignidad y de brillo en que el oro y la materia no entran para nada, que con nada pueda comprarse, y que no es posible venderse. Tal es, primo, según la apariencia, la justificación providencial de su fortuna y de la mía.

Manifesté á la señorita de Porhoet, cuán orgulloso me sentía en haber sido escogido con ella para dar al mundo la noble enseñanza que le es tan necesaria, y de la que parece tan dispuesto á aprovecharse.

--Luego--continuó la señorita de Porhoet;--en cuanto á mí, señor, estoy acostumbrada á la indigencia, y me hace sufrir poco; cuando uno ha visto en el curso de una vida demasiado larga, un padre digno de su

nombre y cuatro hermanos dignos de su padre, sucumbir antes de tiempo, bajo el plomo ó el acero; cuando uno ha visto perecer sucesivamente todos los objetos de su afección y de su culto, sería menester tener el alma muy pequeña para preocuparse de una mesa más ó menos abundante ó de un adorno más ó menos moderno. Por cierto, marqués, que si mi bienestar personal fuera la única causa, puede usted creerme, despreciaría mis millones de España; pero me parece conveniente y de buen ejemplo, que una casa como la mía, no desaparezca de la tierra sin dejar tras ella, una traza durable, un monumento brillante de su grandeza y de sus creencias. Es por esto, que á imitación de algunos de nuestros antepasados, he pensado, primo mío, y no renunciaré jamás, mientras tenga vida, á la piadosa fundación de que habrá oído o hablar.

Habiéndose asegurado de mi asentimiento, la vieja y noble señorita pareció recogerse, y en tanto que paseaba una melancólica mirada por las medio borradas imágenes de sus abuelos, el tic-tac del reloj hereditario fué lo único que turbó, en el obscuro salón, el silencio de la media noche.

--Habrá--dijo repentinamente la señorita de Porhoet con voz solemne,--habrá un cabildo de canónigos regulares dedicados al servicio de esa iglesia. Todos los días á la hora de maitines se dirá, en la capilla particular de mi familia, una misa rezada p

or el reposo de mi
alma y la de mis abuelos. Los pies del oficiante pi
sarán un mármol, sin
inscripción, que formará la grada del altar y cubri
rá mis restos.

Yo me incliné con la emoción de un visible respeto.
La señorita de
Porhoet tomó mi mano y la apretó dulcemente.

--No estoy loca, primo--continuó,--aunque así se di
ga. Mi padre, que no
mentía jamás, me ha asegurado siempre que extinguié
ndose los
descendientes directos de nuestra rama española, só
lo nosotros
tendríamos derecho á la herencia. Su muerte súbita
y violenta no le
permitió desgraciadamente darnos sobre este punto n
oticias precisas,
pero no pudiendo dudar de su palabra, no dudo de mi
derecho... Sin
embargo--agregó después de una pausa y con un acent
o de gran
tristeza,--si no estoy loca, soy vieja, y esas gent
es de allá bien lo
saben. Me arrastran hace quince años de demora en d
emora; esperan mi
muerte, que lo acabará todo... Y créalo usted, no e
sperarán largo
tiempo: menester es hacer una de estas mañanas, dem
asiado lo siento, mi
último sacrificio... Esa pobre catedral, mi único a
mor, que había
reemplazado en mi corazón tantas afecciones rotas..
. Ella no tendrá
jamás sino una piedra, y esa será la de mi tumba.

La vieja señorita calló. Enjugó con sus manos enfla
quecidas dos lágrimas
que corrían por su ajada fisonomía; luego agregó es
forzándose por

sonreir:

--Perdón, primo mío: bastante tiene usted con sus desgracias...

Excúseme... Por otra parte es tarde; retírese. Usted me compromete.

Antes de partir recomendé de nuevo á la discreción de la señorita de Porhoet el secreto que me había visto obligado á confiarle. Me respondió de una manera un poco evasiva: que podía estar tranquilo, que ella sabría velar por mi reposo y mi dignidad. Sin embargo, algunos días después he sospechado por el aumento de miramientos con que me honraba la señora de Laroque, que mi respetable amiga le había transmitido mi confidencia. La señorita Porhoet no titubeó en confesármelo, asegurándome que le había sido imposible obrar de otro modo por el honor de su familia, y que por otra parte, la señora de Laroque era incapaz de traicionar ni para con su hija, un secreto confiado á su delicadeza.

Entretanto, mi confidencia con la anciana señorita me había infundido hacia ella un tierno respeto, del que trato de darle pruebas. Desde el día siguiente por la noche, apliqué al ornamento interior y exterior de su querida catedral todos los recursos de mi lápiz. Esta atención á que tan sensible se ha mostrado, ha tomado poco á poco la regularidad de una costumbre.

Casi todas las noches, después del whist, me pongo al trabajo, y el

ideal monumento se enriquece con una estatua, un púlpito ó una claraboya. La señorita Margarita, que parece profesar á su vecina una especie de culto, ha querido asociarse á mi obra de caridad, consagrandole á la basílica de los Porhoet un álbum especial que estoy encargado de llenar.

He ofrecido además á mi anciana confidente, tomar parte en las diligencias, indagaciones ó cuidados de cualquier naturaleza que puedan serle suscitados por su litigio. La pobre mujer confesó que le prestaba un verdadero servicio; que á la verdad aún podía llevar su correspondencia corrientemente, pero que sus ojos debilitados rehusaban descifrar los documentos manuscritos de su archivo, y que no había querido hasta entonces, hacerse suplir en este trabajo, que tan importante puede ser para su causa, á fin de no dar una nueva presa á la burla incivil de las gentes del país.

En breve me admitió en calidad de consejero y colaborador. Desde este tiempo he estudiado concienzudamente el voluminoso legajo de su proceso, y he quedado convencido de que el pleito, que debe ser juzgado en última apelación, un día de estos, está completamente perdido de antemano. El señor Laubepin, á quien he consultado, es también de esta opinión, que me esforzaré en ocultar á mi anciana amiga, tanto como las circunstancias lo permitan. Entretanto, le doy el placer de examinar

pieza por pieza, sus archivos de familia, en los que espero siempre descubrir algún título decisivo en su favor. Desgraciadamente, esos archivos son muy ricos y el palomar está lleno de ellos desde el techo hasta el sótano.

Ayer, había ido muy temprano á casa de la señorita Porhoet, con el fin de acabar antes de la hora de almorzar el examen del legajo núm. 115, que había comenzado la víspera. No estando aún levantada el ama de la casa, me instalé silenciosamente en el salón, mediante la complicidad de la sirvienta, y me entregué solitariamente á mi polvorienta tarea. Al cabo de cerca de una hora, recorría con extrema alegría la última hoja del legajo número 115, cuando vi entrar á la señorita de Porhoet arrastrando con trabajo un enorme paquete envuelto con bastante limpieza en una tela blanca.

--Buenos días, amable primo--me dijo,--habiendo sabido que trabajaba usted por mí esta mañana, yo he querido hacerlo por usted. Le traigo el legajo número 116.

Hay, no recuerdo en qué cuento, una princesa desgraciada, á quien se encierra en una torre, y á la cual, una hada enemiga de su familia impone sucesivamente una serie de trabajos extraordinarios é imposibles; confieso que en aquel momento la señorita de Porhoet, á pesar de todas sus virtudes me pareció ser parienta próxima de aquella hada.

--He soñado anoche--continuó,--que este legajo contiene la llave de mi tesoro español. Me dejará usted, pues, muy agradecida, no difiriendo su examen. Terminado este trabajo, me hará el honor de aceptar una comida modesta que pretendo ofrecerle bajo la sombra del pabellón de mi jardín.

Me resigné, pues. Inútil es decir, que el bienaventurado legajo 116 no contenía, como los precedentes, sino el vano polvo de los siglos. A las doce en punto, la anciana señorita vino á tomar mi brazo y me condujo ceremoniosamente á un pequeño jardín festoneado de boj, que forma con un pedazo de la pradera contigua, todo el dominio actual de los Porhoet. La mesa estaba colocada bajo un soto redondo y abovedado, y el sol de un bello día de verano arrojaba, á través de las hojas, algunos rayos que jugueteaban sobre el brillante y perfumado mantel. Acababa de hacer honor al dorado pollo, á la fresca ensalada y á la botella de viejo Burdeos que constituían el detalle del festín, cuando la señorita de Porhoet, que se hallaba al parecer encantada de mi apetito, hizo recaer la conversación sobre la familia Laroque.

--Le confieso--me dijo,--que el antiguo corsario no me gusta nada. Recuerdo que cuando llegó al país, tenía un gran mono doméstico, que vestía de criado, y con el que se entendía perfectamente. Este animal era una verdadera peste para la comarca, y sólo un hombre sin educación

y sin decencia podía ocuparse en disfrazarlo. Se decía que era un mono, y yo consentía en ello, pero en realidad lo que buenamente pienso, es que era un negro, tanto más, cuanto que siempre he sospechado que su amo ha hecho el tráfico de esta mercancía en la costa de África. Por lo demás, el finado señor Laroque, hijo, era un hombre de bien, y excelente bajo todos conceptos. En cuanto á las señoras, hablando solamente de la señora de Laroque y de su hija y de ningún modo de la viuda de Aubry que es una criatura de vil especie, en cuanto á esas damas no hay elogio alguno que no merezcan.

Estábamos en esto, cuando el paso acompasado de un caballo se hizo oír en el sendero que rodea exteriormente el muro del jardín. En el mismo instante dieron algunos golpes secos en una puertecita vecina al pabellón.

--¿Quién es?--dijo la señorita de Porhoet.

Levanté los ojos y vi flotar una pluma negra por arriba del muro.

--Abra usted--dijo alegremente desde afuera una voz de timbre grave y musical;--abra, ¡que es la gracia de la Francia!

--¡Cómo! ¿es usted monona?--exclamó la anciana señorita.--Corra pronto, primo.

Abierta la puerta, estuve á punto de ser volteado por Mervyn que se precipitó por entre mis piernas, y vi á la señorita

Margarita que se
ocupaba en atar las riendas de su caballo á las bar
ras de un cercado.

--Buenos días, señor--me dijo--sin mostrar la menor
sorpresa por
hallarme allí. Luego, levantando en su brazo los la
rgos pliegues de su
saya talar, entró en el jardín.

--Sea bien venida, en tan bello día, la linda niña,
y abrázeme--dijo la
señorita de Porhoet.--Ha corrido usted mucho, loqui
lla, pues tiene la
fisonomía sumamente encendida y de los ojos le brot
a materialmente
fuego. ¿Qué podría ofrecerle, mi maravilla?

--¡Veamos!--dijo Margarita arrojando una mirada sob
re la mesa--¿qué es
lo que hay aquí? ¡El señor se lo ha comido todo! Ad
emás, no tengo hambre
sino sed.

--Le prohibo beber en el estado en que se halla; pe
ro espere... aún hay
algunas fresas en este acirate...

--¡Fresas! _o gioja_--cantó la joven.--Tome pronto
una de esas grandes
hojas, y venga conmigo.

Mientras escogía yo la más ancha de las hojas de un
a higuera, la
señorita de Porhoet cerró á medias un ojo y siguió
con el otro y con
complacida sonrisa la gallarda marcha de su favorit
a, á través del
camino lleno de sol.

--Mírela, primo--me dijo muy quedo--¿no sería digna
de ser de los

nuestros?

Entretanto la señorita Margarita, inclinada sobre el acirrate y tropezando en su largo vestido, saludaba con un pequeño grito de alegría cada fresa que llegaba á descubrir. Yo me mantenía cerca de ella, llevando en mi mano la hoja de higuera sobre la que depositaba de tiempo en tiempo una fresa, contra dos que engullía para alentar su paciencia. Cuando la cosecha le pareció suficiente, volvimos en triunfo al pabellón; las fresas que quedaban fueron polvoreadas con azúcar, y después comidas por sus lindos y buenos dientes.

--¡Ah, qué bien me sienta esto!--dijo entonces la señorita Margarita, arrojando su sombrero sobre un banco y echándose de espaldas contra el cercado de olmedillas.--Y ahora para completar mi dicha, mi querida señorita, va usted á contarme algunas historias de los pasados tiempos, en que era usted una bella guerrera.

La señorita de Porhoet sonriendo y encantada, no se hizo rogar para sacar de su memoria los episodios más notables de sus intrépidas cabalgatas en la comitiva de los Lescure, y de los Rochejacquelin. Tuve en esta ocasión una nueva prueba de la elevación del alma de mi vieja amiga, cuando la oí rendir igual homenaje, á todos los héroes de esa lucha gigantesca, sin excepción de bandera. Hablaba en particular del general Hoche, de quien había sido prisionera de guerra, con una

admiración casi tierna. La señorita Margarita prestaba á su relato una atención tan apasionada, que me asombró. Tan pronto, medio envuelta en su nicho de olmedillas y un poco cerradas sus largas pestañas, guardaba la inmovilidad de una estatua, ó ya, avivándose más el interés, se ponía de codos en la pequeña mesa y sumergiendo su bella mano en las ondas de su suelta cabellera, hacía vibrar sobre la vieja señorita el relámpago continuo de sus grandes ojos.

Es preciso decirlo: contaré entre las más dulces horas de mi triste vida, las que pasé contemplando, sobre aquella noble fisonomía, los reflejos de un cielo radioso, mezclado á las impresiones de un corazón valiente.

Agotados los recuerdos de la relatora, la señorita Margarita la abrazó, y despertando á Mervyn, que dormía á sus pies, anunció que se volvía al castillo. No tuve escrúpulo alguno en partir al mismo tiempo que ella, convencido de que no podía causarle molestia. Porque en efecto, aparte de la extrema insignificancia de mi persona y de mi compañía, á los ojos de la rica heredera, el *_tête-à-tête_* en general no tiene para ella nada de incómodo, habiéndole dado resueltamente, su madre, la educación liberal, que ella recibió en una de las colonias británicas: todos saben que el método inglés otorga á la mujer, antes del matrimonio, toda la independencia con que nosotros la recompensamos el día en que los abusos

se hacen completamente irreparables.

Salimos, pues, juntos del jardín; le tuve el estrib
o mientras montaba á
caballo y nos pusimos en marcha hacia el castillo.
Al cabo de algunos
pasos:

--¡Dios mío! señor--me dijo,--he venido á incomodar
lo no muy á tiempo me
parece. Estaba usted en buena compañía.

--Es verdad, señorita; pero como lo estaba hacía la
rgo tiempo, le
perdono, y aun le doy las gracias.

--Tiene usted muchas atenciones con nuestra pobre v
ecina. Mi madre le
está muy reconocida á usted.

--¿Y la hija de su señora madre?--dije yo sonriendo
.

--¡Oh! en cuanto á mí, yo me exalto menos fácilment
e. Si tiene usted la
pretensión de que le admire, es preciso tener la bo
ndad de esperar aún
un poco de tiempo. No tengo el hábito de juzgar con
ligereza las
acciones humanas, que tienen generalmente dos faces
. Confieso que su
conducta para con la señorita de Porhoet tiene una
bella apariencia;
pero...--hizo una pausa, movió la cabeza y continuó
con un tono serio,
amargo y verdaderamente ultrajante.--Pero no estoy
bien segura de que no
le haga la corte con la esperanza de heredarla.

Sentí que palidecía. Sin embargo, reflexionando el
ridículo de responder
con una fanfarronada á aquella niña, me contuve y l

e respondí con
gravedad:--Permítame, señorita, compadecerla sinceramente.

Me pareció muy sorprendida.--¿Compadecerme, señor?

--Sí, señorita, perdone que le exprese la piedad respetuosa, á que me parece tiene usted derecho.

--¡La piedad!--dijo deteniendo su caballo y volviendo lentamente hacia mí sus ojos medio cerrados por el desprecio.--No tengo la dicha de comprenderle á usted.

--Y sin embargo, es bien sencillo, señorita; si la desilusión del bien, la duda y la sequedad del alma son los más amargos frutos de la experiencia de una larga vida, nada merece más compasión en el mundo, que un corazón herido por la desconfianza, antes de haber vivido.

--Señor--replicó la señorita Laroque con una vivacidad muy extraña á su habitual lenguaje:--¡no sabe usted lo que dice!--y agregó más severamente:--olvida usted á quien habla.

--Es cierto, señorita--respondí con dulzura, inclinándome--he hablado sin saber, y he olvidado un poco con quien hablo; pero usted me ha dado el ejemplo.

La señorita Margarita con los ojos fijos sobre la cima de los árboles que bordaban el camino, me dijo entonces con irónica altivez:--¿Será menester pedirle perdón?

--Ciertamente, señorita--respondí con firmeza--si alguno de los dos tiene que pedir aquí perdón, sería usted seguramente: usted es rica y yo soy pobre; usted puede humillarse... ¡y yo no!

Hubo un momento de silencio. Sus labios apretados, sus narices abiertas, la palidez repentina de su frente atestiguaban el combate interior por que pasaba. Repentinamente bajando su látigo como para saludar.--¡Pues bien--dijo--perdón!--En el mismo instante castigó violentamente su caballo, y partió al galope dejándome en medio del camino.

No la he vuelto á ver después.

30 de julio.

Nunca es tan vano el cálculo de las probabilidades, como cuando se ejerce á propósito de las ideas y de los sentimientos de una mujer. No deseando hallarme muy pronto en presencia de la señorita Margarita, después de la penosa escena que había tenido lugar entre nosotros, había pasado dos días sin mostrarme en el castillo: creía que este corto intervalo apenas bastara para calmar los resentimientos, que había sublevado en aquel altivo corazón. No obstante, anteayer á las siete de la mañana, trabajaba yo cerca de la ventana abierta de mi torreón,

cuando repentinamente me oí llamar en el tono de un
a amigable
jovialidad, por la persona misma á quien creía tene
r por enemiga.

--Señor Odier, ¿está usted ahí?

Me presenté en la ventana, y noté en una barca, que
se estacionaba cerca
del puente, á la señorita Margarita, alzando con un
a mano el ala de su
gran sombrero de paja bronceada y levantando los oj
os hacia mi obscura
torre.

--Aquí me tiene, señorita--respondí con diligencia.

--Venga á pasear.

Después de las justas alarmas, que durante dos días
me habían
atormentado, tanta condescendencia me hizo temer, c
omo sucede siempre,
ser el juguete de un sueño insensato.

--Perdón, señorita... ¿cómo decía usted?

--Que venga á dar un pequeño paseo con Alain, Mervy
n y yo.

--Con mucho gusto, señorita.

--Entonces, tome su álbum.

Me apresuré á bajar y corrí á la orilla del río.--;
Ah, ah!--me dijo la
joven riendo;--á lo que parece, ¿está usted de buen
humor esta mañana?

Murmuré torpemente algunas palabras confusas, cuyo
fin era dar á

entender que siempre lo estaba, de lo cual la señorita Margarita pareció mal convencida; después salté al bote y me senté á su lado.

--¡Vogue, Alain!--dijo al momento. Y el viejo Alain, que se jactaba de ser un buen remero, púsose á mover metódicamente los remos, lo que le daba el aire de un pájaro pesado que hace vanos esfuerzos para volar.

--Es necesario--continuó diciendo la señorita Margarita--que venga á arrancarlo á usted de su castillejo, pues van dos días que se encierra en él obstinadamente.

--Señorita, le aseguro que sólo la discreción... el respeto... el temor...

--¡Oh Dios mío! ¡el respeto... el temor... se chanc ea usted!

Positivamente nosotros valemos menos que usted. Mi madre que pretende, yo no sé por qué, que debemos tratarle con una consideración muy distinguida, suplicóme, me inmolara en el altar de su orgullo, y como hija obediente me inmolé.

Expreséle viva y buenamente mi franco reconocimiento.

--Para no hacer las cosas á medias--respondió--he resuelto darle á usted una fiesta arreglada á su gusto: así, he ahí una bella mañana de verano, bosques y claros con todos los efectos de luz deseables; pájaros que cantan bajo el follaje, una barca misteriosa, que s

obre las ondas se
desliza... Usted que tanto ama esta especie de hist
orias, deberá estar
contento.

--Encantado, señorita.

--¡Ah, es una felicidad!

Efectivamente, en aquel momento me hallaba bastante
satisfecho de mi
suerte. Las dos riberas entre las cuales nos desliz
ábamos, estaban
cubiertas de heno recién cortado, que perfumaba el
aire. Veía huir de
nuestro alrededor las sombrías avenidas del parque,
que el sol de la
mañana sembraba de brillantes regueros de luz; mill
ones de insectos se
embriagaban con el rocío en los cálices de las flor
es, zumbando
alegremente.

Frente á mí se hallaba el buen Alain, que me sonreí
a á cada golpe de
remo, con aire de complacencia y protección: más pr
óxima, la señorita
Margarita vestida de blanco contra su costumbre, be
lla, fresca y pura
como una azucena, sacudía con una mano las húmedas
perlas que la mañana
suspendía en el encaje de su sombrero, y presentaba
la otra como un
incentivo á Mervyn, que nos seguía á nado. Verdader
amente que no hubiera
sido preciso rogarme mucho para llevarme al fin del
mundo en aquella
pequeña y frágil barquilla.

Al salir de los límites del parque, pasando bajo un
o de los arcos que
atraviesan la pared que lo rodea:

--¿No me pregunta á dónde lo llevo, señor?--me dijo la criolla.

--No, señorita: me es completamente indiferente.

--Lo llevo al país de las hadas.

--No lo dudo.

--La señorita Helouin, más competente que yo en materias de poesía, ha debido decirle que los bosquecillos que cubren este país en veinte leguas á la redonda, son los restos de la antigua selva de Brocélyande donde cazaban los antepasados de su amiga la señorita de Porhoet, soberanos de Gaél, y donde el abuelo de Mervyn, que ve usted ahí, fué encantado, á pesar de ser él mismo encantador, por una señorita llamada Bibiana. Muy pronto estaremos en el corazón de la selva. Y si esto no es suficiente para exaltarle la imaginación, sepa que estos bosques conservan aún mil vestigios de la misteriosa religión de los Celtas, que por doquiera se hallan en multitud. Tiene, pues, el derecho de figurarse bajo cada una de esas sombras, un druida, con sus blancas vestiduras, y de ver relucir una hoz de oro en cada rayo de sol. El culto de esos insoportables viejos ha dejado también cerca de aquí, en un sitio solitario, romántico, pintoresco, etcétera, un monumento, ante el cual las personas predispuestas al éxtasis, tienen por costumbre desmayarse: he pensado que tendría usted placer en dibujarlo, y como el sitio no es

fácil de descubrir, he resuelto servirle de guía, no pidiéndole en recompensa sino que me evite las explosiones de un entusiasmo al que no podría asociarme.

--Sea, señorita; me contendré.

--¡Se lo suplico!

--Convenido. ¿Y cómo llama usted á ese monumento?

--Yo lo llamo un montón de grandes piedras; los anticuarios lo llaman, unos simplemente un _dolmen_, otros, más pretenciosos, un _cromlech_; las gentes del país, sin explicar por qué, lo llaman la _migourdit_.

Mientras tanto, descendíamos dulcemente el curso de las aguas entre dos fajas de húmedas praderas; algunos bueyes de talla pequeña, negros casi todos, y con largos y afilados cuernos se levantaban aquí y allá al ruido de los remos y nos miraban pasar con ojos fieros. El valle en que serpenteaba el río que iba ensanchándose, por ambos lados estaba cerrado por una cadena de colinas, las unas cubiertas de matorrales y secas aliagas, las otras de verdeantes sotos. De tiempo en tiempo, una quebrada transversal abría entre dos cuestas una perspectiva sinuosa, en cuyo fondo se dibujaba la cima azul de una lejana montaña. La señorita Margarita, á pesar de su incompetencia, no dejaba de señalar sucesivamente á mi atención todos los encantos de aquel paisaje severo y dulce, acompañando, sin embargo, cada una de sus ob-

servaciones con una
reserva irónica.

Hacía pocos momentos que un ruido sordo y continuo parecía anunciar la vecindad de una catarata, cuando el valle se cerró repentinamente y tomó el aspecto de una garganta solitaria y salvaje. A la izquierda, se levantaba una alta muralla de rocas salpicadas de musgo; robles y abetos, interpolados con yedras y malezas pendientes, se ostentaban en las grietas, hasta la cumbre de la escarpada ribera, arrojando una sombra misteriosa sobre el agua profunda que bañaba el pie de los peñascos. A cierta distancia delante de nosotros, las ondas borbotaban, espumaban y desaparecían repentinamente; la rota línea del río se dibujaba á través de un humo blanquecino sobre un fondo lejano de confuso verdor. A nuestra derecha, la ribera opuesta á la escarpada, no presentaba sino una pequeña margen de pradera en declive, sobre la que algunas colinas cargadas de bosques, señalaban una franja de sombrío terciopelo.

--¡A tierra, señor!--dijo la criolla.

Mientras Alain amarraba la barca á las ramas de un sauce:

--¡Y bien! señor!--dijo saltando con ligereza sobre la hierba--¿no se halla mal? ¿no está usted trastornado, herido, petrificado? Se dice sin embargo que este sitio es lindísimo. A mí me gusta, porque siempre hay

fresco en él... Pero... sígame en estos bosques, si se atreve, y yo le mostraré esas famosas piedras.

La señorita Margarita, viva, ligera y alegre, como jamás la había visto, en dos saltos salvó la pradera y tomó una senda que se internaba en la arboleda, subiendo la cuesta. Alain y yo, la seguíamos en hilera.

Después de algunos minutos de una rápida marcha, nuestra conductora se detuvo, pareció consultar y reconocer el lugar en que se hallaba, luego separando resueltamente dos ramas entrelazadas, dejó el camino trazado y se lanzó en plena selva. El viaje se hizo entonces menos agradable. Era muy difícil abrirse paso á través de las encinas nuevas aún, pero ya vigorosas, de que se componía aquel monte y que entrelazaban, como las empalizadas de Robinsón, sus oblicuos troncos y sus tupidas ramas. Alain y yo al menos avanzábamos con gran trabajo, encorvados, estrellándonos la cabeza á cada paso, y haciendo caer sobre nosotros, á cada uno de nuestros pesados movimientos, una lluvia de rocío; pero la señorita Margarita, con la destreza superior y la flexibilidad propia de su sexo, se deslizaba sin esfuerzo aparente, á través de los intersticios de aquel laberinto, riendo de nuestros sufrimientos, y dejando negligentemente cimbrar tras ella las flexibles ramas, que venían á azotar nuestros rostros.

Llegamos en fin á un claro muy estrecho, que parecía coronar la cumbre

de esta colina: allí admiré, no sin emoción, la sombra y monstruosa mesa de piedra, sostenida por cinco ó seis trozos de mármol que medio enterrados forman una caverna verdaderamente llena de un horror sagrado. Al primer aspecto, hay en este intacto monumento de tiempos casi fabulosos y de religiones primitivas, una potencia de verdad, una especie de presencia real, que sobrecoge el alma y la estremece. Algunos rayos de sol, penetrando en el follaje, filtraban por las junturas algo separadas, jugueteaban sobre el siniestro trozo y prestaban la gracia de un idilio á aquel bárbaro altar. La misma Margarita parecía pensativa y recogida. En cuanto á mí, después de haber penetrado en la caverna y examinado el _dolmen_ bajo todas sus faces, me puse en posición de dibujarlo.

Hacía diez minutos que me hallaba absorto en este trabajo sin preocuparme de lo que pasaba á mi alrededor, cuando la señorita Margarita me dijo de repente:

--¿Quiere usted una Velada para animar el cuadro?--
Levanté los ojos. Había enrollado alrededor de su frente un espeso follaje de robles y se hallaba parada sobre el _dolmen_, ligeramente apoyada sobre un haz de tiernos árboles; bajo la media luz de la enramada, su blanca vestidura tomaba el brillo del mármol, y sus pupilas chispeaban con un fuego extraño, en la sombra proyectada por el relieve de su corona. Estaba

bella y creo que ella lo conocía. La miré sin hallar nada que decirle.

--Si lo incomodo, me quitaré--me dijo.

--No, no lo haga, se lo suplico.

--Pues bien, despáchese: ponga también á Mervyn: él será el druida, yo la druidesa.

Tuve la suerte de reproducir bastante fielmente, gracias á lo vago del bosquejo, la poética visión con que era favorecido. Ella se acercó con aparente solicitud á examinar mi dibujo.

--No está mal--dijo. Luego arrojó su corona riendo y agregó:--Convenga usted en que soy buena.

--Convengo en ello--y habría confesado además, si lo hubiera deseado, que no le faltaba su grano de coquetería; pero sin esto no sería mujer, y la perfección es odiosa: á las diosas mismas les era necesaria, para ser amadas, algo más que su inmortal belleza.

Volvimos á ganar á través del enmarañado soto, el sendero trazado en el bosque y descendimos hacia el río.

--Antes de marcharme--dijo la joven--quiero mostrarle la catarata, tanto más, cuanto que á mi turno pienso proporcionarme una pequeña diversión. ¡Ven, Mervyn! ¡Ven, noble perro mío! ¡Qué bello eres, eh!

Muy luego nos hallamos en el ribazo frente á los arrecifes, que bordean

el lecho del río. El agua se precipitaba desde una altura de algunos pies, al fondo de un ancho estanque profundamente encajonado, de forma circular que parecía limitar por todos los lados un anfiteatro de verdura, salpicado de húmedas rocas. Sin embargo, a algunas quebradas invisibles recibían el exceso del agua del pequeño lago, y estos arroyos iban á reunirse algo más lejos en un lecho común.

--Si no es precisamente el Niágara--me dijo la señorita Margarita, elevando un poco la voz para dominar el ruido de la cascada--he oído decir, sin embargo, á los conocedores y á los artistas, que es bastante bella. ¿La ha admirado usted? ¡Bien! Ahora espero que concederá á Mervyn el poco entusiasmo que puede quedarle. ¡Aquí, Mervyn!

El terranova vino á colocarse al lado de su ama, y la miró estremeciéndose de impaciencia. La joven entonces, habiendo envuelto en su pañuelo algunos guijarros, lo lanzó á la corriente un poco más arriba de la catarata. En el mismo momento Mervyn caía como un trozo de piedra en el estanque inferior y se alejaba rápidamente de la orilla: el pañuelo entretanto siguió el curso de las aguas, llegó á los arrecifes, bailó un instante en un remolino, luego pasando como una flecha por encima de la redondeada roca, fué á remolinar en una ola de espuma á los ojos del perro, que lo cogió con pronto y seguro diente. Mervyn ganó después orgullosamente la ribera, donde la señorita

Margarita golpeaba
sus manos.

Este encantador ejercicio se renovó muchas veces con igual éxito. Era la sexta vez que se repetía, cuando sucedió, sea que el perro partiese demasiado tarde, ó que el pañuelo fuera lanzado demasiado pronto, que Mervyn no llegó á tiempo. El pañuelo arrastrado por el remolino de las cascadas, fué llevado á las malezas espinosas que se veían un poco más lejos en la superficie del agua. Mervyn fué á buscarlo, pero nos sorprendimos muchísimo al verlo de pronto revolvers e convulsivamente, soltar su presa, y levantar la cabeza hacia nosotros arrojándonos lamentables aullidos.

--¡Ah, Dios mío! ¿qué tiene?--exclamó la señorita Margarita.

--Parece que se ha enredado en esas malezas. Pronto va á desembarazarse, no lo dude usted. A los pocos momentos no sólo fué preciso dudar, sino desesperar. La red de bejucos en que había caído el desgraciado terranova como en una trampa, nacía directamente de un ensanche del pasaje que vertía incesantemente sobre la cabeza de Mervyn, una masa de agua espumante. El pobre animal, medio sofocado, cesó de hacer esfuerzos para romper sus ligaduras, y sus ladridos quejumbrosos tomaron el ahogado acento del estertor. En este momento, la señorita Margarita tomó mi brazo, y me dijo casi al oído en voz baja:

--Está perdido... venga, señor... ¡Alejémonos!

Yo la miré: el dolor, la angustia, la contrariedad, alteraban sus pálidas facciones, y marcaban debajo de sus ojos un círculo lívido.

--No hay ningún medio--le dije--de hacer bajar hasta aquí la barca; pero si quiere usted permitírmelo, sé nadar un poco y me lanzaré á tirar de la pata al animal.

--No, no: no lo intente, está demasiado lejos... y luego he oído decir siempre, que el río es profundo y peligroso bajo la cascada.

--Tranquilícese, señorita: soy prudente.

Al mismo tiempo arrojé mi levita sobre la hierba y entré en el pequeño lago, tomando la precaución de mantenerme á cierta distancia de la cascada. El agua era muy profunda, en efecto, pues no pude hacer pie hasta el momento en que me aproximé al agonizante Mervyn. No sé si ha habido aquí en otro tiempo un islote, que se haya sumergido poco á poco, ó si alguna creciente del río ha arrastrado y depuesto en este paraje algunos fragmentos arrancados del ribazo; lo que hay de cierto es que un espeso entrelazamiento de malezas y ramas se oculta y prospera bajo aquellas pérfidas aguas. Puse los pies sobre una de las capas de donde parecía surgir el zarzal y conseguí libertar á Mervyn, que una vez dueño de sus movimientos volvió á hallar todos sus medios, y se sirvió de

ellos sin retardo para ganar la orilla, abandonándome de buena gana.

Este rasgo no era muy conforme con la reputación caballerescas de que

goza su especie: pero el buen Mervyn, ha vivido mucho entre los hombres

y supongo que se ha vuelto un poco filósofo. Cuando quise tomar mi

impulso para seguirle, reconocí con enfado que era detenido, á mi turno,

por la red de la náyade maligna y celosa, que al parecer reina en estos

parajes. Una de mis piernas estaba enlazada por nudosos bejucos que

traté en vano de romper. No se halla uno bastante libre en una agua

profunda sobre un fondo viscoso, para desplegar todas sus fuerzas:

estaba por otra parte medio ciego por el repulso continuo de la onda

espumante. Además sentía que mi situación se hacía equívoca. Arrojé una

mirada hacia la ribera. La señorita Margarita suspendida del brazo de

Alain, estaba inclinada sobre el abismo y clavaba sobre mí una mirada de

mortal ansiedad. Me dije en aquel momento, que sólo de mí dependía ser

llorado por aquellos hermosos ojos, y dar á una existencia miserable un

fin digno de envidia. Luego sacudí estos cobardes pensamientos: un

violento esfuerzo me desprendió, anudéme al cuello el pequeño pañuelo

hecho pedazos y gané suavemente la ribera. Al abordar, la señorita

Margarita me tendió su mano temblorosa: esto me pareció recompensarme.

--¡Qué locura!--dijo.--¡Qué locura! Podía usted haber muerto allí ¡y por un perro!

--Era el suyo--le respondí á media voz como ella me había hablado.

Esta palabra pareció contrariarla; retiró bruscamente su mano, y volviéndose hacia Mervyn que bostezando se secaba al sol, púsose á acariciarlo:--¡Oh! tonto, gran tonto--dijo.--¡Qué bestia eres!

En tanto, manaba yo agua sobre la hierba como una regadera, y no sabía qué hacer de mi individuo, cuando la joven volviéndose á mí, me dijo con bondad:--Señor Máximo tome la barca y máchese pronto. Remando se calentará un poco. Yo me volveré con Alain por los bosques. El camino es más corto.--Pareciéndome este arreglo conveniente bajo todos aspectos, no hice objeción alguna. Me despedí: tuve por segunda vez el placer de tocar la mano del ama de Mervyn, y me arrojé á la barca.

Vuelto á casa, me sorprendí al vestirme hallando en mi cuello el despedazado pañuelo que había olvidado entregar á la señorita Margarita. Ella ciertamente lo creía perdido, y me decidí á apropiármelo como premio de mi húmedo torneo. Por la noche fuí al castillo, la señorita Laroque me acogió con ese aire de indolencia desdeñosa, de distracción sombría y de amargo fastidio que la caracteriza habitualmente, y que formaba entonces un singular contraste con la graciosa bondad y la festiva vivacidad de mi matinal compañera. Durante la comida, á la cual

asistía el señor de Bevallan, habló de nuestra excursión; como para quitarle todo misterio, lanzó de pasada algunas zumbas á propósito de los amantes de la Naturaleza, y terminó contando la mal aventura de Mervyn, pero suprimió de este último episodio toda la parte que me concernía. Si esta reserva ha tenido por objeto, como lo creo, dar tono á mi propia discreción, la señorita se tomaba un inútil trabajo. Sea lo que sea, el señor de Bevallan, al oír este relato, nos aturdió con sus gritos de desesperación.

--¡Cómo! ¡la señorita Margarita había sufrido aquellas tan largas ansiedades! El bravo Mervyn había corrido tan grave peligro, y él, Bevallan, ¿no se había hallado allí? ¡Fatalidad! Jamás se consolaría... no le quedaba otro remedio que colgarse como Crillon.

--Pues bien, si estuviese yo solo para descolgarlo--me dijo el viejo Alain cuando me acompañaba por la noche--emplearía todo el mayor tiempo posible para hacerlo.

El día de ayer, no comenzó para mí tan alegremente como el de la víspera. Recibí por la mañana una carta de Madrid, que me encargaba anunciar á la señorita de Porhoet la pérdida definitiva de su pleito. El agente de negocios me hacía saber, además, que la familia con quien se pleiteaba, al parecer no aprovecharía de su triunfo, pues se hallaba ahora en lucha con la corona, que se había despertado

do al ruido de
aquellos millones y que sostiene que la sucesión en
litigio le pertenece
por derecho de abolengo. Después de largas reflexio
nes me ha parecido
que sería muy caritativo ocultar á mi vieja amiga l
a ruina absoluta de
sus esperanzas. Tengo pues, el proyecto de asegurar
me la complicidad de
su agente en España; él pretextará una nueva demora
; por mi parte,
seguiré el escudriñamiento de los archivos, y haré
en fin lo posible
para que la pobre mujer continúe hasta el fin de su
s días alimentando
sus queridas ilusiones. Por muy legítimo que sea el
carácter de este
engaño, sentí, sin embargo, la necesidad de hacerlo
sancionar por alguna
conciencia delicada.

Me transporté al castillo después de mediodía, é hi
ce mi confesión á la
señora de Laroque: ella aprobó mi plan y aun me ala
bó más de lo que el
caso parecía exigir. Y no fué sin gran sorpresa que
la oí terminar
nuestra conversación con estas palabras:--Ha llegad
o el momento de
decirle, señor, que le estoy profundamente agradeci
da por sus cuidados;
que cada día me agrada más su compañía y siento más
estimación por su
persona. Querría, señor, perdóneme, porque no puede
usted participar de
este voto, querría que no nos separásemos jamás...
y ruego humildemente
al Cielo haga todos los milagros que sean necesario
s para esto... porque
no se me oculta... que serían menester milagros.

No pude comprender el sentido preciso de este lengu

aje, tanto más,
cuanto que no me explicaba la emoción repentina que
brilló en los ojos
de la excelente mujer. Di las gracias como convenía
y me fuí á pasear mi
tristeza á través de los campos.

Una casualidad, poco singular, para ser franco, me
condujo, al cabo de
una hora de camino, al retirado valle y sobre el bo
rde del estanque que
había sido teatro de mis recientes proezas. El cerc
o de follaje y de
rocas que rodea el pequeño lago, realiza el ideal m
ismo de la soledad.
Allí se está verdaderamente en el fin del mundo, en
un país virgen, en
la China, ó donde se quiera. Me tendí sobre la gram
a y rehice en mi
imaginación todo el paseo de la víspera, que es de
aquellos que no se
hacen dos veces en el curso de la vida más larga. S
entía que si se me
ofreciera segunda vez una fortuna parecida, no tend
ría ya el mismo
encanto de imprevisión, de calma, y para terminar l
a palabra, de
inocencia. Era menester repetírmelo bien: este fres
co romance de
juventud, que perfumaba mi pensamiento, no podía te
ner sino un capítulo,
ó más bien una página, y la había leído ya. Sí, esa
hora, esa hora de
amor, para llamarla por su nombre, había sido sober
anamente dulce,
porque no fué premeditada, porque no había pensado
en darle su nombre
sino después de haberla agotado; porque había senti
do la ebriedad sin la
falta. Ahora mi conciencia se ha despertado: véome
en la pendiente de un
amor imposible, ridículo, peor que esto, ¡culpable!

Era tiempo de velar
por mí; ¡pobre desheredado como soy!

Dirigíame tales consejos en este lugar solitario, y no hubiera sido absolutamente necesario venir aquí para dirigírmelos, cuando un murmullo de voces me sacó repentinamente de mi distracción. Me levanté y vi avanzar hacia mí, una reunión de cuatro ó cinco personas que acababan de desembarcar. Eran la señorita Margarita, apoyada en el brazo del señor de Bevallan, la señorita Helouin y la señora Aubry seguidas de Alain y Mervyn. El ruido que hacían al aproximarse, había sido apagado por el ruido de las cascadas; sólo estaban á dos pasos de mí, no tuve tiempo para retirarme, fué preciso que me resignara al desagrado de verme sorprendido en mi actitud de pensador melancólico. Mi presencia en este lugar no despertó al parecer, ninguna atención particular; creí únicamente ver pasar por la frente de la señorita Margarita, una nube de descontento, y me devolvió el saludo con notable sequedad. El señor de Bevallan, plantado sobre los bordes del valle, fatigó algún tiempo los ecos con los clamores triviales de su admiración... ¡Delicioso!... ¡pintoresco!... ¡Qué mezclanza... oh! ¡la pluma de Jorge Sand... el pincel de Salvator Rosa!... Todo esto iba acompañado de enérgicos gestos, que parecían arrebatarse sucesivamente á estos dos grandes artistas los instrumentos de su genio. En fin se calmó, y se hizo mostrar el paso peligroso donde Mervyn estuvo á pun

to de perecer. La señorita Margarita contó de nuevo la aventura, observando la misma discreción en cuanto á la parte que había tenido yo en el desenlace, hasta insistió con una especie de crueldad, relativamente para mí, sobre los talentos, el valor y la presencia de ánimo que su perro había desplegado en aquella heroica circunstancia. Suponía, al parecer, que el servicio que había tenido la dicha de prestarle, había hecho subir á mi cerebro algunos humos de presunción que era urgente destruir.

Habiendo la señorita Helouin y la señora Aubry manifestado un vivo deseo de ver renovarse las tan ponderadas hazañas de Mervyn, la joven llamó al terranova y lanzó como el día anterior su pañuelo á la corriente del río, pero á esta señal el valiente Mervyn, en lugar de precipitarse al lago, tomó la carrera á lo largo de la ribera yendo y viniendo, con aire diligente, ladrando con furor, agitando la cola, dando en fin, mil pruebas de un poderoso interés, pero al mismo tiempo de una excelente memoria. Decididamente la razón domina el corazón de este animal. En vano la señorita Margarita, irritada y confusa, empleó sucesivamente las caricias y las amenazas para vencer la obstinación de su favorito; nada pudo decidir al inteligente animal á confiar de nuevo su preciosa vida á aquellas terribles ondas. Después de tan pomposos anuncios, la obstinada prudencia del intrépido Mervyn, tenía en realidad algo de

ridículo; á mi parecer, tenía yo más que nadie el derecho de reirme y no
tuve escrúpulo en hacerlo. Además, la hilaridad fué general muy luego, y
la señorita Margarita acabó por tomar parte en ella, aunque muy débilmente.

--Después de todo--dijo,--he perdido otro pañuelo.

El pañuelo arrastrado por el movimiento constante del remolino, había
ido naturalmente á enredarse en las ramas del fatal matorral, á una
corta distancia de la opuesta ribera.

--Fíe en mí, señorita--exclamó el señor de Bevallan.--En diez minutos
tendrá usted su pañuelo, ó no seré quién soy.

Me pareció que la señorita Margarita al oír esta declaración magnánima,
me lanzaba á hurtadillas una expresiva mirada, como para decirme:--¡Vea
que á mi alrededor no es tan raro el sacrificio! Luego respondió al
señor de Bevallan:--¡Por Dios, no haga locuras, el agua es muy profunda!
Hay un verdadero peligro.

--Eso me es absolutamente indiferente--contestó el señor de Bevallan.

--Dígame, Alain, ¿tiene usted un cuchillo?

--¿Un cuchillo?--repitió la señorita Margarita con el acento de la
sorpresa.

--Sí, déjeme, déjeme hacer.

--¿Pero qué pretende usted hacer con un cuchillo?

--Pretendo cortar una rama--dijo el señor de Bevallan.

La joven lo miró fíjamente.

--Creía--murmuró--que iba usted á echarse á nado.

--¡A nado!--dijo el señor de Bevallan;--permítame, señorita... en primer lugar no estoy en traje de natación... además, le confesaré que no sé nadar.

--Si no sabe usted nadar--replicó la joven, con un tono seco,--importa muy poco que esté ó no esté en traje de natación.

--Es una observación muy justa--dijo el señor de Bevallan, con una festiva tranquilidad;--pero usted no tiene interés particular en que yo me ahogue, ¿no es así? Quiere usted su pañuelo, ese es el fin. Desde el momento en que yo lo traiga quedará usted satisfecho ¿no es verdad?

--Pues bien--dijo la joven sentándose con resignación;--vaya á cortar su rama, señor.

El señor de Bevallan, que no se desconcierta fácilmente, desapareció en el monte vecino, donde durante un momento oímos crujir el ramaje; á poco rato volvió armado de un largo vástago de avellano y púsose á despojarle de sus hojas.

--¿Por ventura piensa usted alcanzar hasta la otra orilla con ese palo?--preguntó la señorita Margarita, cuya alegría

comenzaba á
despertarse visiblemente.

--Déjeme hacer, déjeme hacer, por Dios--respondió el
imperturbable
gentilhombre.

Se le dejó obrar. Acabó de preparar su rama y se dirigió hacia la barca.
Comprendimos entonces que su proyecto era atravesar el río en bote, más
arriba de la cascada, y una vez en la ribera opuesta, arponear el
pañuelo que no estaba muy lejos. Este descubrimiento produjo entre los
asistentes un grito de indignación; las damas, como se sabe, gustan
mucho de las empresas peligrosas... efectuadas por otros.

--¡Ya, ya, señor de Bevallan, vaya una bella invención!

--Ta, ta, ta, señoras. Es la misma cosa que el huevo de Colón. Era
preciso saber el cómo.

Sin embargo, contra lo que podía esperarse, esta expedición de tan
pacífica apariencia, no debía terminar sin emociones ni peligros. El
señor de Bevallan, en vez de ganar la ribera directamente frente á la
pequeña ensenada en que estaba amarrada la barca, tuvo la malhadada idea
de atravesar por un punto más vecino á la catarata. Impelió, pues, el
bote hasta el medio de la corriente; luego lo dejó arrastrar por ella
durante un momento; pero no tardó en fijarse de que en la cercanía de la
cascada, el río, como atraído por el abismo y arrebatado,

atado por el vértigo,
precipitaba su curso con aterradora rapidez; tuvimos
la revelación del
peligro al verlo poner repentinamente el bote de tr
avés y comenzar á
agitar los remos con febril energía. Luchó contra l
a corriente durante
algunos segundos con un éxito muy incierto. Sin emb
argo, se aproximaba
poco á poco al ribazo opuesto, aun cuando la corrie
nte continuase
arrastrándolo con espantosa impetuosidad hacia las
cataratas, cuyos
amenazantes rumores debían entonces llenar de horro
r sus oídos. No
distaba ya de ellas sino algunos pasos, cuando un e
sfuerzo supremo le
llevó hasta cerca de la ribera para que su vida al
menos quedase
asegurada. Tomó entonces un impulso vigoroso y salt
ó sobre el declive de
la costa, rechazando con el pie á pesar suyo la aba
ndonada barca, que
fué inmediatamente arrastrada por encima de los arr
ecifes y vino á vogar
en el estanque con la quilla al aire.

En tanto que el peligro duró no habíamos sentido, e
n presencia de
aquella escena, otra impresión que la de una viva i
nquietud; pero
tranquilizados apenas nuestros espíritus, debían se
r heridos vivamente
por el contraste que ofrecía el desenlace de la ave
ntura con el aplomo
del que había sido su héroe. La risa es por otra pa
rte tan fácil como
natural después de alarmas felizmente apaciguadas.
Así, no hubo nadie
entre nosotros que no se abandonase á una franca al
egría en el momento
en que vimos al señor de Bevallan fuera de la barca

. Será preciso
advertir que en este mismo momento se completaba su
infortunio por un
accidente verdaderamente doloroso. El ribazo á que
había saltado
presentaba una pendiente escarpada y húmeda; no bie
n hubo puesto el pie
en él, resbalándose cayó de espaldas; algunas sólíd
as ramas se hallaban
afortunadamente á su alcance y se agarró de ellas c
on frenesí, mientras
sus piernas se agitaban como dos furiosos remos en
el agua, por otra
parte poco profunda, que baña la costa. Habiendo de
saparecido entonces
toda sombra de peligro, el espectáculo de aquel com
bate fué puramente
ridículo, y supongo que este cruel pensamiento agre
gaba á los esfuerzos
del señor de Bevallan una torpe precipitación que l
e hacía retardar su
triunfo. Logró, sin embargo, levantarse de nuevo y
tomar pie sobre la
escarpa; pero súbitamente lo vimos deslizarse otra
vez despedazando las
malezas que se oponían á su pasaje, volviendo á com
enzar en el agua,
con una desesperación evidente, su desordenada pant
omima. Era imposible
contenerse. Creo que jamás la señorita Margarita ha
bía asistido á una
fiesta semejante. Había olvidado absolutamente todo
cuidado por su
dignidad, y como una ninfa ebria, llenaba el soto c
on los estallidos de
su alegría casi convulsiva. Golpeaba sus manos, y á
través de sus
carcajadas, gritaba con voz entrecortada:--¡Bravo,
bravo, señor de
Bevallan! ¡Lindísimo, delicioso, pintoresco! ¡Oh, S
alvator Rosa!

El señor de Bevallan, entretanto, había acabado por pararse sobre la tierra firme. Volviéndose entonces hacia las damas, les dirigió un discurso, que el ruido estrepitoso de la cascada no permitía oír claramente, pero por los animados gestos, por los movimientos descriptivos de sus brazos y el aire torpemente sonriente de su fisonomía, podíamos comprender que nos hacía una explicación apologética de su desastre.

--Sí, señor, sí--respondió la señorita Margarita, riendo siempre con la implacable tranquilidad de una mujer;--¡es un triunfo, un magnífico triunfo! ¡Sea enhorabuena!

Cuando recobró un poco su seriedad, me interrogó sobre los medios de recobrar la zozobrada barca, que entre paréntesis, es la mejor de nuestra flotilla. Prometíle volver al siguiente día con algunos obreros y presidir su salvamento; luego nos encaminamos alegremente á través de las praderas, en dirección al castillo, en tanto que el señor de Bevallan, no estando en traje de natación, debía renunciar á reunírsenos y se perdía con aire melancólico tras de las rocas que bordean la opuesta ribera.

20 de agosto.

En fin, aquella alma extraordinaria me ha entregado el secreto de sus tempestades. ¡Desearía que lo hubiera guardado siempre! En los días subsiguientes á las escenas que he contado, la señorita Margarita, como avergonzada de los movimientos de juventud y franqueza á que un instante se había abandonado, dejó caer de nuevo sobre su frente un velo más espeso de triste arrogancia, de desconfianza y de desdén. En medio de los bulliciosos placeres de las fiestas y bailes que en el castillo se sucedían, pasaba ella como una sombra, indiferente, helada, y algunas veces hasta irritada. Su ironía atacaba con inconcebible amargura, tan pronto á los puros goces del espíritu, á los que proporcionan la contemplación y el estudio, como á los más nobles é inviolables sentimientos. Si se citaba delante de ella algún rasgo de valor ó de virtud, lo volvía al momento para buscarle la faz del egoísmo; si se tenía la desgracia de quemar en su presencia el más pequeño grano de incienso sobre el altar del arte, al instante lo extinguía de un revés. Su risa triste, sarcástica, temible, semejante en sus labios á la burla de un ángel caído, se encarnizaba en ajar donde quiera que veía las señales de las más generosas facultades del alma humana, el entusiasmo y la pasión. Sentía yo que este extraño espíritu de denigración, tomaba para conmigo un carácter de persecución especial y de verdadera hostilidad. No comprendía y no comprendo aún muy bien, cómo he podido

merecer estas particulares _atenciones_, pues si es verdad que llevo en mi corazón la firme religión de las cosas ideales y eternas, que sólo la muerte podía arrancarme (¡oh, gran Dios, qué me que daría si no tuviera esto!) de ningún modo soy inclinado á los éxtasis públicos y mis admiraciones como mis amores, jamás importunarán á nadie. Trataba de observar con más escrúpulo que nunca aquella especie de pudor que sienta tan bien á los verdaderos sentimientos; pues no ganaba nada: era sospechoso de poesía. Se me atribuían quimeras novelescas, para tener el placer de combatirlos, poníase en las manos no sé qué arpa ridícula, para proporcionarse la diversión de romperle las cuerdas.

Si bien esta guerra declarada á todo lo que es superior á los intereses positivos y á las secas realidades de la vida, no era nueva en el carácter de la señorita Margarita, sin embargo, se había exagerado bruscamente y envenenado, hasta el punto de herir los corazones que más cariño le profesaban. Un día, la señorita de Porhott, cansada de esa incesante burla, le dijo delante de mí:--Querida mía, se ha posesionado del corazón de usted, hace algún tiempo, un demonio que haría bien en exorcizar lo más pronto posible; de otro modo, acabará usted por formar una homogénea trinidad con las señoras de Aubry y de Saint-Cast; quiero advertírselo bien claro. Por mi parte no me precio de ser ni haber sido jamás una persona muy novelesca, pero me gusta cree

r que hay aún en el
mundo algunas almas capaces de sentimientos generos
os: creo en el
desinterés, aun cuando no fuese sino en el mío; cre
o en el heroísmo,
pues he conocido héroes. Además, tengo placer en oi
r cantar á los
pajarillos bajo mi soto de ojaranza, y en edificar
mi catedral en las
nubes que pasan. Todo esto puede ser muy ridículo;
pero me atrevo á
recordarle que estas ilusiones son los tesoros del
pobre, que el señor y
yo no tenemos otros, y que tenemos la singularidad
de no quejarnos.

Otro día que acababa yo de sufrir con mi ordinaria
impasibilidad los
sarcasmos de la señorita Margarita, su madre me lla
mó aparte.

--Señor Máximo--me dijo,--mi hija le atormenta un p
oco, le suplico que
la excuse. Debe notar que su carácter se ha alterad
o desde hace algún
tiempo.

--La señorita parece más preocupada que de costumbr
e...

--¡No es sin razón, Dios mío! Está á punto de tomar
una resolución muy
grave y ese es un momento en que el humor de las jó
venes queda entregado
á la locura de las brisas.

Inclinéme sin responder.

--Usted es ahora--continuó la señora Laroque--un am
igo de la familia;
por esa razón le quedaré agradecidísima si me dice
lo que piensa del

señor de Bevallan.

--El señor de Bevallan, señora, tiene según creo, una muy buena fortuna aunque un poco inferior á la de usted, pero muy buena sin embargo: cerca de ciento cuarenta mil francos de renta.

--Sí, pero ¿cómo juzga usted su persona, su carácter?...

--Señora, el señor de Bevallan es lo que se llama un completo caballero. No le falta talento y pasa por un hombre galante.

--¿Pero cree usted que haga feliz á mi hija?

--No creo que la haga desgraciada. Sería suponerle una alma depravada.

--¿Qué quiere usted que haga, Dios mío? A mí no me gusta nada, pero es el único que no desagrada á Margarita... y por otra parte, ¡hay tan pocos hombres que tengan cien mil francos de renta! Debe usted comprender que mi hija en su posición no ha dejado de tener pretendientes... Hace dos ó tres años que estamos literalmente sitiadas... Pues bien, es menester acabar... Yo estoy enferma... Puedo morirme de un día á otro... Mi hija quedaría sin protección... Además, este es un matrimonio en que se reúnen todas las conveniencias, que la sociedad aprobará ciertamente, y yo sería culpable si no consintiera en él... Se me acusa ya de inspirar á mi hija ideas novelescas... la verdad es que yo nada la inspiro. Ella tiene una cabeza completamente suya. En

fin, ¿qué es lo que me aconseja usted?

--¿Me permitirá, señora, preguntarle cuál es la opinión de la señorita de Porhoet? Es una persona llena de juicio y de experiencia y que además le profesa á usted un gran cariño...

--¡Ah! si he de creer á la señorita de Porhoet, enviaría muy lejos al señor de Bevallan... Pero habla muy fácilmente... ¡cuando él se haya marchado no será ella quien casará á mi hija!

--Dios mío, señora, desde el punto de vista de la fortuna, el señor de Bevallan es ciertamente un partido poco común, es preciso no disimulárselo, y si quiere usted rigurosamente cien mil libras de renta...

--Para mí lo mismo son cien mil libras de renta que cien cuartos, mi querido señor... Pero no se trata de mí, sino de mi hija... yo no puedo darla á un albañil. ¿No es así? A mí me habría gustado ser la mujer de un obrero, pero lo que habría hecho mi felicidad, es probable que no haga la de mi hija. Y al casarla, debo consultar las ideas generalmente recibidas, no las mías.

--Pues bien, señora, si este casamiento le conviene, y conviene igualmente á su señorita hija...

--Pero no, si él no me conviene... y no conviene á mi hija... Es un casamiento... ¡Dios mío, es un casamiento de conveniencia, eso es todo!

--¿Debo comprender que es una cosa completamente arreglada?

--No, puesto que le pido consejo. Si lo estuviera, mi hija estaría más tranquila... esas fluctuaciones son las que la trastornan, y además...

La señora de Laroque, sumergiéndose en la sombra de la pequeña cúpula que domina su sillón, agregó: ¿Tiene usted alguna idea de lo que pasa en esa desgraciada cabeza?

--Ninguna, señora.

Su mirada chispeante se fijó sobre mí durante un momento. Arrojó un profundo suspiro y me dijo con un tono dulce y triste:--Váyase, señor... no le detengo más.

La confianza con que acababa de ser honrado no me sorprendió. Hacía ya algún tiempo que la señorita Margarita consagraba visiblemente al señor de Bevallan todo el resto de simpatía que conserva aún por la humanidad. Estos testimonios, sin embargo, parecían más bien señal de una preferencia amistosa que la de una apasionada ternura. Es menester decir, además, que esta distinción se explica fácilmente. El señor de Bevallan, á quien jamás estimé y de quien he hecho, á pesar mío, en estas páginas, más bien la caricatura que el retrato, reúne el mayor número de cualidades y defectos que habitualmente atraen el sufragio de las mujeres. La modestia le falta absolutamente; lo

que le viene á las
mil maravillas, pues las mujeres no la estiman. Tie
ne esa seguridad
espiritual burlona y tranquila, que de nada se asus
ta, que intimida
fácilmente, y que garantiza siempre, al que está do
tado de ella, una
especie de dominación y una apariencia de superiori
dad. Su talle
derecho, sus gallardas facciones, su destreza en lo
s ejercicios físicos,
su renombre como batidor y cazador, le prestan una
autoridad viril, que
impone al sexo tímido. Hay por fin, en sus ojos un
espíritu de audacia,
de empresa y de conquista no desmentido por sus cos
tumbres, que conmueve
á las mujeres y subleva en sus almas secretos ardor
es. Justo es agregar,
que tales ventajas no tienen en general todo su pre
cio sino sobre
corazones vulgares; pero el corazón de la señorita
Margarita, que yo
había querido, como sucede siempre, elevar al nivel
de su belleza,
parece hacer ostentación desde hace algún tiempo de
sentimientos de un
orden muy mediocre, y creíala muy capaz de sufrir s
in resistencia como
sin entusiasmo, con la frialdad pasiva de una imagi
nación inerte, el
encanto de ese vencedor venal y el yugo consiguient
e á un matrimonio de
conveniencia.

A consecuencia de todo esto, era menester tomar un
partido y lo tomé más
fácilmente de lo que un mes antes hubiera creído, p
ues había empleado
todo mi valor en combatir las primeras tentaciones
de un amor que el
buen sentido y el honor reprobaban igualmente, y aq

uella misma que, sin
saberlo, me imponía este combate, sin saberlo, tamb
ién, me había ayudado
poderosamente á triunfar. Si no había podido oculta
rme su belleza, me
había manifestado su alma, y la mía se había reconc
entrado, pequeña
desgracia sin duda para la millonaria joven, pero v
erdadera, dicha para
mí.

Entretanto, hice un viaje á París donde me llamaban
los intereses de la
señora de Laroque y los míos. Volví hace dos días y
al llegar al
castillo, se me dijo que el anciano señor Laroque m
e llamaba con
insistencia desde por la mañana. Pasé inmediatament
e á su departamento.
Desde que me divisó, una pálida sonrisa vagó por su
s ajadas mejillas,
detuvo sobre mí una mirada en la que creí ver una e
xpresión de maligna
alegría y de secreto triunfo, diciéndome luego con
voz sorda y
cavernosa.

--Señor, el señor de Saint-Cast ha muerto.

Esta noticia que aquel singular anciano había queri
do darme él mismo,
era exacta. En la noche precedente, el pobre genera
l de Saint-Cast había
sido atacado de una fuerte aplopegía, y una hora de
spués era arrebatado
á la existencia opulenta y deliciosa, que debía á s
u señora. Conocido
apenas el suceso en el castillo, la señora de Aubry
se había hecho
transportar en seguida á casa de su amiga, y estas
dos compañeras, nos
dijo el doctor Desmarest, habían conferenciado sobr

e la muerte, la
rapidez de sus golpes, la imposibilidad de preverlo
s ó de garantizarse
contra ellos, la inutilidad de los pesares que á na
die resucitan, sobre
el tiempo que todo lo consuela, acabando por una le
tanía de ideas
originales y picantes. Después de lo cual habiéndos
e sentado á la mesa
habían recobrado fuerzas muy tranquilamente.

--Vamos, coma usted, señora; es menester sustentars
e, Dios lo quiere
así--decía la señora de Aubry.

A los postres, la señora de Saint-Cast hizo subir u
na botella de un
vinillo de España que el pobre general adoraba, en
consideración á lo
cual suplicaba á la señora Aubry lo probara. Rehusa
ndo obstinadamente la
señora de Aubry á probarlo sola, la señora de Saint
-Cast se había dejado
persuadir que Dios quería que también ella bebiese
un poco de vino de
España con un bizcochito. No se brindó por la salud
del general.

Ayer por la mañana, la señora de Laroque y su hija,
estrictamente
vestidas de luto, montaron en carruaje: yo tomé un
lugar á su lado. A
las diez nos hallábamos en la pequeña ciudad vecina
. Mientras yo asistía
á los funerales del general, las señoras se reunían
con la señora de
Aubry para formar alrededor de la viuda el círculo
de costumbre. Acabada
la triste ceremonia, volví á la casa mortuoria y fu
í introducido con
algunos amigos íntimos en el célebre salón cuyo mue
blaje cuesta quince

mil francos. En el centro de una fúnebre media luz, distinguí sobre un canapé de mil doscientos francos, la sombra inconso- lable de la señora de Saint-Cast, envuelta en amplios crespones, cuyo pre- cio no tardaremos en conocer. A su lado se hallaba la señora de Aubry pr- esentando la imagen de la más intensa postración física y moral. Una me- dia docena de parientas y de amigas completaban aquel grupo dolor- oso. Mientras nosotros nos colocábamos en fila á la otra extremid- ad del salón, hubo algún ruido de refregones de pie y algunos crujidos del pavimento; luego un melancólico silencio reinó de nuevo en el fúnebr- e recinto. De tiempo en tiempo solamente, se elevaba del canapé un suspi- ro lamentable que la señora de Aubry repetía como un eco fiel. En fin ap- areció un joven que se había retardado un poco en la calle tomándose ti- empo para acabar un cigarro que había encendido al salir del cementerio . Se deslizaba discretamente en nuestras filas, cuando la señora d- e Saint-Cast lo notó.

--¿Es usted, Arturo?--dijo con una voz semejante á un soplo.

--Sí, mi tía--dijo el joven, avanzando como centine- la al frente de nuestra línea.

--¿Se acabó todo?--respondió la viuda con el mismo tono quejumbroso y lánguido.

--Sí, mi tía--respondió con acento breve y delibera- do el joven Arturo,

que parece un mozo bastante satisfecho de sí mismo.

Hubo una pausa; en seguida la señora de Saint-Cast sacó del fondo de su alma expirante esta nueva serie de preguntas:

--¿Estuvo bueno?

--Muy bueno, tía, muy bueno.

--¿Mucha gente?

--Toda la ciudad, mi tía, toda la ciudad.

--¿Las tropas?

--Sí, mi tía; toda la guarnición con la música.

La señora de Saint-Cast hizo oír un gemido y agregó:

--¿Y los bomberos?

--Los bomberos también, mi tía, sin duda alguna.

Ignoro lo que este último detalle podría tener de particularmente desgarrador para el corazón de la señora de Saint-Cast, pero no pudo resistir á él; un desmayo súbito, acompañado de un vahido infantil llamó á su alrededor todos los recursos de la sensibilidad femenil y nos proporcionó la ocasión de retirarnos. Yo por mi parte no tuvo reparo en aprovecharme de ella. Me era insoportable ver aquella ridícula furia ejecutar sus hipócritas farsas sobre la tumba del hombre débil, pero bueno y leal, cuya vida había emponzoñado y muy indudablemente

acortado.

Más tarde, la señora de Laroque me propuso la acompañara á la alquería de Langoat, que está situada cinco ó seis leguas más lejos, en dirección á la costa. Tenía la intención de ir á comer allí con su hija. La arrendataria, que había sido nodriza de la señorita Margarita, estaba enferma y proyectaban hacía largo tiempo darle este testimonio de interés. Partimos á las dos de la tarde. Era uno de los más ardientes días de verano. Las dos portezuelas abiertas dejaban entrar en el carruaje los espesos y abrasadores efluvios que un tórrido cielo vertía á torrentes sobre los secos arenales.

La conversación se resintió de la languidez de nuestros espíritus. La señora de Laroque que se creía en el paraíso, se había por fin desembarazado de sus pieles y permanecía sumergida en un dulce éxtasis. La señorita Margarita manejaba el abanico con una gravedad española. En tanto que subíamos lentamente las interminables cuevas de este país, veíamos hormiguesear sobre las calcinadas rocas legiones de pequeños lagartos con sus plateadas corazas, y oíamos el chirrido continuo de las aliagas que abrían al sol sus maduras frutas.

En medio de una de estas laboriosas ascensiones una voz gritó repentinamente desde el borde del camino:--¡Deténganse si me hacen el favor! Al mismo tiempo una muchachota con las piernas desnudas, una

rueca en la mano y llevando el antiguo vestido del país y la cofia ducal de las paisanas de esa región, franqueó rápidamente el foso; espantó, al pasar, algunos carneros, cuya pastora parecía, y vino á plantarse con cierta gracia sobre el estribo, presentándonos en el cuadro de la portezuela su fisonomía bronceada, resuelta y sonriente.

--Excúsenme, señoras--dijo con el tono breve y melodioso que caracteriza el acento de la gente del país--¿me harían el placer de leerme esto?--y sacó de su corpiño una carta plegada á la antigua.

--Lea usted, señor--me dijo sonriendo la señora de Laroque y alto si es posible.

Tomé la carta, que era un billete de amor. Estaba dirigido con mucha minuciosidad á la señorita Cristina Oyadec en la Villa de... comuna de... granja de... La escritura era de mano muy inculta, pero que parecía sincera. La fecha anunciaba que la señorita Cristina había recibido aquella misiva dos ó tres semanas antes: al parecer, la pobre joven, no sabiendo leer y no queriendo confiar su secreto á la malignidad de los que la rodeaban, había esperado que algún pasajero á la vez benévolo y letrado, viniera á darle la clave de aquel misterio que le quemaba el seno hacía quince días. Sus ojos azules, ampliamente rasgados, fijábanse sobre mí con un aire de contento inexplicable, en tanto que yo descifraba penosamente las líneas obli

cuas de la carta que
estaba concebida en estos términos: Señorita: ésta
tiene por objeto
decirle que desde el día en que nos hablamos en el
arenal después de
vísperas, mis intenciones no han cambiado y que me
desespero por saber
las tuyas; mi corazón, señorita, es todo tuyo, como
deseo que el de
usted sea todo mío, y si esto sucede, puede estar s
egura y muy cierta,
que no habrá alma viviente más dichosa, ni en el Ci
elo ni en la tierra,
que la de su amigo que no firma, pero que usted sab
e quién es, señorita.

--¿Usted sabe quién es, señorita Cristina?--pregunt
éla al devolverle la
carta.

--Es muy probable--dijo, mostrándonos sus blancos d
ientes y sacudiendo
gravemente su femenino cabeza, iluminada por la feli
cidad.--¡Gracias,
señoras y señor!--saltó del estribo y muy luego des
apareció en la selva,
elevando hacia el Cielo las notas alegres y sonoras
de alguna canción
bretona.

La señora de Laroque había seguido con un encanto m
anifiesto todos los
detalles de aquella escena pastoril, que acariciaba
deliciosamente sus
quimeras; sonreía y soñaba ante aquella afortunada
niña de desnudos
pies, estaba encantada. Cuando la señorita Oyadec s
e hubo perdido de
vista, una idea extraña se ofreció repentina al pen
samiento de la señora
de Laroque: era que, después de todo, no hubiera he
cho mal en dar,

además de su admiración, una pieza de cinco francos á la pastora.

--¡Alain!--exclamó--¡llámela!

--¿Para qué, madre mía?--dijo vivamente la señorita Margarita, que hasta entonces no había parecido prestar atención alguna al incidente.

--Pero, hija mía, no puede ser que esa niña no comprenda bien todo el placer que yo tendría y que debe tener ella en correr con los pies desnudos sobre el polvo, y creo conveniente por lo que pueda suceder, dejarle un pequeño recuerdo.

--¡Dinero!--respondió la señorita Margarita;--¡oh! madre mía, no haga usted eso. ¡No mezcle el dinero en la dicha de esa niña!

La expresión de este refinado sentimiento que, entre paréntesis, la pobre Cristina es probable no hubiera apreciado del todo, no dejó de asombrarme en boca de la señorita Margarita, que no peca en general de ese puritanismo. Hasta creí que se burlaba, aun cuando su fisonomía no indicara ninguna disposición á la jovialidad. Sea lo que sea, broma ó no, fué tomada muy á lo serio por su madre y se decidió con entusiasmo á dejar á aquel idilio su inocencia y sus pies desnudos.

Después de este bello rasgo, la señora de Laroque, evidentemente muy contenta de sí misma, volvió á caer en éxtasis sonriendo, y la señorita

Margarita continuó de nuevo manejando el abanico con más gravedad. Una hora después llegábamos al término de nuestro viaje. Como la mayor parte de los cortijos de este país, donde las alturas y las mesetas están cubiertas de áridos arenales, la granja de Langot está situada en el hueco de un valle atravesado por un riachuelo. La arrendataria, que se hallaba mejor, se ocupó sin retardo de los preparativos de la comida, cuyos principales elementos habíamos tenido cuidado de llevar. Nos fué servida sobre el césped de una pradera, á la sombra de un enorme castaño. La señora de Laroque, instalada sobre uno de los cojines del carruaje en una actitud sumamente incómoda, no parecía por eso menos contenta. Nuestra reunión, decía le recordaba esos grupos de segadores que suelen verse en verano, oprimiéndose al abrigo de los cercados y cuyos rústicos banquetes nunca había podido contemplar sin envidia. En cuanto á mí, es probable que en otros tiempos hubiera hallado una dulzura singular en la estrecha y fácil intimidad que esta comida sobre el césped, como todas las escenas de este mismo género, establecen siempre entre los convidados; pero alejaba, con un penoso sentimiento de violencia, este encanto demasiado sujeto al arrepentimiento, y el pan de fugitiva fraternidad me parecía amargo.

Cuando acabamos de comer:--¿Ha subido usted alguna vez allá arriba?--me dijo la señora de Laroque designando la cumbre de una colina muy elevada

que domina la pradera.

--No, señora.

--Ha hecho usted muy mal. Vese desde allí un magnífico horizonte. En tanto que se pone el tiro, Margarita puede acompañarle, ¿no es así Margarita?

--¿Yo, madre mía? No he ido sino una vez y hace largo tiempo... pero hallaré el camino. Venga, señor, y prepárese para una ruda ascensión.

Comenzamos en el momento á subir una escarpadísima senda que serpenteaba sobre el flanco de la montaña, atravesando aquí y allá algún bosquecillo. La joven se detenía de tiempo en tiempo en su rápida y ligera ascensión para mirar si la seguía, y un poco jadeante de su carrera me sonreía sin hablar.

Llegado que hubimos al desnudo arenal que formaba la meseta, observé á alguna distancia una iglesia de aldea cuyo campanario dibujaba en el cielo sus vivos contornos.

--Aquí es--me dijo la joven conductora, acelerando el paso.

Detrás de la iglesia había un cementerio cercado de pared. Abrió la puerta y se dirigió penosamente á través de las altas hierbas y de las zarzas extendidas, especie de gradas en forma de hemiciclo que ocupaban su extremidad. Dos ó tres escalones separados por el tiempo y muy

singularmente adornados por macizas esferas, conduc
en á una estrecha
plataforma levantada al nivel del muro; una cruz de
granito se levanta
en el centro. Apenas llegó la señorita Margarita á
la plataforma y
arrojó una mirada en el espacio que se abrió entonc
es ante ella, cuando
la vi colocar oblicuamente la mano sobre sus ojos,
como si sintiese un
súbito desvanecimiento. Apresuréme á llegar á su la
do. Este bello día al
aproximarse á su fin alumbraba con sus últimos resp
landores una escena
grande, asombrosa y sublime, que jamás olvidaré. Fr
ente á nosotros y á
una inmensa profundidad de la plataforma, se extend
ía hasta perderse de
vista, una especie de pantano sembrado de placas lu
minosas y que ofrecía
el aspecto de una tierra abandonada por el reflujo
de un diluvio. La
ancha bahía avanzaba bajo nuestros pies hasta la ba
se de las sesgadas
montañas. Sobre los bancos de arena y de fango, una
vegetación confusa
de cañas y de hierbas marinas, se teñía de mil mati
ces igualmente
sombrios y sin embargo distintos, que contrastaban
con la brillante
superficie de las aguas. A cada uno de sus rápidos
pasos hacia el
horizonte, el sol iluminaba ó sumergía en la sombra
alguno de los
numerosos lagos que salpicaban aquel golfo medio se
co; parecía sacar
sucesivamente de su celeste tesoro las más preciosa
s materias, la plata,
el oro, el rubí y el diamante, para hacerlas relumb
rar sobre cada punto
de aquella magnífica llanura. Cuando el astro tocó
al término de su

carrera, una banda vaporosa y ondeada que bordaba á lo lejos el límite del extremo de los pantanos, purpureóse de repente con la luz del incendio y guardó por un momento la irradiada transparencia de una nube surcada por el rayo; hallábame entregado todo enteramente á la contemplación de este cuadro verdaderamente sellado por la grandeza divina, y que atravesaba como un rayo más el recuerdo de César, cuando una voz baja como oprimida murmuró cerca de mí:--¡Dios mío, esto es magnífico!

Muy lejos estaba yo de esperar de mi joven compañera esta efusión simpática. Me volví hacia ella con la prontitud de una sorpresa que no disminuyó cuando la alteración de sus facciones y el ligero temblor de sus labios, me manifestaron la sinceridad profunda de su admiración.

--¿Confiesa usted que esto es bello?--le dije.

Ella sacudió la cabeza; pero en el mismo instante dos lágrimas destacábanse lentamente de sus grandes ojos: sintió las correr sobre sus mejillas; hizo un gesto de despecho, luego arrojándose repentinamente sobre la cruz de granito, cuya base le servía de pedestal, abrazóla con sus dos manos, apoyó fuertemente su cabeza contra la piedra, y la oí sollozar convulsivamente.

No creí deber turbar con ninguna palabra el curso de aquella súbita emoción, y alejéme algunos pasos con respeto. Después de un momento,

viéndola levantar la frente y con mano distraída ar
reglar sus sueltos
cabellos, me aproximé á ella.

--¡Qué avergonzada estoy!--murmuró.

--Esté usted más bien gozosa y renuncie, créamelo,
á secar la fuente de
esas lágrimas, porque es sagrada. Jamás las sacará
usted de otra parte.

--Es preciso--exclamó la joven con una especie de v
iolencia.--Además ya
no tiene remedio. Este acceso no ha sido sino una s
orpresa... Todo lo
que es bello y todo lo que es amable... quiero odia
rlo y lo odio.

--¿Y por qué? gran Dios.

Miróme á la cara y agregó con un gesto de dignidad
y de dolor indecible:

--Porque soy bella y no puedo ser amada.

Entonces como un torrente largo tiempo contenido qu
e rompe en fin sus
diques, continuó con un arrebató extraordinario:

--Es verdad, sin embargo--y deponía su mano sobre s
u palpitante
pecho.--Dios había puesto en este corazón todos los
tesoros de que me
burlo, de que blasfemo á cada hora del día. Pero cu
ando me ha castigado
con la riqueza, ¡ah, me ha quitado con una mano lo
que me prodigaba con
la otra! ¿Para qué me sirve la belleza, para qué el
desinterés, la
ternura y el entusiasmo en que me siento consumida?
¡Ah! no es á estos
encantos á los que se dirigen los homenajes de tant

os viles que me
importunan. Lo adivino, lo sé, lo sé demasiado. Y si
alguna vez una alma
desinteresada, generosa, heroica, me amara por lo que
soy, no por lo
que tengo, ¡yo no lo sabría, no lo creería! La desconfianza
siempre...
Ved ahí mi dolor y mi suplicio. Por esto estoy resuelta...
no amaré
jamás; jamás me arriesgaré á confiar á un corazón vil,
indigno y venal
la pura pasión que abrasa el mío. Mi alma morirá virgen
en mi seno...
Estoy resignada á ello; pero todo lo que es bello,
todo lo que hace
pensar, todo lo que me habla de los Cielos prohibidos,
todo lo que agita
en mí estas llamas inútiles, lo aparto, lo odio, no
quiero nada de él.

Detúvose temblorosa de emoción; en seguida, con una
voz más baja,
continuó:

--Señor, no he buscado este momento... no he calculado
mis palabras...
no le había destinado toda esta confianza; pero en fin,
he hablado;
usted lo sabe todo, y si alguna vez he podido herir su
sensibilidad,
creo que ahora me lo perdonará.

Tendióme su mano. Cuando mis labios se posaron sobre
aquella mano aún
tibia y húmeda por las lágrimas, me pareció que una
languidez mortal
corría por mis venas. Margarita volvió la cabeza, arrojó
una mirada
sobre el sombrío horizonte; luego, descendiendo lentamente
las gradas:--Partamos, dijo.

Un camino más largo, pero más fácil, que la pendiente escarpada de la montaña, nos llevó al patio de la granja, sin que una sola palabra se hubiera pronunciado entre nosotros. ¡Ay, que podría decir! Yo era más sospechoso que nadie. Sentía que cada palabra escapada de mi corazón, demasiado lleno, no hubiera hecho sino aumentar más y más la distancia que me separa de aquella alma tempestuosa y adorable.

La noche entraba ya, ocultaba las huellas de nuestra común emoción. Partimos. La señora de Laroque después de haberme expresado el contento que dejaba en ella aquel día, púsose á dormitar. La señorita Margarita, invisible é inmóvil en la espesa sombra del carruaje, parecía adormecida como su madre: pero cuando alguna vuelta del camino dejaba caer sobre ella un rayo de pálida claridad, sus ojos abiertos y fijos manifestaban que velaba silenciosamente, frente á frente con su inconsolable pensamiento. En cuanto á mí, apenas puedo decir que pensaba; una extrema sensación, mezcla de una alegría profunda y de una profunda amargura, había invadido todo mi ser, y me abandonaba á ella, como suele uno abandonarse á un sueño, del que tiene conciencia, pero no fuerza para sacudir su encanto.

Llegamos á media noche. Descendí del carruaje á la entrada de la avenida para llegar á mi habitación, atravesando el parque por el camino más corto. Al entrar en una obscura alameda, un débil r

uido de pasos y de
voces hirió mi oído y distinguí vagamente dos sombras en las tinieblas.
La hora era bastante avanzada para justificar la precaución que tomé de permanecer oculto en la espesura de un bosque y observar aquellos nocturnos rondadores. Pasaron lentamente delante de mí: reconocí á la señorita Helouin apoyada en el brazo del señor de Bevallan. En el mismo instante el ruido del carruaje los puso en alarma, y después de un apretón de mano, se separaron apresuradamente, marcando la señorita en dirección al castillo y el señor de Bevallan por la parte de los bosques; habiendo entrado en mi habitación y estando aún preocupado con este encuentro, me preguntaba con cólera si dejaría al señor de Bevallan proseguir libremente sus amores por partida doble, y buscar al mismo tiempo y en la misma casa, una novia y una querida. Seguramente soy muy de mi edad y de mi tiempo para sentir contra ciertas debilidades el odio vigoroso de un puritano, y no tengo tampoco la hipocresía de afectarlo; pero pienso que la inmoralidad más libre y más relajada desde este punto de vista admite aún algunos grados de dignidad, de elevación y de delicadeza. Puede marcharse más ó menos rectamente por estos extraviados caminos. Antes que todo, la excusa del amor es amar, pero la profusión venal de las ternuras del señor de Bevallan excluye toda apariencia de arrebató y de pasión. Tales amores no son ni aun faltas, pues no tienen el valor moral de tales, no son sino

cálculos y apuestas
de chalán embrutecido. Los diferentes incidentes de
este día reuniéndose
en mi espíritu acababan de probarme hasta qué punto
era indigno de la
mano y del corazón que osaba ambicionar. Esta unión
sería monstruosa, y
sin embargo, pronto comprendí que no podía usar par
a romper su intento
de las armas que la casualidad acababa de proporcio
narme. El mejor fin
no podría justificar los medios bajos, y no hay del
ación honorable.
¡Este casamiento se efectuará, pues! ¡El Cielo deja
rá caer una de las
más nobles criaturas que haya formado, en los brazo
s de este frío
libertino! ¡Sufrirá esta profanación! ¡Ay, sufre ta
ntas! Luego, trataba
de explicarme por qué extravío de la falsa razón es
ta joven había
escogido entre todos á este hombre. Creo adivinarlo
. El señor de
Bevallan es muy rico, debe traer una fortuna casi i
gual á la suya, esto
parece ser una especie de garantía; él podría pasar
se sin este aumento
de riqueza: se le presume más desinteresado porque
es menos necesitado.
¡Triste argumento! ¡Enorme engaño es medir por el g
rado de la fortuna,
el grado de venalidad de los caracteres! Las tres c
uartas partes del
tiempo, la avidez se hincha con la opulencia, ¡y lo
s más mendigos no son
los más pobres!

¿No había, sin embargo, ahora alguna apariencia de
que la señorita
Margarita pudiera por sí sola abrir los ojos sobre
la indignidad de su
elección y hallar en alguna inspiración secreta de

su propio corazón el
consejo, que me era prohibido sugerirle? ¿No podía
levantarse
repentinamente en aquel corazón un sentimiento nuev
o, inesperado, que de
un soplo redujera á la nada las vanas resoluciones
de la razón? ¿Este
mismo sentimiento no había nacido ya, y no había re
cogido yo
irrecusables testimonios de él? Tantos caprichos ex
travagantes, tantas
dudas, combates y lágrimas de que desde algún tiemp
o había sido el
objeto ó el testigo, denunciaban, sin duda, una raz
ón vacilante y poco
dueña de sí misma. No era tan novicio en la vida pa
ra ignorar que una
escena como aquella de que la casualidad me había h
echo en esa noche
misma el confidente y casi el cómplice, por poco pr
emeditada que sea no
estalla jamás en una atmósfera de indiferencia. Tal
es emociones, tales
sacudimientos suponen dos almas alteradas ya por un
a tempestad común, ó
que van á serlo.

Pero si era verdad, si me amaba, como era demasiado
cierto que yo la
amaba á ella, podía decir de este amor lo que ella
de su belleza:--¿Para
qué me sirve?--pues no podía esperar que tuviera ja
más bastante fuerza
para triunfar de la eterna desconfianza, que es el
error y la virtud de
esta noble niña; desconfianza cuyo ultraje rechaza
mi carácter, pero que
mi situación más que la de otro alguno es á propósi
to para inspirarla.
Entre estas terribles dudas y la reserva más grande
aún, que ellas me
exigen ¿qué milagro podría colmar el abismo?

Y en fin, si aun interviniendo este milagro, se dignara ofrecerme esa mano por la que yo daría mi vida, pero que jamás pediría ¿sería dichosa nuestra unión? ¿No debería yo temer tarde ó temprano en aquella inquieta imaginación el sordo despertar de una mal sofocada desconfianza? ¿Podría evitarme yo mismo una cavilación penosa, en el seno de una riqueza prestada? ¿Podría gozar, sin malestar, de un amor infestado por un beneficio? Nuestro papel de protección para con las mujeres, nos está impuesto tan formalmente por todos los sentimientos del honor, que no puede ser invertido un solo instante, ni aun de la manera más prohibida, sin que se esparza sobre nosotros no sé qué sombra de duda y de sospecha. A la verdad, la riqueza no es una ventaja tal que no pueda hallar en este mundo ninguna especie de compensación, y supongo que un hombre que lleva á su mujer, en cambio de algunos sacos de oro, un nombre que ha hecho ilustre, un mérito eminente, una gran posición, un porvenir, no debe hallarse ahogado por la gratitud; pero yo tengo las manos vacías, y no tengo más porvenir que el presente; de todas las ventajas que el mundo aprecia, una sola poseo: mi título, y me hallaría demasiado resuelto á no llevarlo para que no pudiera decirse que él era el premio de la compra; en pocas palabras, yo recibiría todo y no daría nada: un rey puede casarse con una pastora, esto es generoso y encantador y puede felicitársele con razón; pero un

pastor no puede
casarse con una reina, porque no tendría el mismo efecto.

He pasado la noche revolviendo todas estas cosas en
mi pobre cabeza,
buscándoles una conclusión, que busco aún. Puede ser
que debiera dejar
sin retardo esta casa y este país. La prudencia lo
querría así. Esto no
puede acabar bien. ¡Cuántos mortales pesares se evi-
tarían á menudo con
un solo instante de valor y decisión! Debería al me-
nos hallarme abrumado
de tristeza; jamás he tenido una ocasión tan bella.
¡Pues bien! ¡No
puedo!... En el fondo de mi trastornado y torturado
espíritu hay un
pensamiento que lo domina todo y que me llena de una
alegría
sobrehumana. Mi alma es libre como un pájaro del ci-
elo. Veo sin cesar y
veré siempre aquel pequeño cementerio, aquella mar
lejana, aquel inmenso
horizonte, y sobre la radiosa cumbre, aquel ángel de
belleza bañado en
lágrimas divinas. Siento aún su mano bajo mis labios;
siento sus
lágrimas en mis ojos, en mi corazón. ¡La amo!... ma-
ñana si es preciso
tomaré una resolución... ¡Hasta entonces, por Dios,
déjeseme en reposo!
¡Hace tanto tiempo que no hago uso de la dicha! ¡Es
probable que muera
de este amor: pero al menos quiero vivir en paz un
día entero!

26 de agosto.

Este día, único que imploraba, no me ha sido concedido. Mi debilidad no ha esperado mucho tiempo la expiación, que será larga. ¿Cómo lo había olvidado? En el orden moral, como en el físico, hay leyes que jamás quebrantamos impunemente, cuyos efectos forman en este mundo la intervención permanente de lo que se llama la Providencia. Un hombre débil y grande, escribiendo con mano casi loca el evangelio de un sabio, decía de las pasiones mismas que hicieron su miseria, su oprobio y su genio: «Todas son buenas cuando uno las domina, todas son malas cuando uno se deja dominar por ellas. Lo que nos prohíbe la naturaleza es extender nuestras afecciones más allá de nuestras fuerzas; lo que nos prohíbe la razón, es querer lo que no podemos obtener; lo que nos prohíbe la conciencia no es ser tentados, sino dejarnos vencer por las tentaciones. No depende de nosotros tener ó no tener pasiones, pero sí depende reinar sobre ellas. Todos los sentimientos que dominamos son legítimos; todos los que nos dominan son criminales ... No ligués tu corazón sino á la belleza que no perece; que tu condición limite tus deseos; que tus deberes vayan antes que tus pasiones; extiende la ley de la necesidad á las cosas morales; aprende á perder lo que puede ser arrebatado; aprende á dejarlo todo cuando la virtud lo ordene!» Sí, tal es la ley, yo la conocía; la he violado, y he sido castigado. Nada más justo.

Apenas había puesto el pie sobre la nube de este loco amor, cuando era violentamente precipitado de ella, y he recobrado después de cinco días, apenas, el valor necesario para trazar las circunstancias casi ridículas de mi caída. La señora de Laroque y su hija habían partido por la mañana para hacer una nueva visita á la señora de Saint-Cast y traer en seguida á la señora de Aubry. Hallé á la señorita Helouin sola en el castillo. Le llevaba un trimestre de su pensión; pues si bien por mis funciones soy, en general, completamente extraño al orden y disciplina interiores de la casa, las señoras han deseado, sin duda por miramientos á la señorita Carolina y á mí, que sus sueldos y los míos sean excepcionalmente pagados por mí mismo. La joven se hallaba en el pequeño gabinete contiguo al salón. Recibiíme con una dulzura pensativa, que me conmovió. Yo mismo sentía en aquel momento esa tranquilidad de corazón que dispone á la confianza y á la bondad. Resolví, echándolas de Quijote, tender una mano caritativa á aquella pobre abandonada.

--Señorita--le dije repentinamente--me ha retirado usted su amistad, pero la mía le ha quedado entera. ¿Me permite darle una prueba de ella?

Miróme, y murmuró un tímido sí.

--Sépalo, pobre hija mía: se pierde usted.

Levantóse bruscamente.

--¡Me vió la otra noche en el parque!--exclamó.

--Sí, señorita.

--¡Dios mío!--dijo dando un paso hacia mí.--Señor M
áximo, le juro que
soy honrada.

--Lo creo, señorita; pero debo decirle que en esa h
istorieta, muy
inocente sin duda de parte suya, pero que probablen
ente lo será menos de
la otra, aventura usted muy gravemente su reputació
n y su reposo.
Suplícole que lo reflexione, y al mismo tiempo, que
esté muy segura de
que nadie sino usted oirá jamás una palabra de mi b
oca sobre este
asunto.

Iba á retirarme: ella cayó de rodillas cerca, de un
canapé, y estalló en
sollozos, con la frente apoyada sobre mi mano que h
abía cogido. Yo había
visto correr, hacía poco tiempo, lágrimas más bella
s y más dignas; sin
embargo, me hallaba conmovido.

--Veamos, mi querida señorita--le dije,--aún no es
tarde, ¿es cierto?

Ella sacudió con fuerza la cabeza.

--Pues bien, mi querida niña, tenga valor. Nosotros
la salvaremos. ¿Qué
puedo hacer por usted? Veamos. ¿Hay en poder de ese
hombre alguna prenda
ó alguna carta, que pueda reclamarle de parte de us
ted? Disponga de mí
como de un hermano.

Dejó mi mano con cólera.--¡Ah, qué duro es usted!--
me dijo--habla de
salvarme y es usted quien me pierde. Después de haber fingido amarme, me
rechaza usted... me ha humillado, desesperado... ¡Usted es la única
causa de lo que sucede!

--Señorita, no es usted justa; jamás he fingido amarla; he sentido por
usted una afección muy sincera que le profeso aún. Confieso que su
belleza, su ingenio y sus talentos le dan un perfecto derecho á esperar
de los que viven cerca de usted algo más que una fraternal amistad;
pero mi situación en el mundo, los deberes de familia que me están
impuestos, no me permitían ultrapasar esta medida para con usted sin
faltar completamente á la probidad. Le digo francamente, que la hallo
encantadora y le aseguro que manteniendo mis sentimientos hacia usted en
el límite que la lealtad me lo exigía, no he dejado de contraer un gran
mérito. No veo en esto nada de muy humillante para usted; lo que podría
humillarla con muy justo título, señorita, es verse amada por un hombre
muy resuelto á no casarse con usted.

Arrojóme una mirada diabólica.--¿Qué sabe usted de eso?--dijo.--No todos
los hombres son corredores de fortuna.

--¡Ah! ¿será usted acaso una perversa, señorita Helouin?--le dije con
mucha calma.--Siendo eso así, tengo el honor de saludarla...

--¡Señor Máximo!--exclamó precipitándose repentinamente

ente para
detenerme.--¡Perdóneme! ¡Tenga piedad de mí!... com
préndame... ¡Soy tan
desgraciada!... ¡Figúrese lo que puede ser el pensa
miento de una pobre
criatura como yo, á quien se ha tenido la crueldad
de darle un corazón,
un alma y una inteligencia... y que no puede usar d
e todo esto sino para
sufrir... y para odiar! ¿Cuál es mi vida?... ¿Cuál
es mi porvenir?...

Mi vida es el sentimiento de mi pobreza, exaltado s
in cesar por los
refinamientos del lujo, que me rodea... ¡Mi porveni
r será sentir, llorar
amargamente algún día esta misma vida, esta vida de
esclava por odiosa,
que ella sea!... Habla usted de mi juventud, de mi
ingenio, de mi
talento... ¡Ah! Yo querría no haber tenido otro tal
ento que romper
piedras por las calles... ¡Sería más dichosa!... ¡M
is talentos! ¿y habré
pasado el mejor tiempo de mi vida en adornar con el
los á otra mujer,
para que sea más bella, más adorada y más insolente
aún?... Y cuando lo
más puro de mi sangre, haya pasado á las venas de e
sa muñeca, ella
saldrá de aquí apoyada en el brazo de un esposo fel
iz á tomar parte en
las más bellas fiestas de la vida, en tanto que yo,
sola, vieja y
abandonada iré á morir en algún rincón, con una pen
sión de doncella...

¿Qué es lo que he hecho al Cielo para merecer este
destino? Veamos. ¿Por
qué no he de ser feliz como esas mujeres? ¿No valgo
tanto como ellas? Si
soy tan mala, es porque la desgracia me ha ulcerado
, es porque la
injusticia me ha ennegrecido el alma... Yo nací tan

dispuesta como
ellas, más acaso, para ser buena, amante y caritati
va... ¡Oh! ¡Dios mío,
los beneficios cuestan poco, cuando uno es rico, y
la benevolencia es
fácil á los dichosos! ¡Si yo estuviera en su lugar,
y ellas en el mío,
me odiarían, como yo las odio! ¡Nadie ama á sus amo
s! ¡Ah! esto es
horrible, ¿no es verdad? Yo también lo sé y eso es
lo que me anonada...
Siento mi abyección, me sonrojo de ella... ¡y la co
nservo! ¡Ay! Va usted
á despreciarme ahora más que nunca, señor... ¡Usted
, á quien habría
amado tanto, si me lo hubiera permitido! Usted, que
podría volverme todo
lo que he perdido, la esperanza, la paz, la bondad,
la estimación de mi
misma... ¡Ah! hubo un momento en que me creí salvad
a... en que tuve por
la primera vez un pensamiento de dicha, de porvenir
, de orgullo...
¡Desgraciada!

Habíase apoderado de mis dos manos; sumergió en ell
as la cabeza, en
medio de sus largos y flotantes rizos, llorando des
esperadamente.

--Mi querida niña--le dije,--comprendo mejor que na
die los pesares y las
amarguras de su situación; pero permítame decirle q
ue los aumenta mucho,
nutriendo en su corazón los tristes sentimientos qu
e acaba de
expresarme. Todo eso es muy feo, no se lo oculto, y
acabará por merecer
todo el rigor de su destino; pero veamos, su imagin
ación exagera
singularmente ese rigor. En cuanto al presente, ust
ed es tratada aquí,

diga lo que quiera, como una amiga, y en el porvenir, no veo nada que impida que también salga de esta casa apoyada en el brazo de un esposo feliz. Por mi parte, estaré toda mi vida reconocido á su afección; pero quiero decirle otra vez más, para acabar con este asunto: tengo deberes sagrados que llenar, y no quiero, ni puedo casarme.

Miróme repentinamente.--¿Ni aun con Margarita?--dijo.

--No veo lo que aquí significa el nombre de la señorita Margarita.

Rechazó con una mano los cabellos que inundaban su fisonomía y tendiendo la otra hacia mí, con gesto amenazador.--Usted la ama--dijo con voz sorda,--ó más bien ama su dote; pero no la obtendrá.

--¡Señorita Helouin!

--¡Ah!--respondió--es usted demasiado niño si creyó abusar de una mujer que tenía la locura de amarle. Leo claramente sus maniobras, créame. Por otra parte, sé quién es usted... No estaba lejos cuando la señorita de Porhoet transmitió á la señora de Laroque vuestra política confidencia...

--¡Cómo! ¿Usted escucha á las puertas, señorita?

--No me cuido de sus ultrajes... Por otra parte, me vengaré, y muy pronto... ¡Ah! es usted seguramente muy hábil, señor de Champcey y no

puedo menos de cumplimentarle... Representa admirablemente el papel de desinterés y de reserva, que su amigo Laubepin no habrá dejado de recomendarle al enviarle aquí... Él sabía con quién tendría que entenderse. Conocía demasiado la ridícula manía de esta muchacha. Cree usted tener ya su presa ¿no es verdad? Los bellos millones, cuya fuente es más ó menos pura, según se dice, pero que serían sin embargo muy á propósito para restaurar un marquesado y volver á dorar un escudo... Pues bien. Desde este momento puede renunciar á ellos. Porque le juro que no conservará usted un día más su máscara, vea aquí la mano que se la arrancará.

--Señorita Helouin, es tiempo de poner fin á esta escena, porque ya raya en melodrama. Me ha hecho usted una buena jugada para prevenirme sobre el terreno de la delación y de la calumnia; pero puede descender á él en plena seguridad, pues le doy mi palabra de no imitarla. Después de esto, soy su servidor.

Dejé aquella infortunada criatura con un profundo sentimiento de disgusto, pero también de piedad.

Aunque haya sospechado siempre que la organización mejor dotada, debe irritarse y torcerse, en proporción á sus dones, en contrándose en la situación equívoca y mortificante, que ocupa la señorita Helouin, nunca mi imaginación hubiera podido sondear hasta el fondo, el abismo lleno de

hiel que acaba de abrirse ante mis ojos. Ciertamente, cuando se piensa en ello, no puede concebirse género de existencia, que someta un alma á más envenenadas tentaciones, ni que sea más capaz de desenvolver y de aguzar en el corazón las concupiscencias de la envidia, de sublevar á cada instante las convulsiones del orgullo, de exasperar todas las vanidades y todos los celos naturales en la mujer. Es indudable que el mayor número de desgraciadas criaturas á quienes sus necesidades y talentos, obligan á profesar este empleo, tan honorable en sí, no escapan sino por la moderación de sus sentimientos, con la ayuda de Dios, ó por la firmeza de sus principios, á las deplorables agitaciones de que no había podido garantirse la señorita Helouin; pero la prueba es temible. Algunas veces se me había ocurrido el pensamiento de que mi hermana podría hallarse destinada por nuestras desgracias á entrar en alguna familia rica en calidad de preceptora: hice entonces juramento, sea cual fuere el porvenir que nos estuviera reservado, de dividir con Elena la más pobre boardilla, el pan más amargo del trabajo, antes que dejarla sentarse al festín envenenado de esa opulenta y odiosa servidumbre.

Entretanto, si tenía la firme determinación de dejar el campo libre á la señorita Helouin y de no entrar por ningún precio en las recriminaciones de una lucha degradante, no podía contemplar sin inquietud las

consecuencias probables de la guerra desleal que acababa de declararme. Estaba evidentemente amenazado en lo que tengo de más sensible, en mi amor y en mi honor. Dueña del secreto de mi vida, y del secreto de mi corazón, mezclando, con la pérfida habilidad de su sexo, la verdad y la mentira, la señorita Helouin podía fácilmente presentar mi conducta bajo un aspecto sospechoso, volver contra mí hasta las precauciones y los escrúpulos de mi delicadeza, y presentar mis acciones más inocentes bajo el color de una intriga meditada. Me era imposible saber con precisión qué giro daría á su malevolencia, pero la conocía lo bastante para estar seguro que no se engañaría en la elección de los medios. Conocía mejor que nadie los puntos débiles de las imaginaciones que se trataba de herir. Poseía sobre el espíritu de la señorita Margarita y sobre el de su madre, el imperio natural del disimulo sobre el candor; gozaba cerca de ellas de toda la confianza que nace de un largo hábito y de una intimidad cotidiana y sus _amas_, para emplear su lenguaje, no podrían sospechar bajo las exterioridades de graciosa jovialidad y de obsequioso agasajo, de que se rodea con un arte consumado, el frenesí de orgullo y de ingratitud que roe á aquella alma miserable. Era demasiado verosímil que una mano tan segura y tan sabia vertería sus venenos con éxito completo en corazones así preparados. A la verdad, la señorita Helouin podía temer, cediendo á su resentimiento, volver á colocar la mano de la

señorita Margarita en la del señor Bevallan y apresurar su casamiento, que sería la ruina de su propia ambición; pero yo sabía que el odio de una mujer no calcula nada y que se atreve á todo. Esperaba, pues, de su parte, la más pronta y la más ciega de las venganzas, y tenía razón.

Pasé en una penosa ansiedad las horas que había destinado á más dulces pensamientos. Todo lo que la dependencia puede tener de más punzante para una conciencia recta, y el desprecio de más desgarrador para un corazón que ama, me oprimía en aquellos momentos. La adversidad en mis peores días no me sirvió jamás una tan rebosada copa. Traté, sin embargo, de trabajar como de costumbre. A eso de las cinco me trasladé al castillo. Las señoras habían vuelto al mediodía.

Hallé en el salón á la señorita Margarita, á la señora de Aubry y al señor Bevallan, con dos ó tres huéspedes transeuntes. La señorita Margarita pareció no apercibirse de mi presencia, y continuó conversando con el señor de Bevallan en un tono de animación, que no le es habitual. Se trataba de un baile improvisado, que debía tener lugar aquella misma noche en el castillo vecino. Ella debía concurrir con su madre, é instaba al señor de Bevallan, para que las acompañara: éste se excusaba alegando que había salido de su casa por la mañana, antes de haber recibido la invitación y que su *_toilette_* no era á propósito. La señorita Margarita, insistiendo con una coquetería afectuosa

y solícita de la que parecía sorprendido su mismo interlocutor, le dijo, que indudablemente tenía aún tiempo de ir á su casa, vestirse y volver á buscarlas. Se le aguardaría á comer. El señor de Bevallan objetó, que todos sus caballos de tiro estaban en el pajar, y que no podía volver á caballo en traje de baile. Entonces--repuso la señorita,--irá usted en la americana. Al mismo tiempo dirigió por primera vez sus ojos hacia mí, y lanzándome una mirada en que vi estallar el rayo:--Señor Odiot--dijo con una voz breve de mandato,--vaya á decir que preparen el carruaje.

Esta orden servil estaba tan fuera de la medida de las que acostumbraba dirigirme y de las que puede creérseme dispuesto á sufrir, que la atención y la curiosidad de los más indiferentes se despertó al instante. Hubo un embarazoso silencio: el señor de Bevallan arrojó una mirada de asombro sobre la señorita Margarita; luego me miró, tomó un aire grave y se levantó. Si se esperaba de mi parte alguna loca inspiración de cólera, gran decepción sufrieron. Ciertamente las insultantes palabras que acababan de caer sobre mí, de una boca tan bella, tan amada y tan bárbara, habían hecho penetrar el frío de la muerte hasta las fuentes más profundas de mi vida, y dudo que una lámina de acero, abriéndose paso á través de mi corazón, me hubiera causado una sensación más horrible; pero jamás me hallé tan tranquilo. El timbre de

que se sirve habitualmente la señora de Laroque para llamar á sus criados se hallaba á mi alcance sobre la mesa: apoyé el dedo en él. Un criado entró casi al momento.--Creo--le dije,--que la señorita Margarita tiene órdenes que darle.

A estas palabras que había escuchado con una especie de estupor, la joven hizo violentamente con la cabeza un signo negativo y despidió al criado. Tenía mucha prisa en salir de aquel salón en que me ahogaba; pero no pude retirarme ante la actitud provocativa que afectaba el señor de Bevallan.

--A fe mía--murmuró,--que es cosa bastante particular.

Fingí no oírlo. La señorita Margarita le dijo dos palabras bruscas en voz baja.--Me inclino, señorita--respondió entonces en tono más elevado:--séame permitido solamente expresar el pesar sincero que siento en no tener el derecho de intervenir en esto.

Levantéme al instante.--Señor de Bevallan--dije colocándome á dos pasos de él,--ese pesar es enteramente supérfluo, pues si no he creído deber obedecer las órdenes de la señorita, estoy enteramente á las vuestras, y voy á esperarlas.

--Muy bien, muy bien, señor; inmejorable--replicó el señor de Bevallan, agitando con gracia la mano para serenar á las mujeres.

Nos saludamos y salí.

Comí solitariamente en mi torre, servido como de costumbre por el viejo Alain, instruido sin duda por los rumores de antecámara de lo que había pasado, pues no cesó de clavarme miradas insinuantes, arrojando por intervalos profundos suspiros y observando contra su costumbre un taciturno silencio. Sólo interrogado por mí, me hizo saber que las señoras habían decidido no ir al baile aquella noche.

Terminada mi breve comida, ordené un poco mis papeles y escribí dos palabras al señor Laubepin. Para en todo caso le recomendaba á Elena. La idea del abandono en que la dejaría en caso de una desgracia, me laceraba el corazón, sin alterar en lo más mínimo mis inmutables principios. Puedo engañarme, pero he pensado siempre que el honor, en nuestra vida moderna, domina toda la jerarquía de los deberes. Suple hoy á tantas virtudes medio borradas en las conciencias, á tantas creencias casi muertas, juega en el estado de nuestra sociedad un papel tan tutelar, que jamás pasará por mi imaginación la idea de debilitar sus derechos, de discutir sus decretos ni de subordinar sus obligaciones. El honor, en su carácter indefinido, es alguna cosa superior á la ley y á la moral: no se le razona, se lo siente. Es una religión. Si no tenemos ya la locura de la cruz, conservemos la locura del honor.

Además, no hay sentimiento profundamente infiltrado
en el alma humana,
que si bien se medita, no sea sancionado por la razón. Es mejor, en todo
caso, una niña ó una mujer solas en el mundo, que p
rotegida por un
hermano ó por un marido deshonorado.

Esperaba de un momento á otro algún mensaje del señor de Bevallan.
Preparábame á pasar á la casa del preceptor de la villa, que es un
oficial joven, herido en Crimea, y pedirle su concurso, cuando llamaron
á mi puerta. El que entró fué el señor de Bevallan.
Su fisonomía
expresaba como un débil matiz de embarazo, una especie de bonhomía
franca y alegre.

--Señor--me dijo en tanto que yo le contemplaba con una sorpresa
bastante viva,--este paso le parecerá un poco irregular; pero por suerte
tengo una hoja de servicios, que á Dios gracias, pone mi valor al abrigo
de toda sospecha. Por otra parte, tengo motivo para sentir esta noche un
contento tal, que no deja lugar alguno en mi corazón para la hostilidad
ó el rencor. En fin, obedezco á órdenes, que deben serme más que nunca
sagradas. En resumen, vengo á tenderle la mano.

Saludéle con gravedad, y le tomé la mano.

--Ahora--agregó, sentándose--me hallo más desahogado para desempeñar mi
embajada. No ha mucho, señor, la señorita Margarita le ha dado en un
momento de distracción, algunas instrucciones, que no eran seguramente

del deber de usted. La susceptibilidad de usted se ha sublevado muy justamente, lo reconocemos, y las señoras me han en cargado le haga aceptar sus disculpas. Sentirían mucho que un error momentáneo les privara de sus buenos oficios, apreciados por ellas en todo su valor, y rompiera relaciones que consideran de un precio infinito. Por mi parte, señor, he adquirido esta noche con gran alegría, el derecho de unir mis instancias á las de aquellas señoras; los votos que desde hace largo tiempo hacía, acaban de ser aceptados, y le estaré personalmente reconocido si no mezcla á los recuerdos dichosos de esta noche, el de una separación que sería á la vez perjudicial y dolorosa á la familia en que tengo el honor de entrar.

--Señor, no puedo menos que ser muy sensible á los testimonios que me rinde en nombre de esas señoras y en el suyo. Pero me perdonará que no responda inmediatamente á ellos, por tratarse de una formal determinación que exige más libertad de espíritu de la que aún puedo gozar.

--Me permitirá al menos llevarles alguna esperanza. Veamos, señor; puesto que la ocasión se presenta, rompamos para siempre la sombra de hielo que ha existido hasta aquí entre los dos. Por mi parte, estoy muy dispuesto á ello. Desde luego, la señora de Laroque, sin desprenderse de un secreto que no le pertenece, no me ha dejado ignorar que las

circunstancias más honorables para usted se ocultan bajo la especie de misterio de que se rodea. Además, le debo un reconocimiento particular; sé que ha sido usted consultado á propósito de mis pretensiones á la mano de la señorita Laroque, y que puedo jactarme de su apreciación.

--¡Dios mío! señor, pienso no haber merecido...

--¡Oh! sé--replicó riendo--que no ha abundado en mi favor; pero en fin, no me ha perjudicado. Confieso también que me ha dado pruebas de una sagacidad real. Ha dicho que si la señorita Margarita no debía ser absolutamente dichosa conmigo, no sería tampoco desgraciada. Muy bien, el profeta Daniel no habría hablado con más verdad. Lo cierto es que esa niña querida no sería absolutamente dichosa con nadie, pues no hallaría en el mundo entero un marido que le hablara en verso desde por la mañana hasta la noche... ¡porque eso no se encuentra! Convengo que en este punto no soy de más calibre que otro cualquiera; pero, como me ha hecho el honor de decir, soy un hombre galante. Verdaderamente, cuando nos conozcamos mejor no lo dudará. No soy un diablo malo; soy un buen chico... ¡Dios mío!... tengo defectos... ¡los he tenido siempre!... he sido loco para las mujeres lindas... ¡eso no puedo negarlo! pero es esa precisamente la prueba de que uno tiene buen corazón. Por otra parte, véome ya en el puerto... y me felicito de ello, porque, entre nosotros, comenzaba á fatigarme. Por fin, no quiero pensar si

no en mi mujer y en
mis hijos. De lo que deduzco con usted, que Margari
ta será perfectamente
dichosa, es decir, tanto como puede serlo en este m
undo con una cabeza
como la suya: porque seré bien galante para ella, n
o le rehusaré nada, y
aun prevendré todos sus deseos. ¡Pero si me pide la
luna y las estrellas
no puedo ir á descolgarlas para serle agradable!...
¡eso es
imposible!... ahora mi querido amigo, déme una vez
más su mano.

Se la dí. Levantóse.

--Espero que ahora se quedará... Veamos, desarrúgue
me un poco esa
frente... Nosotros le haremos la vida tan dulce com
o sea posible, pero
es preciso condescender un poco. ¡Qué diablo!... gu
sta á usted mucho su
tristeza... Vive, perdóneme la palabra, como un ver
dadero buho. ¡Es
usted una especie de español de esos que ya no se v
en!... ¡Sacuda, pues,
todo eso! Es usted joven, agradable, tiene entendim
iento y talento;
aprovéchese un poco de todas esas cosas... ¿Por qué
no hace usted la
corte á la señorita Helouin? Eso le divertirá... es
bonita, y se dejaría
decir... ¡pero diantres! ¡Yo olvido mi promoción á
las grandes
dignidades!... Vamos, adiós; hasta mañana. ¿No es a
sí?

--Hasta mañana, ciertamente.

Y este hombre galante, que es una especie de españo
l de los que ya no se
ven, me abandonó á mis reflexiones.

1.º de octubre.

¡Singular acontecimiento! Aunque sus consecuencias no hayan sido hasta aquí de las más felices, me ha producido mucho bien. Después del duro golpe que me hirió, había quedado como entorpecido por el dolor. Esto me ha devuelto al menos al sentimiento de la vida y por la primera vez, después de tres largas semanas, tengo el valor suficiente para abrir estas hojas y tomar de nuevo la pluma.

Habiéndome dado toda clase de satisfacciones, pensé que no tenía razón alguna para dejar, á lo menos bruscamente, una posición y ventajas que después de todo me son necesarias, y cuyo equivalente me sería muy difícil hallar inmediatamente. La perspectiva de los sufrimientos enteramente personales que me quedaban para afrontar y que, por otra parte, yo mismo me había atraído por mi debilidad, no podía autorizarme á abandonar deberes en los cuales no eran sólo mis intereses los que se hallaban comprometidos. Además, no quería que la señorita Margarita pudiese interpretar mi súbita retirada, por el desecho que causa la pérdida de una buena partida y me hacía un punto de honor en mostrarle hasta el pie del altar una frente impasible; en cuanto al corazón, ella no lo vería. En fin, me contenté con escribir al se

ñor Laubepin, que mi
situación podía hacérseme intolerable, bajo ciertas
faces, de un
instante á otro, y que ambicionaba ávidamente cualq
uier empleo, si menos
retribuído, más independiente.

Desde el día siguiente, me presenté en el castillo,
donde el señor de
Bevallan me acogió con cordialidad. Saludé á las se
ñoras con toda la
naturalidad de que puedo disponer. No hubo, bien en
tendido, ninguna
explicación. La señora de Laroque parecióme conmovi
da y pensativa; la
señorita Margarita algo vibrante aún, pero política
. En cuanto á la
señorita Helouin, hallábase muy pálida y mantenía l
os ojos inclinados
sobre su bordado. La pobre niña no podía felicitar
e mucho del resultado
final de su diplomacia. De tiempo en tiempo trataba
de lanzar al
triunfante señor de Bevallan miradas llenas de desd
én y de amenaza; pero
en esa atmósfera tempestuosa que hubiera inquietado
seguramente á un
novicio, el señor de Bevallan respiraba, circulaba
y revoloteaba con la
más perfecta facilidad. Este aplomo soberano irrita
ba visiblemente á la
señorita Helouin, pero, al mismo tiempo, la domaba;
sin embargo, si sólo
hubiera arriesgado perderse con su cómplice, no dud
o que le hubiera
prestado inmediatamente, y con más razón, un servic
io análogo al que me
había dispensado la víspera; pero era probable que,
cediendo á su celosa
cólera y confesando su ingrata duplicidad, se perdi
era sola; y tenía
toda la inteligencia necesaria para comprenderlo. E

l señor de Bevallan,
en efecto, no era hombre para haberse franqueado co
ntra ella sin
reservarse alguna arma severa, que, en caso necesar
io, usaría con
inhumana sangre fría. La señorita Helouin podía dec
irse en verdad, que
la víspera se había dado fe, bajo su sola palabra,
á denuncias mucho más
falsas; pero no ignoraba, que una mentira que adula
ó hiere el corazón,
halla crédito más fácilmente que una verdad indifer
ente. Resignábase,
pues, no sin sentir amargamente, lo supongo, pues c
omprendía que el arma
de la traición se vuelve algunas veces contra la ma
no que la dirige.

Durante este día y los que le siguieron me vi somet
ido á un género de
suplicio, que había previsto, pero cuyos punzantes
detalles no había
podido calcular. El casamiento había sido fijado pa
ra dentro de un mes;
deben hacerse, pues, sin retardo y apresuradamente
todos los
preparativos. Los ramos de la señora Prevost llegar
on regularmente cada
mañana; los encajes, las telas, los dijes afluyeron
en seguida y fueron
expuestos noche á noche en el salón, á los ojos de
las alborotadas y
celosas amigas. Fué preciso dar sobre todo esto, mi
opinión y mis
consejos. La señorita Margarita lo solicitaba con u
na especie de
afectación cruel. Yo obedecía con agrado; luego ent
raba en mi torre,
tomaba de un cajón secreto el despedazado pañuelo q
ue con riesgo de mi
vida había salvado y enjugaba mis ojos. ¡Cobardía a
ún! pero ¿qué hacer?

La amo. La perfidia, la enemistad, errores irreparables, su orgullo y el mío, nos separaban para siempre. ¡Sea! ¡pero nada impedirá á este corazón vivir y morir por ella!

Por lo que respecta al señor de Bevallan, no sentía odio alguno contra él; no lo merece. Es un alma vulgar pero inofensiva. Podía, á Dios gracias, recibir sin hipocresía las demostraciones de su trivial benevolencia y poner con tranquilidad mi mano entre las suyas; pero si su nula personalidad escapaba á mi odio, sentía con una angustia profunda, desgarradora, hasta qué punto aquel hombre era indigno de la encantadora criatura que poseería muy luego, y á quien jamás comprendería. Expresar el cúmulo de pensamientos amargos, de sensaciones sin nombre que sublevaban mi alma y que sublevan aún la imagen próxima de esta odiosa y desigual alianza, no lo podré, ni lo osaré jamás. El amor verdadero tiene algo de sagrado, que imprime un carácter sobrehumano á los dolores como á las alegrías que nos da. Hay en la mujer que se ama no sé qué divinidad, cuyo secreto parece que uno solo posee, que sólo á uno pertenece y cuyo velo no puede ser tocado por una mano extraña, sin hacernos sentir un horror que no se parece á otro alguno: el estremecimiento de un sacrilegio. ¡No es solamente un bien precioso que se nos arrebatara; es un altar que se profana en nosotros, un misterio que se viola, un Dios que se ultraja! ¡Ved ahí los celos, al

menos los míos! Creía muy sinceramente, que sólo yo
en el mundo tenía
ojos, inteligencia y corazón, capaces de ver, de co
mprender y de adorar
en todas sus perfecciones la belleza de ese ángel,
que con cualquier
otro se hallaría como extraviada y perdida, que est
aba destinada á mí
solo, en cuerpo y alma, por toda la eternidad. Sent
ía este orgullo
inmenso, bastante expiado ya por un inmenso dolor.

Sin embargo, un demonio burlón murmuraba á mi oído
que según todas las
previsiones de la humana discreción, Margarita hall
aría más paz y
felicidad real en la amistad templada de un marido
razonable, que en la
pasión real de un esposo caballeresco. ¿Será esto v
erdad, será esto
posible? ¡Yo no lo creo! Tendrá la paz: sea; pero a
l fin la paz no es la
última palabra de la vida, el símbolo supremo de la
felicidad. Si
bastara no sufrir y petrificarse el corazón para se
r dichoso, muchas
gentes que no lo merecen lo serían. A fuerza de raz
ón y de prosa, se
acaba por difamar á Dios y degradar su obra. Dios d
a la paz á los
muertos, la pasión á los vivos. Hay en la vida, al
lado de la vulgaridad
de los intereses cotidianos, á la que no tengo la n
iñería de pretender
escapar, una poesía permitida. ¿Qué digo?... ordena
da. Es la revelación
del alma dotada de la inmortalidad. Es preciso que
esa alma se sienta y
se revele algunas veces, sea por transportes más al
lá de lo real, por
aspiraciones más allá de lo posible, ó por tempesta
des ó por lágrimas.

Si hay un sufrimiento que vale más que la dicha, ó más bien que es la dicha misma, es el de una criatura viviente que conoce todas las turbaciones del corazón y todas las quimeras del pensamiento, y que divide estos nobles tormentos con un corazón igual, y un fraternal pensamiento... Ved ahí el drama que cada uno tiene el derecho, ó para decirlo todo, el deber, de introducir en su vida, si tiene el título de hombre y quiere justificarlo.

Por lo demás, la pobre niña no gozará esta misma paz tan ponderada. Que la unión de dos corazones inertes y de dos imaginaciones heladas engendre el reposo de la nada, lo concedo; pero la unión de la vida y de la muerte no puede sostenerse sin una violencia horrible y sin perpetuas amarguras.

En medio de estas íntimas miserias, cuya intensidad se redobla cada día, sólo hallaba algún consuelo al lado de mi pobre y vieja amiga la señorita de Porhoet. Ella ignoraba ó fingía ignorar el estado de mi corazón, pero, en alusiones encubiertas, y tal vez involuntarias, posaba ligeramente sobre mis llagas sangrientas la mano delicada é ingeniosa de la mujer.

Hay, por otra parte, en esa alma, viviente emblema de la resignación y el sacrificio, y que parece flotar sobre la tierra, un desinterés, una tranquilidad y una dulce firmeza, que se derramaban sobre mí. Llegué á

comprender su inocente locura, y aun asociarme á ella con una especie de ingenuidad. Inclinado sobre mi álbum encerrábame con ella durante largas horas en su catedral, y respiraba allí por un momento los vagos perfumes de una ideal serenidad.

Iba también á buscar casi todos los días en la casa de la anciana señorita, otro género de distracción. No hay trabajo al que el hábito deje de prestar algún encanto. Para no hacer sospechar á la señorita de Porhoet la pérdida definitiva de su pleito, proseguía regularmente la exploración de sus archivos de familia. Descubría por intervalos en aquella selva de tradiciones y leyendas, rasgos de costumbres que despertaban mi curiosidad y transportaban por un momento mi imaginación á los tiempos pasados, lejos de la desconsoladora realidad. La señorita de Porhoet, cuyas ilusiones eran sostenidas por mi perseverancia, me atestiguaba una gratitud que poco merecía, pues había acabado por hallar en aquel estudio, en adelante sin utilidad positiva, un interés que pagaba mi trabajo y que proporcionaba un solaz saludable á mis pesares.

Entretanto, á medida que el término fatal se aproximaba, la señorita Margarita perdía la vivacidad febril de que había parecido animada desde el día en que el matrimonio quedó definitivamente arreglado. Recaía al menos por instantes, en su actitud familiar de otro tiempo, de dolencia pasiva y sombría meditación. Sorprendí una ó dos ve

ces sus miradas
clavadas sobre mí con una especie de perplejidad ex
traordinaria. La
señora de Laroque, por su parte, me miraba á menudo
con aire de
inquietud y de indecisión, como si hubiera deseado
y temido al mismo
tiempo, entablar conmigo alguna conversación penosa
. Anteayer, la
casualidad hizo que me hallase solo con ella en el
salón, habiendo
salido bruscamente la señorita Helouin para dar una
orden. La
conversación indiferente en que nos hallábamos comp
rometidos cesó al
instante como por un secreto acuerdo; después de un
corto intervalo de
silencio:

--Señor--me dijo la señora de Laroque con acento pe
netrado,--deposita
usted muy mal sus confidencias.

--¡Mis confidencias, señora! No puedo comprenderla.
A excepción de la
señorita de Porhoet, nadie en el castillo ha recibi
do de mí, ni la
sombra de una confidencia.

--¡Ay!--respondió--quiero creerlo... lo creo... per
o no es bastante.

En el mismo instante entró la señorita Helouin, y t
odo quedó concluído.

Al día siguiente, es decir, ayer muy temprano, habí
a partido á caballo
para vigilar en los alrededores el corte de algunos
bosques. A eso de
las cuatro de la tarde volví en dirección al castil
lo, cuando en un
brusco recodo del camino halléme súbitamente de fre

nte á frente con la
señorita Margarita. Estaba sola. Disponíame á pasar
, saludándola; pero
ella detuvo su caballo.

--¡Qué bello día de otoño, señor!--me dijo.

--Sí, señorita. ¿Se pasea usted?

--Ya lo ve. Uso de mis últimos momentos de independ
encia... y aun abuso,
pues me siento algo aburrida de mi soledad... Pero
Alain es necesario en
casa... Mi pobre Mervyn está cojo... ¿Quiere usted
reemplazarlos, por
ventura?

--Con el mayor gusto. ¿Adónde va usted?

--No lo sé... tenía la idea de llegar hasta la torr
e d'Elven.--Y
señalaba con la punta de su látigo una cumbre brumo
sa que se elevaba á
la derecha del camino.--Creo--agregó--que jamás ha
hecho usted esa
peregrinación.

--Es cierto. A menudo he tenido tentación de hacerl
a, pero sin saber por
qué, la he aplazado hasta ahora.

--¡Pues bien! eso nos viene perfectamente, pero es
ya bastante tarde, y
sí gusta, es preciso apresurarse un poco.

Volví la brida y partimos al galope.

Mientras corríamos trataba de explicarme aquella in
esperada fantasía,
que no dejaba de parecerme un poco premeditada. Sup
use que el tiempo y
la reflexión habrían podido atenuar en el espíritu

de la señorita

Margarita la primera impresión de las calumnias que me habían levantado.

Aparentemente había acabado por concebir algunas dudas sobre la

veracidad de la señorita Helouin que se habían comprobado con la

casualidad, para ofrecerse bajo una forma disfrazada a una especie de

reparación que se creía deberme.

En medio de las preocupaciones que entonces me asaltaban, daba escasa

importancia al fin particular que nos proponíamos en aquel extraño

paseo. Sin embargo, había oído á menudo citar á mi alrededor á la torre

d'Elven, como una de las ruinas más interesantes del país, y jamás había

recorrido ninguno de los dos caminos que de Rennes ó de Joselyn se

dirigen hacia el mar, sin contemplar con ávida mirada esa masa indecisa,

que se ve sobresalir en medio de los lejanos horizontes como una enorme

piedra levantada; pero el tiempo y la ocasión me habían faltado.

La aldea d'Elven que atravesamos, aflojando un poco nuestra carrera, da

una idea verdaderamente pasmosa de lo que podía ser una villa de la edad

media. La forma de las casas, bajas y sombrías, no ha cambiado desde

hace cinco siglos. Cree uno soñar, cuando uno mira por esos anchos

huecos ovalados y sin marco, que ocupan el lugar de ventanas, aquellos

grupos de mujeres de salvaje mirada y traje escultural, que en la sombra

hilan su copo conversando en voz baja y en lengua desconocida. Parece

que aquellos parduscos espectros acaban de dejar sus losas funerarias, para ejecutar entre sí alguna escena de otras edades, cuyo único testigo viviente somos nosotros. Esto causa una especie de opresión. La poca vida que á nuestro alrededor se manifiesta en la única calle de la villa, presenta el mismo carácter de extrañeza y de arcaísmo fielmente conservado de un mundo desvanecido.

A poca distancia d'Elven, tomamos un camino extraviado que nos condujo á la cumbre de una árida colina. Desde allí percibimos distintamente, aunque á mucha distancia, el coloso feudal, dominando frente á nosotros en una altura poblada de árboles. El erial en que nos hallábamos, bajaba por una escarpada pendiente hacia unas praderas pantanosas guarnecidas por una espesa selva. Descendimos por la parte contraria y nos hallamos muy luego internados en los bosques. Seguimos entonces una estrecha calzada, cuyo empedrado desunido y escabroso ha debido resonar bajo el pie herrado de nuestros caballos. Desde largo tiempo había dejado de ver la torre d'Elven, cuya posición ni aun podía conjeturar, cuando se apareció repentinamente entre el follaje, levantándose á dos pasos de nosotros, con la prontitud de una aparición. Esta torre no está arruinada; conserva hoy toda su altura primitiva, que pasa de cien pies, y las hiladas regulares de granito que componen el magnífico aparato octogonal, le dan el aspecto de un trozo formidable cortado

ayer, por el más puro cincel. Nada más imponente, más orgulloso ni más sombrío que este viejo torreón, impasible en medio de los tiempos, y aislado en la espesura de los bosques. Árboles de gigantesca altura han brotado en los profundos fosos que lo rodean, y su cima alcanza apenas a los huecos de las ventanas más bajas. Esta vegetación gigantesca, en que se pierde confusamente la base del edificio, acaba de darle un color de fantástico misterio. En esta soledad, en medio de las selvas, a la faz de aquella masa de extraña arquitectura que surge repentinamente, imposible es no pensar en esas torres encantadas donde algunas bellas princesas duermen un sueño secular.

--Hasta este día--me dijo la señorita Margarita, a quien yo trataba de comunicar mis impresiones,--ahí tiene usted todo lo que conozco de ella, pero si le interesa despertar a la princesa, podemos entrar. Por lo que he averiguado, hay siempre en estos alrededores un pastor ó pastora, que tiene la llave. Atemos nuestros caballos y pongámonos en su busca, usted del pastor y yo de la pastora.

Los caballos fueron encerrados en un pequeño cercado vecino a las ruinas, y la señorita Margarita y yo nos separamos un momento para hacer una especie de batida en los alrededores. Tuvimos el pesar de no hallar ni al pastor ni a la pastora. Nuestro deseo de visitar el interior de la torre, creció entonces naturalmente con el atractivo del fruto

prohibido, y pasamos á la ventura un puente echado sobre los fosos. Con viva satisfacción nuestra, la maciza puerta de la torre no estaba cerrada: sólo tuvimos que empujarla para penetrar en un reducido vestíbulo, obscuro, obstruído por las ruinas y que podía en otro tiempo haber servido de cuerpo de guardia; de allí pasamos á una vasta sala casi circular, cuya chimenea conserva aún sobre su escudo las armas de las cruzadas; una ancha ventana abierta á nuestro frente y atravesada por la cruz simbólica, netamente cortada en la piedra, iluminaba la región interior de aquel recinto, en tanto que la mirada se perdía en la sombra incierta de las altas bóvedas casi hundidas. Al ruido de nuestros pasos, voló de esta obscuridad una multitud de pájaros invisibles y sacudieron sobre nuestras cabezas el polvo de los siglos. Subiendo sobre los bancos de granito que se hallan dispuestos á uno y otro lado de la pared en forma de gradas, pudimos desde el alféizar de la ventana echar una ojeada al exterior sobre la profundidad de los fosos y partes arruinadas de la fortaleza; pero habíamos notado desde nuestra entrada las primeras gradas de una escalera practicada en el espesor de la muralla, y sentíamos una prisa infantil por llevar adelante nuestros descubrimientos. Emprendimos la ascensión; yo abrí la marcha y la señorita Margarita me siguió valientemente, entendiéndose, como podía, con sus largos vestidos. De lo alto de la plataforma, el panorama es

inmenso y delicioso. Las suaves tintas del crepúsculo sombreaban en ese mismo instante el océano de follaje medio dorado por el otoño; los sombríos pantanos, los verdes prados y los horizontes de entrecruzadas pendientes que se mezclaban y sucedían bajo nuestros ojos hasta la más lejana extremidad. En presencia de este paisaje grandioso, triste é infinito, sentíamos la paz de la soledad, el silencio de la noche y la melancolía de los tiempos pasados, descender á la vez como un encanto poderoso sobre nuestros espíritus y nuestros corazones. Esa hora de contemplación común, de emociones divididas, de profunda y pura voluptuosidad era, sin duda, la última que me fuera dado vivir á su lado, y me extasiaba con una violencia de sensibilidad casi dolorosa. Por lo que hace á Margarita, no sé lo que pasaba: habíase sentado sobre el borde del parapeto, miraba á lo lejos y callaba. Yo no oía sino el soplo un poco precipitado de su aliento.

No podré decir cuántos instantes se pasaron de este modo. Cuando los vapores se condensaron en la parte superior de las praderas más bajas, y los últimos horizontes comenzaron á borrarse en la sombra creciente, Margarita se levantó.

--¡Vamos!--dijo á media voz, y como si una cortina hubiese caído sobre algún sentido espectáculo--esto acabó!--Luego, comenzó á descender y yo la seguí.

Cuando quisimos salir de la torre, grande fué nuestra sorpresa al hallar cerrada la puerta. Al parecer, el joven guardián, ignorando nuestra presencia, había dado vuelta á la llave, mientras nosotros hallábamos en la plataforma. La primera impresión fué la de la alegría. La torre era decididamente una torre encantada. Hice algunos esfuerzos vigorosos para romper el encanto; pero el pestillo enorme de la antigua cerradura estaba sólidamente asegurado en el granito y tuve que renunciar á desprenderlo. Volví entonces mis ataques contra la puerta misma; pero los goznes macizos y los tableros de encina chapeados de hierro, opusieronme la resistencia más invencible. Dos ó tres morrillos que tomé de los escombros y lancé contra el obstáculo, no consiguieron sino hacer vacilar la bóveda y destacar de ella algunos fragmentos, que vinieron á caer á nuestros pies. Corrí entonces á la ventana y di algunos gritos, á los que nadie respondió. Durante diez minutos, los renové de instante en instante con el mismo éxito, al mismo tiempo que aprovechábamos apresuradamente las últimas luces del día para explorar minuciosamente todo el interior de la torre; pero excepto la puerta, que se hallaba como murada para nosotros, y la gran ventana, que un abismo de cerca de treinta pies separaba del fondo de los fosos, no pudimos descubrir salida alguna.

Entretanto, la noche acababa de caer sobre los campos, y las tinieblas

habían invadido la vieja torre. Algunos reflejos de luna penetraban solamente por el alféizar de la ventana y blanqueaban oblicuamente la piedra de las gradas. La señorita Margarita, que poco á poco había perdido toda apariencia de buen humor, dejó aún de responder á las conjeturas más ó menos verosímiles con que trataba de engañar sus inquietudes. Mientras ella se mantenía en la sombra, silenciosa é inmóvil, yo estaba sentado en plena claridad sobre la grada más próxima á la ventana: desde allí arrojaba aún por intervalos un grito de llamada; pero para decir la verdad, á medida que el éxito de mis esfuerzos se hacía más incierto, me sentía presa de una alegría irresistible. Veía en efecto, realizarse, para mí, repentinamente, el sueño más eterno y más imposible de los amantes; me hallaba encerrado en el fondo de un desierto y en la más estrecha soledad, con la mujer que amaba. ¡Por largas horas no habría allí, sino ella y yo en el mundo, sino su vida y la mía! Pensaba en todos los testimonios de dulce protección y de tierno respeto, que iba á tener el derecho y el deber de prodigarla; representábame, sus temores calmados, su confianza, su sueño; me decía con un encanto profundo, que aquella noche afortunada, si no podía darme el amor de aquella criatura querida, iba al menos á asegurarme para siempre su más inquebrantable estimación.

Cuando me abandonaba con todo el egoísmo de la pasi

ón á mi secreto
éxtasis, del que es fácil se dibujara algún reflejo
en mi fisonomía, fuí
despertado repentinamente por estas palabras, que m
e eran dirigidas con
voz sorda y en un tono de afectada tranquilidad:

--¿Señor Marqués de Champcey, ha habido muchos cobar
des en su familia
antes que usted?

Levantéme y volví á caer de nuevo sobre el banco de
piedra, clavando
una mirada estúpida en las tinieblas en que entreve
ía vagamente el
contorno de la joven. Una sola idea se me ocurrió,
pero una idea
terrible; era que el miedo y el pesar la turbaran e
l cerebro y que fuera
á enloquecer.

--¡Margarita!--exclamé sin saber lo que decía.

Esta palabra acabó sin duda de irritarla.

--¡Dios mío! qué odioso es esto--replicó.--¡Qué cob
arde, sí, lo repito,
qué cobarde!

La verdad empezaba á manifestarse á mi espíritu. De
scendí uno de los
escalones.

--¿Qué es lo que hay, pues?--le dije fríamente.

--Es usted--respondió con una brusca vehemencia--qu
ien ha pagado á ese
hombre, á ese niño, ó lo que sea, para que nos apri
sione en esta
miserable torre. Mañana estaré perdida... deshonorad
a en la opinión y no
podré pertenecer sino á usted. He ahí su cálculo, ¿

no es verdad? Pero
éste, se lo aseguro, no tendrá mejor éxito que los
otros. Me conoce aún
muy imperfectamente si cree que no preferiría el de
shonor, el claustro,
la muerte, todo, á la abyección de ligar mi mano y
mi vida con la suya.
Y aun cuando este ardid infame tuviera éxito, aun c
uando tuviese la
debilidad, que ciertamente no tendré, de entregarle
mi persona, y lo
que le importa más, mi fortuna, en cambio de ese be
llo rasgo de astucia,
¿qué especie de hombre es usted? Dígame, ¿de qué fa
ngo ha salido, para
querer una fortuna y una mujer adquiridos á ese pre
cio? ¡Ah! hasta
gracias debe darme de que no acceda á sus deseos. S
on imprudentes,
créamelo, pues si alguna vez la vergüenza pública m
e arrojara en sus
brazos le despreciaría de tal modo, que aplastaría
su corazón. Sí, aun
cuando fuese tan duro, tan helado como estas piedra
s, yo le sacaría
sangre... yo le haría brotar lágrimas.

--Señorita--dije con toda la calma de que pude disp
oner--le suplico que
se recobre, que vuelva á la razón. Le aseguro por m
i honor, que me
ultraja. Tenga á bien reflexionarlo. Sus suposicion
es no reposan sobre
ninguna verosimilitud. Yo no he podido preparar de
ninguna manera la
perfidia de que me acusa, y sobre todo, aunque lo h
ubiera podido,
¿cuándo le he dado el derecho de creerme capaz de e
llo?

--Todo cuanto sé de usted me da ese derecho--exclam
ó cortando el aire

con su látigo.--Es menester que le diga una vez por todas, lo que tengo en el alma, hace largo tiempo. ¿Qué ha venido á hacer á nuestra casa bajo un nombre, y bajo un carácter supuesto? Mi madre y yo éramos dichosas, estábamos tranquilas; usted nos ha traído una confusión, un desorden y pesares, que nosotras no conocíamos. Para alcanzar su fin, para reparar las brechas de su fortuna, ha usurpado nuestra confianza, ha hecho trizas nuestro reposo, ha jugado con nuestros sentimientos más puros, más verdaderos y más sagrados, ha estropeado y destrozado nuestros corazones sin piedad. Vea ahí lo que ha hecho, ó querido hacer, poco importa. Pues bien, debo decir que estoy profundamente cansada y herida de todo esto; se lo aseguro. Y cuando en este momento acaba de ofrecirme en prenda, su honor de gentilhombre, que le ha permitido hacer tantas cosas indignas, tengo sin duda el derecho de no creer en él, y no creo.

Yo estaba fuera de mí: tomé sus dos manos en un transporte de violencia que la dominó:

--¡Margarita, pobre hija mía!... ¡escúcheme! ¡La amo, es cierto, y jamás amor más ferviente, más desinteresado, ni más santo, ardió en el corazón de un hombre! Pero usted también me ama... ¡Me ama, desgraciada! y sin embargo, me mata... Habla de corazón triturado y destrozado... ¡Ah! ¿y qué hace usted con el mío? Él le pertenece: yo se lo abandono, pero en

cuanto á mi honor, lo guardo... está intacto... y antes de poco le
forzaré á reconocerlo... Y sobre ese honor, le juro
que si muero me
llorará; y que si vivo, jamás... por mucho que la a
dore... aun cuando la
viese de rodillas ante mí, jamás sería mi esposa, á
menos que usted
fuese tan pobre como yo, ó yo tan rico como usted.
Y ahora, proceda.
¡Pida á Dios milagros porque ya es tiempo!

La rechacé entonces bruscamente lejos del alféizar
de la ventana y me
lancé sobre las gradas superiores: había concebido
un proyecto
desesperado que ejecuté en el instante con la precipitación de una
verdadera demencia. Como he dicho antes, la cima de
las hayas y de las
encinas, que se levantan en los fosos de la torre s
e elevan hasta el
nivel de la ventana. Con ayuda de mi látigo doblado
, atraje á mí la
extremidad de las ramas más próximas, tomé una á la
ventana y me lancé
en el vacío. Oí mi nombre, arriba de mi cabeza ¡Máximo!
proferido
repentinamente con un grito desgarrador. Las ramas
de que me había
agarrado se inclinaron en toda su largura hacia el
abismo: hubo un
crujido siniestro; estallaron bajo mi peso, y caí r
udamente sobre el
suelo.

Supongo que la naturaleza fangosa del terreno amortiguó la violencia del
choque, pues me sentí vivo aunque herido. Uno de mis brazos había dado
sobre el declive de material del cimiento y sentía
un dolor tan agudo,

que mi corazón desfallecía. Experimenté un corto aturdimiento. Fuí despertado por la voz desesperada de Margarita.

--¡Máximo! ¡Máximo! por favor, por piedad, en nombre de Dios, hábleme, perdóneme.--Me levanté y la vi en el hueco de la ventana, en medio de una aureola de pálida luz, con la cabeza desnuda, los cabellos caídos, la mano crispada sobre el travesaño de la cruz, y los ojos ardientemente fijos sobre el sombrío precipicio.

--No tema nada--le dije.--No me he hecho mal alguno. Tenga solamente paciencia por una ó dos horas. Deme el tiempo de ir hasta el castillo, es lo más seguro. Esté cierta que guardaré el secreto, y salvaré su honor, como acabo de salvar el mío.

Salí penosamente de los fosos y fuí á tomar mi caballo. Servíme de mi pañuelo para suspender y fijar mi brazo izquierdo, que me era enteramente inútil y me hacía sufrir mucho. Gracias á la claridad de la noche hallé fácilmente el camino. Una hora después llegaba al castillo. Se me dijo que el doctor Desmarest estaba en el salón. Me apresuré á presentarme á él, y hallé allí como una docena de personas, cuyo continente acusaba su estado de preocupación y de alarma.

--Doctor--dije alegremente al entrar--mi caballo acaba de asustarse de su sombra, me ha tirado en el camino, y creo tener el brazo izquierdo estropeado. ¿Quiere usted verlo?

--¿Cómo estropeado?--dijo el señor Desmarest, después de desatar el pañuelo--si lo tiene completamente roto, ¡pobre hijo mío!

La señora de Laroque arrojó un débil grito y se aproximó á mí.--Vaya, que esta es una noche de desgracias--dijo.

Fingí sorprenderme.

--¡Pues qué! ¿hay alguna otra cosa aún?--exclamé.

--Dios mío, temo que haya sucedido alguna desgracia á mi hija. Salió á caballo a las tres, son las ocho, y aún no ha vuelto.

--La señorita Margarita... pero si la he encontrado ...

--¿Cómo... dónde, cuándo? perdón, señor, pero es la angustia de una madre.

--La he encontrado en el camino, á eso de las cinco. Nos hemos cruzado. Ella me dijo, que pensaba llegar hasta la torre d'Elven.

--¡A la torre d'Elven! Se habrá extraviado en los bosques. Es preciso ir á buscarla prontamente. Que se den las órdenes.

El señor de Bevallan pidió en el momento caballos. Yo afecté al principio querer reunirme á la cabalgata, pero la señora de Laroque y el doctor me lo prohibieron enérgicamente, y me dejé persuadir sin trabajo de que me era necesario tomar mi lecho, del que á l

a verdad tenía gran
necesidad. El señor Desmarest, después de haberme h
echo una primera
cura, montó en carruaje con la señora de Laroque, q
ue iba á esperar en
la villa d'Elven, el resultado de las pesquisas, qu
e el señor de
Bevallan debía dirigir en las inmediaciones de la t
orre.

Eran cerca de las diez cuando Alain vino á anunciar
me que la señorita
Margarita había sido hallada. Me contó la historia
de su aprisionamiento
sin omitir ningún detalle, salvo como es de suponer
, los que sólo la
joven y yo debíamos conocer. La aventura me fué muy
pronto confirmada
por el doctor, en seguida por la señora de Laroque
en persona, que
vinieron sucesivamente á visitarme, y tuve la satis
facción de comprender
que no se tenía sospecha alguna de la verdad.

He pasado toda la noche renovando con la más fatigo
sa perseverancia, y
en medio de las más extravagantes complicaciones de
l sueño y de la
fiebre, mi peligroso salto desde lo alto de la vent
ana del torreón. No
podía sosegar me. A cada instante, la sensación del
vacío me subía á la
garganta, y me despertaba sobresaltado. En fin, lle
gó el día y me calmé.
A las ocho, vi entrar á la señorita de Porhoet que
se instaló á mi
cabecera, con su tejido en la mano. Ella ha hecho l
os honores de mi
cuarto á los visitantes, que se han sucedido todo e
l día. La señora de
Laroque fué la primera que vino después de mi vieja
amiga. Cuando me

apretaba con una presión prolongada la mano que le tendí, vi deslizarse dos lágrimas sobre sus mejillas. ¿Habría recibido las confidencias de su hija?

La señorita de Porhoet me ha hecho saber que el anciano señor Laroque se halla en cama desde ayer. Ha tenido un ligero ataque de parálisis. Hoy ha perdido el habla y su estado da serias inquietudes. Se ha resuelto apresurar el matrimonio. El señor Laubepin ha sido llamado de París; se le espera mañana y el contrato será firmado al día siguiente bajo su dirección.

Esta noche he podido estar de pie algunas horas; pero si he de creer al señor Desmarest, he hecho muy mal en escribir con mi fiebre, y soy un solemne bestia.

3 de octubre.

Parece verdaderamente que un poder maligno se empeña en inventar las pruebas más singulares y más crueles para presentar las sucesivamente á mi conciencia y á mi corazón.

No habiendo llegado el señor Laubepin esta mañana, la señora de Laroque me ha hecho pedir algunas instrucciones que le eran necesarias para arreglar las bases previas del contrato, el cual como ya he dicho, debe

ser firmado mañana. Estando condenado á permanecer aún durante algunos días en mi habitación, supliqué á la señora de Laro que que me enviara los títulos y los documentos particulares que se hallan en poder de su padre político y que me eran indispensables para resolver las dificultades que se me habían indicado. Se me remitieron dos ó tres cajones llenos de papeles, sacados secretamente del gabinete del señor Laroque, aprovechando de un momento en que el anciano no dormía, pues se había mostrado siempre muy celoso de su archivo secreto. En la primera pieza que me cayó á mano, el nombre de mi familia, muchas veces repetido, hirió bruscamente mis ojos y solicitó mi atención con un poder irresistible. He aquí el texto literal de esta pieza:

A MIS HIJOS

«El nombre que os lego, y que he honrado, no es el mío. Mi padre se llamaba Savage. Era regidor de una plantación en la isla, entonces francesa, de Santa Lucía, perteneciente á una rica y noble familia del Delfinado, la de los Champcey d'Hauterive. En 1793 mi padre murió y yo heredé, aunque muy joven, la confianza que los Champcey habían depositado en él. Hacia el fin de este funesto año, las Antillas francesas fueron tomadas por los ingleses, ó les fueron entregadas por los colonos insurgentes. El Marqués de Champcey d'Hauterive (Santiago Augusto), á quien las órdenes de las convenciones n

o habían alcanzado
todavía, mandaba entonces la fragata _Thetis_ y hac
ía tres años cruzaba
aquellos mares. Un gran número de colonos franceses
esparcidos en las
Antillas, habían llegado á realizar sus fortunas, a
menazadas á cada
instante. Estos se habían entendido con el comandan
te Champcey para
organizar una flotilla de ligeros transportes, á la
que habían
trasladado sus bienes, y que debía emprender su vue
lta á la patria bajo
la protección de los cañones de la _Thetis_. Desde
largo tiempo, en
previsión de desastres inminentes, yo había recibid
o la orden y el poder
para vender á cualquier precio la plantación que ad
ministraba desde la
muerte de mi padre. En la noche del 14 de noviembre
de 1793, montaba
solo en un pequeño bote en la punta de Morne au Sab
le y abandonaba
furtivamente á Santa Lucía, ocupada ya por el enemi
go. Llevaba en papel
inglés y en guineas el precio que había podido saca
r por la plantación.
El señor de Champcey, gracias al conocimiento minuc
ioso que tenía de
estos parajes, había podido engañar al crucero ingl
és y refugiarse en el
paso difícil y desconocido de Crossilot. Tenía orde
n de reunirme allí
aquella misma noche, y sólo esperaba mi llegada á b
ordo, para salir de
este paso con la flotilla que escoltaba, y dirigir
su proa á Francia. En
el trayecto tuve la desgracia de caer en manos de l
os ingleses. Estos
maestros en traición, me dieron á elegir entre ser
fusilado en el acto,
ó venderles, mediante el millón de que era portador

y que me abandonaban, el secreto del paso en que se abrigaba la flotilla. Yo era joven, la tentación era demasiado fuerte; una media hora después, la _Thetis_ era echada á pique, la flotilla tomada, y el señor de Champcey gravemente herido. Pasé un año; un año sin sueño. Y o me enloquecía, y resolví hacer pagar al inglés maldito los remordimientos que me despedazaban. Pasé á la Guadalupe, cambié mi nombre y consagré la mayor parte del precio de mi delito á la compra de un brick armado, y corrí sobre los ingleses. He lavado durante quince años en su sangre y con la mía la mancha que en una hora de debilidad había arrojado sobre el pabellón de mi patria. Si bien más de las tres cuartas partes de mi fortuna actual ha sido adquirida en gloriosos combates, no por eso es otro su origen que el que acabo de indicar.

»Al volver á Francia, en mi vejez, me informé de la situación de los Champcey d'Hauterive: era dichosa y opulenta. Continué guardando un profundo silencio. ¡Que mis hijos me perdonen! No he podido hallar valor, mientras he vivido, para sonrojarme en su presencia; pero la muerte debe entregarles este secreto, del que usarán según las inspiraciones de su conciencia. Por mi parte, sólo tengo una súplica que hacerles: habrá, tarde ó temprano, una guerra entre la Francia y su vecina del otro lado del Canal; nos odiamos demasiado; será menester reñir; que nosotros los traguemos ó que ellos nos t

raguen. Si esta guerra estallara viviendo alguno de mis hijos ó de mis nietos, deseo que donen al Estado una corbeta armada y equipada, con la condición de que se llame _La Savage_ y la mande un bretón. A cada andanada que descargue sobre la costa de Inglaterra, mis huesos se estremecerán de contento en su tumba.--_Ricardo Savage_, conocido por _Laroque_.»

Los recuerdos que despertó repentinamente en mi imaginación esta espantosa confesión, me confirmaron su exactitud. Había oído contar veinte veces á mi padre, con una mezcla de orgullo y de amargura, el rasgo de la vida de mi abuelo á que se hacía alusión en ella. Solamente que se creía en mi familia que Ricardo Savage, cuyo nombre tenía muy presente, había sido la víctima y no el promotor de la traición, ó de la casualidad que había entregado al comandante de la _Thetis_.

Me expliqué entonces las singularidades que á menudo me habían llamado la atención en el carácter del viejo marino, y en particular su actitud tímida y pensativa cuando se hallaba frente á frente conmigo. Mi padre había dicho siempre que yo era un vivo retrato de mi abuelo, el Marqués Santiago, y sin duda, algunos resplandores de esta semejanza penetraban de tiempo en tiempo, atravesando las nubes de su cerebro, hasta la conciencia confusa de aquel anciano.

Apenas dueño de esta secreta revelación, caí en una

horrible
perplejidad. Por mi parte, sólo sentí un débil rencor contra este infortunado, en quien las flaquezas del sentido moral habían sido purgadas por una larga vida de arrepentimiento, y por una pasión de desesperación y de odio, que no carecía de grandeza. Yo mismo no podía respirar, sin una especie de admiración, el soplo salvaje que anima aún estas líneas trazadas por una mano culpable, pero heroica. Entretanto, ¿qué debía yo hacer de este terrible secreto? Lo que se me ocurrió de pronto, fué el pensamiento de que él destruía todo obstáculo entre Margarita y yo, que en adelante aquella fortuna que nos había separado debía ser entre nosotros un lazo casi obligatorio, pues yo sólo en el mundo podía legitimarla, dividiéndola. A la verdad, este secreto no era mío, y aun cuando la más inocente de las casualidades me lo hubiera hecho conocer, puede ser que la estricta probidad exigiere que lo dejara llegar en su hora, á las manos á que está destinado; ¡pero cómo, si esperando ese momento el mal irreparable se consumiría! ¡Los lazos más indisolubles nos separarían! ¡La piedra de la tumba iba á caer para siempre sobre mi amor, sobre mis esperanzas, sobre mi corazón inconsolable! ¿Y lo soportaría cuando podía impedirlo con una sola palabra? Y estas pobres mujeres, el día en que la fatal verdad haga sonrojar sus frentes, es muy probable dividirán conmigo mis pesares y mi desesperación. Y exclamarán las primeras: ¡Ah! si l

o sabía usted ¿por
qué no había hablado?

Pues bien; ni hoy, ni mañana, ni nunca: si sólo de
mí depende, la
vergüenza no sonrojará estas dos nobles frentes. Yo
no compraré mi
felicidad á precio de su humillación. Este secreto
que sólo yo poseo,
que ese anciano mudo para siempre, no puede él mism
o traicionar, ya no
existe; la llama lo ha devorado.

Lo he pensado bien. Comprendo lo que me he atrevido
á hacer. Era un
testamento, una acta sagrada y la he destruido. Ade
más, no era yo sólo
el que ganaba. Estoy encargado de mi hermana, que h
allaría en él una
fortuna, y sin consultarla, mi mano la ha sumergido
de nuevo en la
pobreza. Sé todo esto; pero dos almas puras, elevad
as y orgullosas, no
serán deshonoradas, ni aniquiladas bajo el peso de u
n crimen de que son
inocentes. Había en esto un principio de equidad qu
e me ha parecido
superior á toda justicia literal. Si á mi vez he co
metido un crimen, yo
responderé de él... Pero esta lucha me ha destrozad
o y ya no puedo más.

4 de octubre.

El señor Laubepin llegó, en fin, ayer noche. Vino á
apretarme la mano.
Estaba preocupado, brusco y descontento. Hablóme br
evemente del

matrimonio que se preparaba.

--Operación muy afortunada--dijo,--combinación muy laudable bajo todos respectos, en que la Naturaleza y la sociedad hallan á la vez las garantías que tienen el derecho de exigir semejantes circunstancias. Después de lo cual, joven--me dijo--le deseo una buena noche, mientras yo voy á ocuparme en despejar el terreno delicado de las convenciones preliminares, á fin de que el carro interesante del matrimonio llegue á su término sin inconvenientes.

Hoy á la una del día se reunirán en el salón con el aparato y concurso acostumbrados, para proceder á la firma del contrato. Yo no podía asistir á esa fiesta, y bendije mi herida que me libraba de semejante suplicio. Escribía á mi querida Elena, á quien me esforzaba más que nunca á ofrecer mi alma entera, cuando á eso de las tres de la tarde, entraron en mi cuarto el señor Laubepin y la señorita de Porhoet. El señor Laubepin en sus frecuentes viajes al castillo de Laroque, no había podido dejar de apreciar las virtudes de mi venerable amiga y se había formado, desde largo tiempo, entre los dos ancianos, una amistad platónica y respetuosa, cuyo carácter se esfuerza en vano el doctor Desmarest en desnaturalizar. Después de un cambio de saludos y de reverencias interminables, tomaron las sillas que les presenté y ambos se pusieron á contemplarme con un aire de grave

beatitud.

--Y bien--pregunté--¿se terminó?

--Se terminó--respondieron al mismo tiempo.

--Muy bien--añadió la señorita de Porhoet.

--Maravillosamente--agregó el señor Laubepin, añadiendo después de una pausa:--El Bevallan se fué al diablo.

--Y la jovencita Helouin por el mismo camino--continuó la señorita de Porhoet.

--¡Dios mío! ¿qué es lo que pasa?--dije, arrojando un grito de sorpresa.

--Amigo mío--me respondió el señor Laubepin;--la unión proyectada presentaba todas las ventajas deseables, y habría asegurado, á no dudarlo, la felicidad común de los cónyuges, si el matrimonio fuera una asociación puramente comercial, pero está muy lejos de serlo. Mi deber, cuando mi concurso fué exigido en esta circunstancia interesante, era pues, consultar la inclinación de los corazones y las conveniencias de los caracteres, no menos que la proporción de las fortunas; pero creí observar desde luego, que el matrimonio que se preparaba tenía el inconveniente de no satisfacer á nadie, ni á mi excelente amiga la señora de Laroque, ni á la interesante novia, ni á los amigos más ilustrados de estas damas; á nadie, en fin, sino probablemente al novio, de quien me cuidó mediocrementemente. Es verdad (debo es

ta nota á la señorita de Porhoet), es verdad--decía--que el novio es gentil hombre.

--_Gentleman_, si le parece--interrumpió la señorita de Porhoet con un acento severo.

--_Gentleman_--continuó el señor Laubepin, aceptando la enmienda:--pero es una especie de _gentleman_ que no me gusta.

--Ni á mí--dijo la señorita de Porhoet.--Bellacos de esta especie, palafreneros sin costumbres, como éste, que vimos salir en el último siglo, dirigidos por el entonces Duque de Chartres, de las caballerizas inglesas para preludiar la revolución.

--¡Oh, si no hubieran hecho más que preludiarla!--dijo sentenciosamente el señor Laubepin--se les perdonaría.

--Le pido un millón de excusas, mi querido señor, pero hable. Por lo demás, no se trata de eso; tenga usted á bien continuar.

--Pues bien--prosiguió el señor Laubepin,--viendo que en general se marchaba á esta boda como á un convoy fúnebre, busqué algún medio á la vez honorable y legal, si no de volver al señor de Bevallan su palabra, al menos de hacérsela recoger. El proceder era tanto más lícito, cuanto que en mi ausencia el señor de Bevallan había abusado de la inexperiencia de mi excelente amiga la señora de La Roque, y de la inexperiencia de mi colega de la villa vecina, para

hacerse asegurar
ventajas exorbitantes. Sin separarme de la letra de
las convenciones,
conseguí modificar sencillamente su espíritu. Sin e
mbargo, el honor y la
palabra dada me imponían límites que no pude ultrap
asar. El contrato, á
pesar de todo, quedaba aún suficientemente ventajoso
para que un hombre
dotado de alguna elevación de espíritu y animado de
una verdadera
ternura por su futura, pudiese aceptarlo con confia
nza. ¿El señor de
Bevallan, sería hombre capaz de ello? Debimos corre
r riesgo. Le aseguro
que no dejaba de hallarme conmovido, cuando comencé
esta mañana, ante un
imponente auditorio, la lectura de esta acta irrevo
cable.

--Por mi parte--interrumpió la señorita de Porhoet--
no tenía una sola
gota de sangre en las venas. La primera parte del c
ontrato, era tan
conveniente para el enemigo, que lo creí todo perdi
do.

--Sin duda, señorita; pero como decimos nosotros en
tre augures, el
veneno está en la cola, _in cauda venenum_. Era ver
daderamente
agradable, amigo mío, ver la fisonomía del señor de
Bevallan y la de mi
colega de Rennes, que le acompañaba, cuando llegué
á descubrir
bruscamente mis baterías. Al principio se miraron e
n silencio: luego
cuchichearon; se levantaron por fin y aproximándose
á la mesa ante la
cual me hallaba sentado, me pidieron en voz baja ex
plicaciones.

--Hablen alto, si gustan, señores--les dije:--no ha y aquí necesidad de misterios. ¿Qué quieren?

El público empezaba á prestar atención. El señor de Bevallan sin alzar la voz me insinuó, que este contrato era una obra de desconfianza.

--¡Una obra de desconfianza, señor!--respondí en el tono más elevado de mi garganta.--¿Qué pretende decir con eso? ¿Es contra la señora de Laroque, contra mí, ó contra mi colega aquí presente, que dirige semejante imputación?...

--¡Chit, silencio! nada de bulla,--dijo entonces el notario de Rennes, con el acento más discreto; pero veamos, estaba convenido al principio que el régimen dotal sería separado.

--¿El régimen dotal, señor? ¿Y en dónde se trata aquí de régimen dotal?

--Vamos, compañero, bien ve que lo restablece por un subterfugio.

--¿Subterfugio, colega? ¡Permítame que como más antiguo le pida borrar esa palabra de su vocabulario!

--Pero, en fin--murmuró el señor de Bevallan,--se me ligan las manos de todos lados, se me trata como á un chiquillo.

--¿Cómo, señor, qué es lo que hacemos en este momento? ¿Es esto un contrato ó un testamento? ¿Olvida usted que la señora de Laroque vive, que su padre vive, que se casa, señor, pero que no

hereda? ¡Un poco de
paciencia; qué diablo!

A estas palabras la señorita Margarita se levantó.-
-Basta
ya--dijo;--señor Laubepin, arroje usted al fuego es
e contrato. Madre
mía, haga usted volver al señor sus presentes,--sal
iendo en seguida con
un paso de reina ultrajada. La señora de Laroque la
siguió. Al mismo
tiempo lancé el contrato en la chimenea.

--Señor--me dijo entonces el señor de Bevallan con
tono amenazador--hay
aquí una intriga cuyo secreto sabré.

--Señor, voy á decírselo--respondí.--Una joven que
con justo orgullo se
estima á sí misma, había concebido el temor de que
sus pretensiones
amorosas sólo se dirigían á su fortuna; ha querido
cerciorarse de ello,
y no le cabe duda alguna. Tengo el honor de saludar
le.

En seguida, amigo mío, fuí á reunirme con las señor
as, que me saltaron
al cuello. Un cuarto de hora después, el señor de B
evallan dejaba el
castillo con mi colega de Rennes. Su partida y su d
esgracia han tenido
por efecto inevitable desencadenar contra él todas
las lenguas de los
criados, y su imprudente intriga con la señorita He
louin ha estallado
muy luego. La joven, sospechosa hacía algún tiempo
por otros motivos, ha
pedido permiso para retirarse, y no se le ha negado
. Inútil es agregar,
que las señoras le aseguran una existencia honorabl
e... ¡Y bien, hijo

mío! ¿qué dice de todo esto? ¿Le hace sufrir más? Está tan pálido como un muerto...

La verdad es, que estas noticias inesperadas habían excitado en mí tantas emociones agradables y penosas á la vez, que me sentía próximo á desfallecer.

* * * * *

El señor Laubepin que debe partir mañana al amanecer, volvió esta noche á despedirse de mí. Después de algunas palabras embarazosas de parte á parte:

--¡Ah, mi querido niño!--me dijo--no le interrogo sobre lo que aquí pasa: pero si tiene usted necesidad de un confidente y un consejero, le pediría la preferencia.

Yo no podía efectivamente desahogarme en un corazón más amigo, ni más seguro. Hice al digno anciano un relato detallado de todas las circunstancias que han señalado desde mi llegada al castillo, mis relaciones particulares con la señorita Margarita. Hasta le he leído algunos trozos de este diario, para precisar mejor el estado de esas relaciones y también el estado de mi alma. Excepto el secreto que había descubierto la víspera en los archivos del señor La Roque, nada le he ocultado.

Cuando terminé, el señor Laubepin cuya frente se había puesto recelosa

hacía un momento, tomó la palabra.

--Es inútil disimular, amigo mío--dijo--que al envi
arle aquí,
premeditaba unirlo con la señorita Laroque. Al prin
cipio todo marchó
conforme á mis deseos. Los dos corazones, que según
mi opinión, son
dignos el uno del otro, no han podido aproximarse s
in entenderse: pero
ese extravagante acontecimiento, cuyo teatro románt
ico ha sido la torre
d'Elven, confieso que me desconcierta enteramente.
¡Qué diantre!
querido joven, saltar por la ventana, á riesgo de r
omperse la cabeza,
era, permítame que se lo diga, una demostración muy
suficiente de su
desinterés; fué, pues, muy supérfluo agregar á este
paso honorable y
delicado, el juramento solemne de no casarse jamás
con esa pobre niña á
no ser eventualidades que es absolutamente imposibl
e esperar. Yo me
tengo por hombre de recursos, pero me reconozco ent
eramente incapaz de
dar á usted doscientos mil francos de rentas ó de q
uitárselos á la
señorita Laroque.

--Entonces, señor, déme un consejo. Tengo más confi
anza en usted, que en
mí mismo, pues conozco que el infortunio expuesto s
iempre á la sospecha,
ha podido irritarme hasta el exceso las susceptibil
idades de mi honor.
Hable. Me inducirá usted á olvidar el juramento ind
iscreto pero solemne,
sin embargo, que en este momento es, según creo, lo
único que me separa
de la dicha, que había soñado para su hijo adoptivo

El señor Laubepin se levantó; sus espesas pestañas cayeron sobre sus ojos, y recorrió la habitación á grandes pasos durante algunos minutos; luego, deteniéndose ante mí, y tomándome la mano con fuerza:

--Joven--me dijo--es cierto, le amo como á un hijo; pero aun cuando debiera despedazar su corazón y el mío con el suyo, jamás transigiré con mis principios. Mejor es ultrapasarse el honor que quedarse atrás de él: en materia de juramentos, todos los que no son exigidos bajo la punta de un puñal ó ante la boca de una pistola, es menester no hacerlos ó cumplirlos: esa es mi opinión.

--Y también la mía. Mañana partiré con usted.

--No, Máximo, permanezca aquí algún tiempo todavía. Yo no creo en milagros, pero creo en Dios, que rara vez permite que sucumbamos por nuestras virtudes... Demos un plazo á la Providencia... Sé que le pido un gran esfuerzo de valor, pero lo reclamo formalmente de su amistad. Si en un mes no recibe noticias mías, entonces partirá .

12 de octubre.

Hace dos días que puedo salir de mi retiro y pasar al castillo. No había visto á la señorita Margarita desde el instante de

nuestra separación en
la torre d'Elven. Cuando entré, estaba sola en el salón; al reconocermela hizo un movimiento involuntario como para levantarse, pero permaneció inmóvil y su fisonomía se coloreó repentinamente de una púrpura ardiente. Esta fué contagiosa, por que yo mismo sentí que me enrojecía hasta la frente.

--¿Cómo está usted, señor?--me dijo al tenderme la mano, pronunciando estas simples palabras con un tono de voz tan dulce, tan humilde, ¡ay! tan tierno, que habría querido arrojarme de rodillas ante ella. Sin embargo, fué preciso contestarla en el tono de una política helada. Me miró dolorosamente: luego bajó sus grandes ojos con aire de resignación y continuó su trabajo.

Casi en el mismo instante, su madre la hizo llamar al lado de su abuelo, cuyo estado se agravaba notablemente. Hacía muchos días que había perdido la voz y el movimiento; la parálisis le había invadido casi entero. Los últimos destellos de su vida intelectual se habían extinguido: únicamente persistía la sensibilidad con el sufrimiento. No podía dudarse que el fin del anciano se aproximaba, pero la vida había tomado posesión muy fuertemente de aquel enérgico corazón, para desprenderse de él, sin una lucha obstinada. El doctor había anunciado que la agonía sería larga. Desde la aparición del peligro, la señora de Laroque y su hija le habían prodigado sus esfuerzos

y sus vigiliias con
la abnegación apasionada y el entusiasmo del sacrificio, que son la
virtud especial y la gloria de su sexo. Anteayer en
la noche, sucumbían
ya á la fatiga y á la fiebre; el doctor Desmarest y
yo, nos ofrecimos
para suplirlas al lado del señor Laroque durante la
noche que comenzaba.
Consintieron en descansar algunas horas. El doctor
muy fatigado también,
no tardó en anunciarme que iba á recostarse en un lecho
que había en la
pieza vecina.

--Yo no sirvo aquí para nada--me dijo;--todo está hecho,
usted lo ve, ya
ni sufre el pobre hombre... Es un estado de letargo
que no tiene nada de
desagradable, y cuyo despertar será la muerte... de
consiguiente puede
uno estar tranquilo. Si nota algún cambio, me llama
, pero creo que esto
no sucederá hasta mañana. Entre tanto yo me muero de
sueño.--Lanzó un
bostezo sonoro y salió. Su lenguaje y su sangre fría
ante el moribundo
me chocaron. Es, sin embargo, un hombre excelente,
pero para tributar á
la muerte el respeto que le es debido, es necesario
no ver únicamente la
materia bruta que ella disuelve, sino también creer
en el principio
inmortal que desliga.

Una vez solo en la cámara fúnebre, me senté al pie
del lecho cuyas
cortinas habían sido levantadas, y traté de leer á
la claridad de una
lámpara que había cerca de mí, en una pequeña mesa.
El libro cayó de mis
manos: no podía separar mi pensamiento de la singular

ar combinación de
acontecimientos, que después de tantos años, daba á
este culpable
anciano al nieta de su víctima por testigo y protec
tor de su último
sueño. Luego en medio de la calma profunda, de la h
ora y del lugar,
evocaba á mi pesar las escenas tumultuosas y las sa
nguinarías violencias
que habían llenado esta existencia que acababa. Bus
caba impresión lejana
de ellas, en la fisonomía de aquel agonizante secul
ar, sobre sus grandes
rasgos cuyo pálido relieve se dibujaba en la sombra
, como el de una
máscara de yeso, y sólo veía en ellos la gravedad y
el reposo prematuros
de la tumba. Por intervalos me aproximaba á la cabe
cera, para
asegurarme si el soplo vital movía aún aquel pecho
destruido.

En fin, hacia la media noche, me invadió una somnol
encia irresistible y
me dormí con la frente apoyada sobre la mano. Repen
tinamente fuí
despertado por no sé qué lúgubres estremecimientos;
levanté los ojos y
sentí pasar un escalofrío por la médula de mis hues
os. El anciano se
hallaba medio levantado en su lecho, y tenía fija s
obre mí una mirada
atenta, asombrada, en que brillaba la expresión de
una vida y de una
inteligencia que hasta entonces me habían sido desc
onocidas. Cuando mi
mirada encontró la suya, el espectro se estremeció;
abrió sus brazos en
cruz, y me dijo con una voz suplicante, cuyo timbre
extraño suspendió el
movimiento de mi corazón.

--¡Señor Marqués, perdóneme!

Quise levantarme, quise hablar, pero en vano. Me hallaba petrificado en mi sillón.

--¡Señor Marqués--continuó,--dígnese perdonarme!

Hallé en fin la fuerza suficiente para acercarme á él; á manera que yo me aproximaba, él se retiraba penosamente hacia atrás como para escapar á un contacto pavoroso. Levanté una mano, y bajándola suavemente ante sus ojos desmesuradamente abiertos y desesperados de terror.

--¡Morid en paz!--le dije--¡Yo le perdono!

No había aún acabado estas palabras cuando su fisonomía marchita se iluminó con un relámpago de alegría y de juventud. Al mismo tiempo brotaron dos lágrimas de sus hundidas órbitas. Extendió sus manos hacia mí: repentinamente, aquella mano se cerró con violencia y se extendió en el espacio con un gesto amenazador: vi revolverse y rodar sus ojos entre sus órbitas dilatadas, como si una bala le hubiera herido el corazón.

--¡Oh! inglés--murmuró.

Volvió á caer sobre la almohada como una masa inerte. Estaba muerto.

Llamé apresuradamente, y todos acudieron. Muy luego fué rodeado de piadosas lágrimas y oraciones. Yo me retiré con el alma profundamente conmovida por aquella escena extraordinaria, que de

bía permanecer
secreta para siempre, entre aquel muerto y yo.

Este triste suceso de familia ha hecho pesar sobre
mí cuidados y deberes
de que tenía necesidad para justificar á mis propio
s ojos la
prolongación de mi morada en la casa. Me es imposib
le concebir en virtud
de qué motivos el señor Laubepin me ha aconsejado q
ue demorare mi
partida. ¿Qué puedo esperar de este aplazamiento? M
e parece que esta
circunstancia ha cedido á una especie de vaga super
stición y de
debilidad pueril, á que no debía haberse doblegado
jamás una alma de su
temple y á la que yo mismo he hecho mal en someterm
e. ¿Cómo no comprendí
que me imponía con un aumento de inútil sufrimiento
, un papel sin
franqueza y sin dignidad? ¿Qué haré yo en adelante?
¿No es ahora cuando
con justo motivo, podría reprochárseme el jugar con
los sentimientos más
sagrados? Mi primera entrevista con la señorita Mar
garita había bastado
para revelarme todo el rigor, toda la imposibilidad
de la prueba á que
me hallaba condenado, cuando la muerte del señor La
roque ha venido á dar
por corto tiempo á mis relaciones alguna naturalida
d, y una especie de
bienestar á mi permanencia en el castillo.

Rennes, 16 de octubre.

Todo está dicho, ¡Dios mío! ¡Cuán fuerte era este l

azo! ¡De qué manera
envolvía mi corazón! ¡Hasta qué punto le ha despeda
zado al romperse!

Ayer en la noche, cerca de las nueve, me hallaba yo
de codos en mi
ventana abierta, cuando fuí sorprendido por una déb
il luz que se
aproximaba á mi habitación á través de los sombríos
caminos del parque,
y en una dirección que no acostumbran traer las gen
tes del castillo. Un
instante después llamaron á mi puerta, y la señorit
a de Porhoet entró
jadeando.

--Primo--me dijo--tengo que hablar á usted.

--¿Hay alguna desgracia?--le pregunté, mirándola á
la cara.

--No, no es eso precisamente. Usted mismo juzgará.
Siéntese. Mi querido
hijo; ha pasado usted dos ó tres noches en el casti
llo durante la
presente semana ¿no ha observado en él nada nuevo n
i de singular, en la
actitud de las señoras?...

--Nada.

--¿No ha notado al menos en su fisonomía una especi
e de serenidad no
acostumbrada?...

--Sí, tal vez... Apartando la melancolía del recien
te duelo me han
parecido más serenas, y aún más dichosas que en otr
o tiempo.

--Sin duda, le habrían llamado la atención otras pa
rticularidades si

hubiera usted, como yo, vivido desde hace quince años en su intimidad cotidiana. Así es que á menudo he sorprendido entre ellas los signos de una inteligencia secreta, de una misteriosa complicidad. A más, sus hábitos se han modificado sensiblemente. La señora de Laroque ha echado á un lado su brasero, su garita, y todas sus inocentes manías de criolla; se levanta á una hora fabulosa y se instala desde la aurora con Margarita delante de la mesa de trabajo. A ambas les ha entrado un gusto apasionado por los bordados, y se informan del dinero que una mujer puede ganar por día con este género de labor. Para terminar, hay en esto un misterio cuya palabra en vano me desesperaba por encontrar. Ella acaba de serme revelada y sin deber entrar en los secretos de usted antes de lo que le convenga, he creído deber transmitirsele sin retardo.

Después de las protestas de absoluta confianza, que me apresuré á dirigirle, la señorita de Porhoet continuó en su lenguaje dulce y firme:

--La señora de Aubry fué á verme esta noche á hurtadillas; comenzó por arrojarme sus horribles brazos al cuello, lo que no me gustó nada, y luego, á través de mil jeremiadas personales, que excuso repetir, me ha suplicado que detenga á sus parientes sobre el borde de su ruina.

--He aquí lo que ha oído escuchando á través de las puertas, según su

graciosa costumbre; me dijo que esas señoras solici-
tan en estos momentos
autorización para abandonar todos sus bienes á una
congregación de
Rennes, á fin de suprimir entre Margarita y usted l
os inconvenientes que
les separan. No pudiendo hacerle rico, ellas se hac
en pobres. Me ha
parecido imposible, primo, dejar á usted ignorar es
ta determinación,
igualmente digna de esas dos almas generosas y de e
sas dos cabezas
quiméricas. Me excusará agregar que su deber es des
baratar á toda costa
ese proyecto. Me parece inútil hablar del arrepenti
miento que
infaliblemente se prepara á nuestras amigas, y de l
a responsabilidad
terrible que las amenaza; usted lo comprende tan bi
en como yo. Si
pudiera, amigo mío, aceptar en el instante la mano
de Margarita, el
asunto terminaría del modo más feliz; pero se halla
ligado á este
respecto por un compromiso que, por muy ciego, por
muy imprudente que
haya sido, no es por eso menos obligatorio para su
honor. Sólo le queda
un partido que tomar: dejar este país sin demora y
cortar resueltamente
todas las esperanzas que entretiene su permanencia
aquí. Cuando haya
partido, me será más fácil volver á esas dos niñas
á la razón.

--Pues bien, estoy pronto; partiré esta misma noche
.

--Muy bien--continuó:--cuando le doy este consejo a
migo mío, yo misma
obedezco á una ley de honor bien rigurosa. Usted en
dulza los últimos

momentos de mi larga soledad; me ha vuelto la ilusión de los más dulces encantos de la vida, perdidos por mí hace tantos años. Alejándose usted hago mi último sacrificio... es inmenso.

Se levantó y me miró un momento sin hablar.

--A mi edad no se abraza á los jóvenes--continuó, sonriendo tristemente,--se les bendice. Adiós, querido hijo, y gracias... Que Dios le ayude... Yo besé sus manos temblorosas, y ella me dejó precipitadamente.

Hice á toda prisa mis aprestos para la partida: luego escribí algunas líneas á la señora de Laroque. La suplicaba renunciara á una resolución cuyo alcance no había calculado, y de la que por mi parte, estaba firmemente determinado á no hacerme cómplice. Le daba mi palabra, y ella sabía que podía contarse con ella, que no aceptaría jamás mi felicidad á costa de su ruina. Al terminar, para apartarla mejor de su insensato proyecto, le hablaba vagamente de un porvenir cercano en que fingía entrever esperanzas de fortuna.

A media noche, cuando todos dormían, di un adiós, un cruel adiós á mi retiro, á aquella vieja torre ¡en que tanto había sufrido, donde tanto había amado! y me deslicé en el castillo por una puerta excusada, cuya llave me había sido confiada. Atravesé furtivamente, como un criminal, las galerías vacías y sonoras, guiándome lo mejor que pude en las

tinieblas; llegué al fin al salón, donde la había visto por primera vez.
Ella y su madre lo habían dejado, hacía apenas una hora; su presencia reciente se manifestaba aún por un perfume dulce y tibio, que me embriagó súbitamente. Busqué y toqué la cesta en que su mano había colgado pocos instantes antes su bordado, comenzado . ¡Ay, pobre corazón!
Caí de rodillas ante el lugar que ocupaba, y allí, con la frente sobre el mármol, lloraba y sollozaba como un niño. ¡Dios mío, cómo la amo!

Aproveché las últimas horas de la noche para hacerme conducir secretamente á la pequeña ciudad vecina, donde tomé el carruaje de Rennes. Mañana en la noche estaré en París. ¡Pobrez a, soledad, desesperación, que allí os dejé, voy á hallaros de nuevo! ¡Ultimo sueño de mi juventud, sueño del Cielo, adiós!

París.

Al día siguiente por la mañana, cuando iba á montar en el ferrocarril, entró en el patio del hotel un carruaje de posta, y vi descender de él al viejo Alain. Cuando me vió, su fisonomía se iluminó.

--Ah, señor, ¡qué fortuna que no haya partido! Tome esta carta.

--Reconocí la letra del señor Laubepin. Me decía en

dos líneas que la
señorita de Porhoet estaba gravemente enferma y que
me llamaba. No me
tomé sino el tiempo necesario para mudar caballos y
me arrojé en la
silla, después de haber decidido á Alain, no sin tr
abajo, á que se
sentara frente á mí. Entonces lo aturdí á preguntas
. Le hice repetir la
noticia que me trajo y que me parecía inconcebible.
La señorita Porhoet
había recibido la víspera, de manos del señor Laube
pin, un pliego
ministerial, que le anunciaba que era puesta en ple
na y entera posesión
de la herencia de sus parientes de España.--Y parec
e--agregaba
Alain--que se lo debe al señor, que ha descubierto
en el palomar algunos
papeles viejos, en los que nadie soñaba y que han p
robado el buen
derecho de la anciana señorita. Yo no sé lo que hay
de verdadero en
esto, pero sí es lástima--me dijo--que á esta respe
table señora se le
haya metido en la cabeza ideas de catedral y que no
quiere
abandonarlas... porque, note usted, que está más af
errada que nunca. Al
principio, cuando recibió la noticia, cayó redonda
en el pavimento y se
le creyó muerta; pero una hora después empezó á hab
lar, sin fin ni
tregua, de su catedral, del coro, de la nave, del c
abildo y de los
canónigos, del ala del Norte y del ala del Sur, de
tal modo que para
calmarla ha sido necesario traerle un arquitecto, a
lbañiles, y poner
sobre su lecho los planos del malhadado edificio. E
n fin, después de
tres horas de conversación sobre el asunto se amodo

rró un rato; al despertarse, ha pedido ver al señor... al señor Marqués (Alain se inclinó cerrando los ojos) y se me ha hecho correr en su busca; parece que quiere consultarle sobre el coro alto.

Este extraño acontecimiento me causó la más viva sorpresa. Sin embargo, con ayuda de mis recuerdos y de los detalles confusos, que me daba Alain, llegué á darme una explicación de ellos, que noticias más positivas debían confirmar muy luego. Como ya he dicho, el negocio de la sucesión de la rama española de los Porhoet había pasado por dos fases. Había habido primero, entre la señorita de Porhoet y una gran casa de Castilla, un largo proceso que mi vieja amiga había acabado por perder en última instancia; luego un nuevo proceso, en el que la señorita de Porhoet no figuraba, se había suscitado, á propósito de la misma sucesión, entre los herederos españoles y la corona, que pretendía que los bienes volvían á ella por derecho de fundación del mayorazgo. Mientras esto tenía lugar, continuando siempre mis indagaciones en los archivos de los Porhoet había puesto la mano como dos meses antes de mi salida del castillo sobre una pieza singular, cuyo texto literal era el siguiente:

«Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón; de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorc

a, de Sevilla, de
Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de
Jaén, de los
Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las i
slas Canarias, de las
Indias Orientales y Occidentales, islas y tier
ras firmes del mar
Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoñ
a, de Brabante y de
Milán, Conde de Habsburgo, de Flandes, del Tir
ol y de Barcelona,
señor de Vizcaya y de Molina, etc., etc.

»A ti Herve Juan Joselyn, señor de Porhoet Gaé
l, Conde de
Torrenueva, etc., que me has seguido en mis re
inos y servido con
una fidelidad ejemplar, prometo, por favor esp
ecial, que en caso de
extinción de tu descendencia directa y legítim
a, los bienes de tu
casa volverán, aun con detrimento de los derec
hos de mi corona, á
los descendientes directos y legítimos de la r
ama francesa de los
Porhoet-Gaél, mientras ella exista, y hago est
e compromiso, por mí
y mis sucesores sobre mi fe y palabra de rey.

»Dado en el Escorial el 10 de abril de 1716.

YO EL REY.»

Al lado de esta pieza, que sólo era una copia tradu
cida, había hallado
el texto original con las armas de España. No se me
había ocultado la
importancia de este documento, pero había temido ex
agerármela. Dudaba
mucho que la validez del título, sobre el que había
n pasado tantos
sucesos y tantos acontecimientos, fuese admitida po

r el gobierno
español, y hasta dudaba que tuviera el poder de hac
erle lugar, aun
cuando quisieran hacérselo. Me decidí, pues, á deja
r ignorar á la
señorita de Porhoet, un descubrimiento cuyas consec
uencias me parecían
ser muy problemáticas y me limité á remitir el títu
lo al señor Laubepin.
No recibiendo contestación alguna, no tardé en olvi
darlo en medio de
los cuidados personales que me abrumaban entonces.
El gobierno español,
obrando de una manera contraria á mi injusta descon
fianza, no había
vacilado en desempeñar la palabra del Rey Felipe, y
en el momento mismo
en que un decreto supremo acababa de abocar á la co
rona la sucesión
inmensa de los Porhoet, por otro decreto la restitui
ó noblemente á su
legítimo heredero.

Eran las nueve de la noche cuando descendí del carr
uaje, en el húmedo
umbral de la casita en que acababa de entrar, aunqu
e tardíamente, esta
fortuna casi real. La sirvienta vino á abrirme; llo
raba amargamente. Oí
al instante la voz grave del señor Laubepin que dij
o:--Él es.--Subí
apresuradamente. El anciano me apretó la mano fuert
emente y me
introdujo, sin pronunciar una palabra, en el cuarto
de la señorita de
Porhoet. El médico y el cura de la villa se mantení
an silenciosos en el
hueco de una ventana. La señora de Laroque estaba a
rrodillada sobre una
silla, cerca del lecho; su hija de pie en la cabece
ra, sostenía las
almohadas en que reposaba la pálida cabeza de mi po

bre y vieja amiga.

Cuando la enferma me vió, una débil sonrisa iluminó su fisonomía, profundamente alterada, y desprendió penosamente uno de sus brazos.

Tomé su mano, caí de rodillas y no pude contener mis lágrimas.

--¡Hijo mío, mi querido hijo!...--Luego miró fijamente á Laubepin. El viejo notario tomó entonces del lecho una hoja de papel, y continuando, al parecer, una lectura interrumpida, leyó:

«Por estas causas, instituyo por este testamento ológrafo, por legatario universal de todos mis bienes, tanto en España como en Francia, sin reserva ni condición alguna, á Máximo Santiago María Odiot, Marqués de Champcey d'Hauterive, noble de corazón como de raza. Tal es mi voluntad.--_Joselina Juana_, Condesa Porhoet-Gaél.»

En el exceso de mi sorpresa, me había levantado por una especie de sacudimiento, é iba á hablar, cuando la señorita de Porhoet, reteniendo suavemente mi mano, la colocó en la de Margarita. A este contacto repentino, la querida niña se estremeció; inclinó su joven frente sobre la almohada fúnebre y murmuró sonrojándose, algunas palabras al oído de la moribunda. Yo no hallé expresiones; volví á caer de rodillas y oré á Dios. Habíanse pasado algunos minutos en medio de un silencio solemne, cuando Margarita retiró repentinamente su mano haciendo un gesto de alarma. El doctor se aproximó apresuradamente; yo m

e levanté. La cabeza
de la señorita de Porhoet se había desplomado súbitamente hacia atrás,
su mirada estaba fija, resplandeciente y dirigida al cielo, sus labios
se entreabrieron, y como si hablara en sueños:

--Dios--dijo--Dios, la veo... allá arriba... sí...
el coro... las
claraboyas... la luz por todas partes... Dos ángeles
de rodillas ante la
Majestad... con albos ropajes... sus alas se agitan
. Dios... están
vivos.--Este grito se extinguió en su boca, que permaneció sonriente:
cerró los ojos como si durmiese: súbitamente un aire de inmortal
juventud, se extendió sobre su fisonomía, que se puso desconocida.

Tal muerte coronando tal vida, contiene en sí enseñanzas de las que he
querido llenar mi alma. Supliqué que se me dejara solo con el sacerdote
en aquel cuarto. Espero que esta piadosa vigilia no será perdida para
mí. Sobre aquella fisonomía en que se hallaba impresa una gloriosa paz,
y donde parecía verdaderamente errar, yo no sé qué reflejo sobrenatural,
más de una verdad olvidada ó dudosa, se me apareció con una evidencia
irresistible. Mi noble y santa amiga, yo sabía muy bien que tenías la
virtud del sacrificio; veo ahora, que habías recibido el premio de
ella.

Hacia las dos de la mañana sucumbiendo de fatiga quise respirar por un
momento el aire puro. Descendí la escalera en medio de las tinieblas,

entre en el jardín, evitando atravesar el salón del
piso bajo, donde
noté luz. La noche estaba profundamente sombría. Cu
ando me aproximaba á
la torrecilla que se hallaba al fin del pequeño cer
cado, sentí un débil
ruido bajo el soto de ojaranzo; en el mismo instant
e una forma
indistinta se desprendió del follaje. Sentí un desv
aneamiento
repentino, mi corazón precipitó sus latidos, y vi a
l cielo llenarse de
estrellas.

--¡Margarita!--dije tendiendo los brazos.--Oí un li
gero grito, luego mi
nombre murmurado á media voz... luego... nada... y
sentí sus labios
sobre los míos. ¡Creí que el alma se me escapaba!..
.

He dado á Elena la mitad de mi fortuna. Margarita e
s mi mujer, cierro
para siempre estas páginas. Ya nada tengo que confi
arles. Puede decirse
de los hombres lo que se ha dicho de los pueblos: ¡
Felices aquellos que
no tienen historia!

FIN

End of Project Gutenberg's La Novela de un Joven Po
bre, by Octavio Feuillet

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NOVELA D
E UN JOVEN POBRE ***

***** This file should be named 22909-8.txt or 2290

9-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/2/9/0/22909/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commer

cial
redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS
WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project

Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will supp

ort the Project
Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by
freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of
this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with
the work. You can easily comply with the terms of this agreement by
keeping this work in the same format with its attached full Project
Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern
what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in
a constant state of change. If you are outside the United States, check
the laws of your country in addition to the terms of this agreement
before downloading, copying, displaying, performing, distributing or
creating derivative works based on this work or any other Project
Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning
the copyright status of any work in any country outside the United
States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate
access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently
whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the
phrase "Project Gutenberg" appears, or with which t

he phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works p

osted with the
permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.net), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he

does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm

License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium

and discontinue all use of and all access to other copies of

Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the

electronic work is discovered and reported to you within 90 days

of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm

electronic work or group of works on different terms than are set

forth in this agreement, you must obtain permission in writing from

both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael

Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the

Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable

effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread

public domain works in creating the Project Gutenberg-tm

collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a

defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenfo

reability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project

ct Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered

throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up

with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and dis

tributed Project

Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteers support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.

unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.